

SARRIOBERO
—
COMO
LOS
HOMBRES

1
85406

1
85.406





E. BARRIOBERO Y HERRÁN

COMO LOS
HOMBRES

NOVELA



329

MADRID
LIBRERÍA DE ALEJANDRO PUEYO
Conde de Peñalver, 16.
1923



COMO LOS HOMBRES

77123

E. BARRIOBERO Y HERRÁN

COMO LOS HOMBRES

NOVELA



MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
Luna, 29. Teléfono 14.30.
1923

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que manda la ley.

Atrapó don Jacobo con el tenedor el último pedazo de melocotón que al empezar la comida había puesto en el vaso del vino; dió en latín las gracias a Dios; con aquella mezcla de salvia, romero, tomillo y tabaco que guardaba en la caja cilíndrica de lata, coronada por un boliche de metal amarillo, lió un cigarro, y con él en los labios se tumbó a dormir la siesta en el amplio sofá de paja, reclinando su cabeza sobre un almohadón en el que habían bordado la escena litúrgica del Descendimiento las monjas clarisas, que todos los años hacían algún regalito a don Jacobo en el día de su fiesta onomástica.

—¡Doña Luisa!—clamó con su voz sonora, educada en el canto llano y poseedora del secreto apropiado para conmover desde el púlpito a sus feligreses.

En el dintel del comedor rectoral apareció al momento la figura interesante de aquella mujer, que con su gesto severo y con sus canas rizadas y brillantes impuso silencio a la maledicencia y

se hizo respetar como una colaboradora de don Jacobo en la administración hermética de las cosas sagradas, religiosas y santas de aquella población.

—¿Qué quiere, don Jacobo?

—Cierre bien las maderas y eche a la calle a *Judas*, que ladra como un condenado. Se conoce que barrunta cambio de tiempo o mala noticia. Las misas de alba me tienen descompuesto, y voy a ver si esta tarde puedo dormir hasta la hora del tresillo.

Doña Luisa, sin despegar los labios, cumplió las órdenes del párroco; dejó para más tarde, con el fin de no hacer ruido, la tarea de fregar los cacharros, que había comenzado, y sentóse en la escalera para hacer calceta a la luz blanca y dulce que caía suavemente de la embadurnada claraboya.

A lo largo de la calle se perdían lentamente hasta extinguirse los ladridos de *Judas* y siguieron unos minutos de silencio rotundo y solemne.

El sueño comenzó también a sojuzgar la voluntad de doña Luisa, y más de una vez estuvo a punto de herirse en la frente con las agujas de la calceta.

De pronto, en la puerta de la casa rectoral sonó un golpe vigoroso, como de piedra o de palo, y en las oquedades de la escalera rebotaron las palabras sacramentales, pronunciadas por una voz estentórea:

—¡Ave María!

—¡Sin pecado! — repuso sobresaltada doña Luisa. Quiso regañar al importuno; pero con un gesto le impuso silencio don Jacobo, que frótándose los ojos apareció en lo alto de la escalera.

—¡Ah, funesto, funesto! ¿No te tengo dicho que en los meses que no llevan erre no llames y me echés el periódico por debajo de la puerta?

—Pero es que hoy tiene usted carta, don Jacobo.

—¿Carta has dicho, Raposo? ¿Estás seguro?

—Mírela usted.

—¡Quién se acordará de mí!... Páguesela, doña Luisa.

—Vaya, con Dios y que no haiga novedad.

—Adiós, Raposo.

—¡Demónicanos! El señor Obispo! Ya he dicho yo que *Judas* barruntaba algo...

—Y ¿qué le dice Su Ilustrísima?

—A ver si lo acierta, doña Luisa.

—Que viene...

—Justo y cabal. Cuando yo digo que usted tiene pacto con el diablo.

—¡Jesús, María y José! Y ¿viene de paso o para quedarse?

—Viene a confirmar, así que estará por lo menos un día y una noche.

—¿Cuándo llega?

—Mañana por la tarde.

—Y ¿qué preparativos hacemos, don Jacobo

—Esta noche se lo diré. Llame usted a *Judas* que él y yo somos los que tenemos que hacer ahora. Cuando caiga un poco el sol acérquese al maestro y a la maestra y déles la noticia para que preparen a los chicos; avise al sacristán para que les mande recado a los curas del contorno y lléguese al convento a decírselo a las madres para que preparen bien la comida del medio día.

Salió a la calle doña Luisa y volvió a los pocos minutos con *Judas* trincado de la carlanca, y con Mónica, la sacristana, que le ayudó briosamente en la tarea de *arenar la espetera*, esto es, sacar brillo a los cazos y a las sartenes; quitar el polvo a los muebles, fregar los suelos y los cristales y blanquear con cal los pasillos, el portal y la cocina.

Don Jacobo, en la percha de su dormitorio, colgó su sotana, se calzó unas botas fuertes claveteadas de tachuelas, se ciñó una guerrera azul de dril, tomó su escopeta, sus bolsas de pólvora y perdigones y su caja de pistones, se metió en el bolsillo un periódico para tacos, cubrió su cabeza con una gorrilla de visera y salió, marcial, acariciando a *Judas* con la mano izquierda, mientras con la derecha se hacía la señal de la cruz.

Don Jacobo había sido guerrillero en la *carlistada*. Después de lo del *abrazo* regresó a su

Parroquia, y aun cuando, andando los años, vió realizarse aquello de

«Si triunfa don Carlos
seremos los amos;
si triunfa Cristina
seremos hermanos»,

y supo de muchos de sus compañeros de armas que llegaron a los estrados ministeriales, jamás quiso pedir favores ni recompensas. Vivía contento con su misa y su doña Luisa y no hubiera cambiado su situación por una mitra.

En el pueblo había uno de los mil conventos de clarisas que fundara el duque de Abrantes; por la capellanía del monasterio desfilaban continuamente sacerdotes jóvenes, recién salidos del Seminario, que en el servicio de la Iglesia hacían allí sus primeras armas. Con todos se llevaba bien don Jacobo, y entre ellos repartía, en forma de consejos, los sazonados frutos de su experiencia, que les eran muy útiles cuando tendían el vuelo para escalar mayores alturas.

A sus órdenes, y bajo su inmediata dependencia, tenía un coadjutor que de ordinario era también un clérigo adolescente, que hacía allí su aprendizaje, y en la paz pueblerina se preparaba para unas oposiciones.

Así organizada la medicación de las almas, de su jornada salvaba don Jacobo largos ocios, que invertía en cuidar la huerta de la casa rectoral, jugar con los conspicuos su partida de

tresillo y cazar lo que la veda permitiera y la estación diera de sí.

A sus sesenta años conservaba el vigor de los veinticinco. Al colgar la escopeta de su hombro renacía el guerrillero que saltaba trincheras, trepaba por los riscos y hacía, sin la menor fatiga, caminatas de muchas leguas.

Al salir de las desiertas calles de la villa, *Judas*, que corría locamente, como para dar elasticidad a sus músculos, iba y volvía y se paraba a olfatear en las puertas de las casas, acomodó su marcha a la del presbítero, y, acaso para pedirle perdón por sus ligerezas, le lamió la diestra. Correspondió don Jacobo a la caricia, y, como en él era costumbre, comenzó a comunicarle sus pensamientos y sus emociones.

—Vamos, *Judas*; hoy tenemos que quitarle a la banda por lo menos seis perdices; viene el señor Obispo, con un secretario y un familiar, y debemos tratarlos bien; en su casa tienen buena mesa; una vez que estuve allí, mientras aguardaba en la antesala, me llegaba un tufillo de asados y de fritos y de platos de leche, que me puso los dientes como azadones. ¡Con qué apetito me comí en la posada la tortilla de patatas y los dos chorizos que me preparó doña Luisa en un mol!etel... Ven, ven por acá... Vamos a darle al molinero la noticia... ¡Señor Anselmo!... ¡Señor Anselmo!

—Santas y güenas, señor cura—repuso el

menestral rascándose la cabeza, como si tratara de saludar, quitándose el mugriento zorongo, con el que se tocaba desde veinticinco años antes—. ¿Qué se l'ofrece? Ya sabe que pué disponer de mi probeza.

—Gracias, Anselmo, gracias. Vamos a ver si echamos unas perdices. ¿Sabes tú por dónde está la banda?

—Pos antiyere pasó por aquí el boticario y me dió luces de que anda estos días por el Encinal; pero la train mu castigá y es fácil que s'haiga corrió a Valhondo.

—Lo andaremos todo, ¿verdad, *Judas*?... Tenemos que quitarle lo menos seis, porque mañana llega el señor Obispo. ¿No faltarás al recibimiento?

—Esté usted tranquilo; en cuanto prencipie a sonar el esquilón, corto l'agua y subimos tos los de casa. ¿Quie usted algo más?

—Hombre, sí; tienes las mejores cerezas que se crían en todo el contorno; mándanos unas pocas para obsequiar a Su Ilustrísima.

—¡Como si quié usted una gallina o un pollo; no hay quien los tenga mejores que el defunto Anselmo el molinero, que vive y come pa servir a Dios y a usted. ¡Como que pa ellos es lo primero que se maquila!

—Gracias, Anselmo, gracias; no quiero más que las cerezas; de lo demás, *Judas* y yo nos encargaremos. ¿Verdad, *Judas*?

El sesudo can inclinó la cabeza hasta dar con el hocico en el suelo, y meneó la cola como para contestar afirmativamente la pregunta de su amo.

Reanudaron la marcha.

—Yo creo que la Iglesia nada hubiera perdido con encomendarnos también a los párrocos el Sacramento de la Confirmación; por lo menos, la Extremaunción y el Bautismo son más importantes y nadie nos los disputa. Para los obispos acaso sea una distracción eso de echarse quince días, en cada primavera, a rodar por los pueblos; pero para nosotros, «rey tengamos y no lo veamos», como decían los castellanos viejos. ¿No te parece, *Judas?*... Bueno. La comida de mediodía, en el convento. Para cenar, una buena sopa de setas, riñones, huevos duros y yerbabuena, que a doña Luisa le sale siempre de primera. Para después, le encargaremos al Raposo que nos traiga de la ciudad un par de kilos de merluza, y luego las perdices estofadas, lechuga, las cerezas y un flan como la rueda de un carro. Pocos platos, pero buenos. Los flanes también los hace doña Luisa que los pueden comer los ángeles.

Judas, sin perder el paso, miraba a su amo de hito en hito, y, como si le entendiera, sacaba una lengua de un palmo, roja y fresca, y se atu-saba con ella los bigotes.

— ... Lo malo va a ser para acostarlos: la casa

rectoral no tiene condiciones; el coadjutor vive de huésped; en el convento no lo permite la regla, y en la posada, ni pensarlo... ¡Esto sí que va a tener mal arreglo!...

¡Pero, en qué demóncanos estaré yo pensando! ¡Si necesitamos un padrino y una madrinal... Vamos de prisa, *Judas*, a echar esas perdices, que hacemos mucha falta en el pueblo...

Los pocos ricos que tenemos en la feligresía son de la cáscara amarga; van a misa los domingos, cumplen el precepto y de ahí no pasan. ¡Mira qué demóncanos, si debíamos nosotros administrar también ese sacramento!...

Con don Juan Francisco, no hay que contar; don Julián está disgustado conmigo, porque, según él, llevo siempre el basto en el bolsillo del balandrán. Convenceremos a don Gregorio. Compró en octubre una sillería nueva y le gustará lucirla...

.....
Cuando las campanas del convento, siempre más diligentes que las de la parroquia, tocaban as oraciones, don Jacobo, marcial y triunfador, entraba en el pueblo con sus seis perdices ensartadas en una cuerda y colgadas del hombro al costado, a guisa de bandolera.

Judas ladraba a todo pulmón, como para llamar la atención de los vecinos y mostrarles su triunfo.

—¡Bendito sea Dios! — decían las muje-

res—. ¡Qué güen cazador es este señor cural
¿Qué va usté a hacer con tantas perdices, don
Jacobo?

—Obsequiar al señor obispo, que viene ma-
ñana para confirmar a los párvulos. Ya os po-
deís echar encima el fondo del cofre, y llevar a
la iglesia muchas flores para que adornemos los
altares.

—Entonces es verdá lo que ha dicho la Mó-
nica la sacristana.

—¡Y tan verdad!

—Pues ya marchó con una porción de mozas
a coger ababoles y chiribitas pa hacele un arco
a la entrá del pueblo.

—Muy bien pensado—aprobó don Jacobo.

Judas ladraba saltando en torno de su amo,
como para recordarle lo de los padrinos.

Reanudaron la marcha.

Cuando llegaron junto al portal en donde tra-
bajaba el Pinto, un zapatero republicano y libre-
pensador, el pícaro don Jacobo se paró un mo-
mento, dándole la espalda para que viera las
perdices, y simulando mirar una vez más el es-
cudo de los Ponce de León esculpido en la fa-
chada frontera.

El Pinto atisbó la burla y, acompañándose
con el martillo que contundía la suela sobre el
votivo, canturreaba gangosamente las aleluyas
de *El Motín*:

Todo hombre cauto se aleja
si ve un sombrero de teja.

.....
Quien da pan a cura o neo,
pierde pan y pierde tiempo.

—¡Ay, zánganos de colmena!... ¡Ya sus arreglaremos cuando venga la *niña!*

Don Jacobo sonrió burlescamente al zapatero, y *Judas* acercóse cauteloso al quicio de la puerta, levantó la pata izquierda y realizó lo que los hombres no podemos hacer sino en donde y cuando las conveniencias sociales y las Ordenanzas municipales nos lo permiten.

II

Toda la feligresía en pleno y vestida de gala hubo de acudir a la carretera para hacer al señor obispo un recibimiento digno de su Dignidad.

Los ricos, los señores, como allí los nombraban, que tenían tartanas, tiburis, birlochos o charabanes, los engancharon con sus más lucidos atalajes a sus mejores bestias y salieron al encuentro de Su Ilustrísima para darle escolta.

Cuando el sacristán del convento vislumbró el cortejo, dió la orden adecuada a los gañanes que le acompañaban en lo alto del campanario, y los esquilonos con sus lenguas de bronce llenaron la atmósfera de sonoras estridencias. Las campanas de la parroquia clamaron también briosamente, y los trabajadores rezagados en las huertas y en las viñas cargaron presurosos las alforjas y las azadas en sus borriquillos y se restituyeron a sus hogares para embutir trabajosamente sus cuerpos en las chaquetas domingueras, tocarse con los amplios sombreros que sólo

veían la luz del sol en los días de boda o de duelo y en las fiestas del Corpus, de Jueves Santo y del Patrón de la villa, y sumarse a la comitiva.

Junto a la carretera, en el punto de donde arrancaba la primera calle, las mujeres, ayudadas por algunos mozalbetes, habían erigido un arco florido en el que, sobre un fondo de hiedra, destacaba, formada con amapolas silvestres, una inscripción que decía: «¡Viva el señor Obispo!»

En las mezquinas ventanas y en los escasos balcones, a guisa de tapices o reposteros, las piadosas vecinas habían colgado sus mantones de abigarrados colores, colchas de cama bordadas en estambre con arreglo a la pauta que para uniformarlas diera el viejo dechado de la señora maestra, y edredones, confeccionados con paciencia casera, de pedacitos de policromas telas.

Junto al arco esperaban los curas del contorno vestidos de sobrepelliz y tocados de bonete y presididos por el coadjutor, puesto que el párroco había ido en uno de los coches a esperar a su jefe. Dos monaguillos comportaban los ciriales, adornados de rosas, y otros dos movían diestramente los incensarios, impregnando el ambiente de litúrgico perfume.

Junto al convento hicieron la primera parada.

Las madres habían también colgado de sus ventanas terciopelos, paños de altar bordados

exquisitamente, y ornamentos sagrados de gran valor.

Al amplio portón de entrada al edificio habían adosado otro arco de flores y hierbas olorosas.

Polaina, el demandadero, vestido con un roquete encarnado, que hacía resaltar su talla gigantesca, y una sobrepelliz de encaje de bolillos, que subrayaba la negrura de su rostro prognato y dentón, colocado como una figura complementaria en el centro del arco, agitaba un enorme incensario, del que salían verdaderas nubes de humos olorosos.

Cuando llegó la comitiva se apartó a un lado sin abandonar su tarea, y al pasar el obispo no pudo sustraerse al deseo de jugar en la ceremonia un papel importante y activo: se anudó a la muñeca izquierda la cadena del incensario, cayó de rodillas, besó estrepitosamente la diestra de Su Ilustrísima, y gritó con toda la fuerza de sus robustos pulmones:

—¡Celigreses! ¡Viva nuestro *pelao!*

Y un viva nutrido y sonoro rebotó en las desiertas calles de la población.

El Obispo, que para saludar un altarcillo colocado por las clarisas en el portal había descubierto su cabeza monda y brillante como la de San Pedro, sonrió mundanamente y dió a Polaina una palmadita en el hombro.

Subieron al locutorio para saludar a la Co-

munidad, que allí les había preparado un *gaudeamus*, y otro incidente grotesco vino a perturbar la etiqueta solemne de aquella ceremoniosa recepción.

Las madres habían encerado copiosamente las losas que pavimentaban la estancia, y, a pesar del andar pausado y grave que las circunstancias imponían, algunos de los del cortejo resbalaron, sin llegar a perder el equilibrio; pero el pobre párroco de La Hornija, que no tenía más calzado sino aquellos borceguíes llenos de tachuelas con los que caminaba leguas enteras para repartir entre las aldeas anexas los bienes espirituales de su ministerio, patinó, y, poco hábil en este deporte, cayó hasta besar el santo suelo; y no fué esto lo peor, sino que los párrocos de Somonte y Levadilla, que acudieron a levantarlo, cayeron también, y de tal modo invadió la risa a la comitiva, que durante un largo espacio nadie pudo acudir a socorrerlos.

Al conflicto puso fin el bueno de Polaina, que atisbaba la ceremonia desde el pasillo, y quitándose las alpargatas, como las madres le tenían ordenado que hiciera cuando entrara en el convento, asió en un abrazo hercúleo a los tres curas y los puso en pie, como quien endereza los muñecos de un retablo.

Cumplimentadas las madres, visitaron la iglesia parroquial y encamináronse después a la

casa de don Gregorio, a cuya puerta se disolvió la comitiva.

Don Jacobo había tenido la suerte de coger a don Gregorio en un buen momento; no sólo se prestó a aposentarlo en las mejores habitaciones de su casa, sino que recabó el honor de agasajar con una cena a Su Ilustrísima, al secretario, al familiar, al propio párroco, al juez y al alcalde. Don Jacobo envió a casa del espléndido anfitrión sus perdices para ayuda de costa y tampoco quiso dispensar al señor Obispo de que admirase las habilidades reposteriles de doña Luisa; él mismo retiróse un momento con disimulo, y a los pocos minutos volvió depositando en la cocina el gigantesco flan de vainilla, muy bien adornado con un JHS de anises y alfeñique, que entre doña Luisa y Mónica confeccionaron al rayar el alba para que estuviese fresco, sentado y duro a la hora de su fin.

Don Gregorio Rivalta era el más rico hacendado del pueblo. Algunos años buenos y muchos aciertos en operaciones de crédito, realizadas sin transponer los hitos de la villa, ayudáronle a cuadruplicar el patrimonio ancestral.

Doña Esperanza de Leiva, su mujer, aportó además una dote considerable en fincas limpias de toda carga y gravamen, en dinero, que administró hábilmente don Gregorio, y en ricas telas de lienzo y de seda, amén de alhajas y muebles de severo arcaísmo.

Aun cuando tuvieron varios hijos, sólo un .
llegó a la madurez: Leonardo, que, formal y es-
tudioso, acababa de cumplir veinte años y ha-
bía ya terminado la carrera de Derecho.

Instáronle sus padres a que fuese a la Cort.
para estudiar el doctorado; pero él, excesiva-
mente tímido, no quiso apartarse del regazo
materno, y decididamente refractario a las vani-
dades mundanas, no quiso valerse para conse-
guir el grado supremo de su Facultad de la en-
señanza libre, que le había servido para estu-
diar el bachillerato y la carrera sin perder ape-
nas de vista la torre bizantina de su pueblo.

Tenía Leonardo un alma ingenua y virgen;
pero no carecía de talento comprensivo ni de
afición al estudio, y lo mismo los conocimien-
tos asimilados que los juicios propios, los ex-
presaba con gran corrección y atildamiento, ra-
yanos muchas veces en la elocuencia, cuando
el tema de la disertación era de su agrado.

Mucho halagaban a los padres estas cualida-
des; pero hubieran preferido verlo menos talen-
tudo y juicioso y más audaz en cambio, alistar-
se en las mesnadas del político a quien don
Gregorio representaba en la villa y emprender
una carrera ostentosa y brillante, aun cuando le
fuera menos productiva que la de Registrador o
Notario, que pretendía abordar cuando tuviera
la edad indispensable para las oposiciones.

En materia religiosa había adoptado la misma

postura que su padre: cumplía con escrupulosa puntualidad los preceptos que a sus fieles impone la Iglesia, pero no pasaba de ahí. Don Jacobo no consiguió alistarle en ninguna cofradía, ni hacerle llevar el palio en ninguna procesión, ni arrimar el hombro a las andas de ningún santo.

La visita del Obispo despertó en Leonardo una gran curiosidad. Jamás había visto de cerca uno de estos príncipes de la Iglesia, ni acertaba a imaginárselo.

Como no creía que Dios les enviara la mitra por medio de un ángel, suponía que la dignidad habría de recaer imprescindiblemente en varones de sabiduría extraordinaria, de prudencia inimitable y de resplandecientes virtudes. No veía en los obispos hombres elegidos por la divinidad, sino hombres divinizados por sus propias excelencias.

La prestancia y majestad del primer obispo que veía le confirmó en esta creencia.

El ilustrísimo señor don Ildefonso de Alburquerque y de Padilla, que así se llamaba su huésped, procedía de una familia linajuda; fué militar, artillero, y llegó a ostentar en su uniforme las divisas de comandante y alguna cruz, encomiástica de sus proezas guerreras. De pronto, sin que se hiciera público el porqué, pidió el retiro, se hundió en un Seminario provincial, y tres años después reapareció para, provisto ya

de grados, diplomas y licencias, predicar varios sermones de Semana Santa en las principales iglesias de la Corte.

Creció fácilmente su fama y a la par su fortuna, y antes de cumplir el medio siglo vióse consagrado obispo de aquella diócesis, en la que tenía la devoción de los más y el respeto de todos.

En los rasgos de su rostro nadie hubiese adivinado al militar: tenía, sin duda alguna, cabeza de obispo. Bien que la función hiciera el órgano, bien que pusiera don Ildefonso gran delicadeza y gran acierto en aderezar cuidadosamente su fisonomía, lo evidente era que su rostro correspondía a su dignidad del modo más perfecto y adecuado.

Tenía la nariz discretamente larga y afilada en la punta, muy móvil y de un color perfectamente armónico con el de la frente, de gran amplitud, prolongada en su anchura por la brillante calva y adornada en las sienas por unos mechones rizados de cabellos grises.

En su rostro sereno no había rictus, huellas de tics, cicatrices ni señales. El óvalo era perfecto, limitado en su línea justa por las orejas finas y pegadas al cerebro.

Sus labios eran muy rojos y gruesos en grado suficiente para no descomponer el conjunto; su dentadura, firme y bien cuidada, y sus ojos, perfectamente simétricos, negros, de brillo metáli-

co, parecían vivir en constante diálogo con las cosas del mundo, asimilando sus tonalidades y sus matices, que brillaban en las irisaciones de sus pupilas.

Caminaba majestuoso y erguido; vestía con toda la elegancia que un detenido estudio era capaz de imponer a su severo traje, y cuando hablaba modulaba las palabras dulcemente o con fascinadora energía, según las exigencias del giro, y se acompañaba del gesto con tanta precisión, que era maravilla verle y escucharle.

Cuando Leonardo lo vió de cerca y, después de besar su anillo al serle presentado, estrechó su mano, fina y blanca como las del organista de Amberes pintado por Van-Dick, sintió en su alma la sugestión de aquel hombre con tal fuerza, que hubiera jurado en aquel instante jamás abandonarlo.

El Obispo, perspicaz, advirtió la adhesión, la entrega incondicional del joven, y a las ansias de su alma procuraba corresponder con una sonrisa mundana.

Durante la cena hizole su interlocutor preferido y le preguntó pormenores de sus estudios con ese interés que de tan primoroso modo saben simular las mujeres, los diplomáticos de larga carrera y los políticos viejos.

Terminada la suntuosa refacción despidiéronse los invitados, y don Gregorio, que advirtió satisfecho la simpatía que Su Ilustrísima mos-

traba por su vástago, encomendó a éste el honor de hacerle los honores y acompañarle a las habitaciones que habíanle destinado.

Al llegar al gabinete dejóse caer el Obispo en un amplio sillón tapizado de roja gamuza; inclinóse el joven para besarle el anillo y despedirse; pero con un gesto le indicó el sillón frontero, en el que Leonardo, sin atreverse a declinar la deferencia, tomó también asiento.

Don Ildefonso, de un bolsillo de su morada sotana, sacó una riquísima petaca de oro, con brillantes y rubies en el broche, y ofreció a Leonardo un pitillo de delicadísima factura.

—Adiviné—dijo—que quería usted fumar y que no se atrevía a hacerlo delante de su padre.

—Señor...—balbució el joven.

—Hace usted bien. La cosa no tiene importancia; pero es un homenaje que a sus señores padres halagará seguramente. Charlemos ahora nosotros un poco como buenos camaradas. ¿Ha elegido ya usted su camino en la vida?

—En definitiva, no, señor. Haré unas oposiciones. El defender pleitos no me atrae.

—Le gusta más ser Juez, Registrador o Notario.

—Ese era mi pensamiento hasta hoy; pero la visita de usted ha trastornado un poco mis proyectos.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir? ¿Qué he podido yo hacer para subvertir sus planes?

—Nada, señor, nada. Es que yo, si bien no había vivido de espaldas a la Iglesia, por lo menos la miré hasta ahora con indiferencia.

—Y hoy se siente atraído por ella.

—Sí, señor; no debo negarlo. Hoy ha sido para mí un día de rectificaciones. La religión me parecía una cosa de ricos, de potentados más bien; vivía pegado a mi cerebro un concepto que aprendí en Suetonio: «Predecir a los pobres un infierno para después de la vida es un sarcasmo de verdadera crueldad.» Por otra parte, cuando, al estudiar Metafísica en el curso preparatorio de mi Facultad, supe que en los seminarios llaman a la Filosofía la *criada* de la Teología, juzgué que con aquel criterio, en vez de hombres de ciencia, las aulas de ustedes sólo podían crear brutos o pedantes...

—¿Y cómo ha podido usted rectificar hoy esas convicciones?

—No lo tome como una oficiosa lisonja, señor Obispo. He visto en usted un hombre culto y de mundo a la vez, limpio de las ranciedades del Seminario y aparte en absoluto de ese hermetismo hipócrita que suele caracterizar, según dicen, a los grandes jerarcas de la Iglesia; si yo pudiera emularle, imitarle, igualarle, daría por bien empleada mi vida, aun cuando la suerte no me otorgara las dignidades que usted alcanzó.

—Ah, eso sí; es usted joven y estudioso.

—Además, me han conmovido la santa ingenuidad de las madres clarisas, el *Te Deum* que cantaron ustedes en la iglesia, los perfumes del incienso y la rendida devoción de los feligreses; hoy me he asomado a un mundo nuevo, que me atrae de un modo irresistible.

—Domine, domine esas emociones y siga sin vacilar su camino, que la verdadera vocación no se manifiesta de ese modo.

—Yo no sé, señor Obispo, si es o no vocación lo que me mueve en este punto y hora a poner al servicio de la Iglesia mi carrera, mi actividad, mi vida, en una palabra; sólo sé decirle que cuando nuestro humilde y torpe organista, de la empolvada y bronca trompetería de su humilde artefacto, arrancaba las vetustas cadencias que acompañaban el himno entonado desde el altar, sentía yo arder mi alma en un vivo deseo de asaltar el púlpito, a la sazón vacío, y en párrafos de una elocuencia sublime, infusa como la ciencia de los apóstoles, porque yo no he profundizado en estos estudios, conmover al auditorio explicando las grandezas de la Religión y de la Iglesia.

—Ya está claro, hijo mío. Le ha ganado a usted la vanidad. De la vanidad son hijos los oradores sagrados y profanos. Esa no es la verdadera vocación, y además fracasaría usted en su intento. Los oradores no tienen la ideación normal. Usted razona demasiado y piensa con de-

masiada serenidad para ser orador. No es este su camino.

—Es que además ha comenzado a interesarme la hermosa tarea de rectificar con mis consejos los errores de las vidas. ¿Cree usted, padre, que puedo yo llegar a tener el don de consejo?

—Tal vez; pero después de haber estudiado una carrera universitaria y de haber visto por primera vez la iglesia vestida de gala para recibir y agasajar a uno de sus príncipes, no podría usted adaptarse a la enervadora monotonía de una parroquia urbana o rural; acabaría usted por creer que daba demasiado a la Iglesia y que de ella, en cambio, recibía muy poco.

—Ya sé, padre, que es un camino de renunciamiento y de abnegaciones el que me siento inclinado a emprender.

—Deseche, deseche esa idea; no abandone su carrera. A Dios, si es este su propósito, le puede servir en todas partes, y para el gobierno de la Iglesia, como para el gobierno de todas las sociedades, son más útiles los mediocres que los hombres eminentes. Vea cómo en Francia fracasó en el poder Gambetta, y cómo en España fracasaron en el poder Pí, Castelar, Salmerón y Canalejas, que fueron, sin duda, los hombres más eminentes de su tiempo.

—Pero es que yo, señor Obispo, no soy un genio, ni muchísimo menos.

—A su edad el genio es un caso patológico;

pero su preparación y sus condiciones intelectuales no están en armonía con el medio eclesiástico, y el hombre superior al medio no puede salvarse del fracaso.

—Usted, sin embargo, ha triunfado.

—Evidente: he triunfado yo; pero mi triunfo es puramente subjetivo; no han triunfado mis ideas ni mis propósitos. De acercarme a la Iglesia sin ideales, mayor habría sido mi triunfo. No me tome como ejemplo. Los que me hubieran hecho General en el Ejército me hicieron Obispo en la Iglesia; mi familia estaba bien situada; mis valedores eran poderosos.

—Y ¿no está usted satisfecho de su carrera?

—De mi carrera, sí; de haber cumplido mi misión, no; no he podido cumplirla. Yo me tasé en mucho más de lo que realmente valgo; creí que la Iglesia, al conjuro de mi evocación, hubiera despertado de un letargo de muchos siglos para compenetrarse más y mejor con el mundo. Le parecerá una paradoja tal vez, pero al someterme a la tonsura me movía y me guiaba un espíritu intensamente revolucionario; pretendía determinar a la Iglesia a arremeter contra la vida monástica y acabar con ella; resolverla a formar un clero mundano, sabio, amante de las artes, creador de familias honestas, civil y sociable, que hiciera olvidar los errores de este clero enquistado en el latín no ciceroniano, sino renacentista, retardatario, célibe, abarraganado y mi-

sántropo. A su buen juicio queda el destacar lo que en este orden de cosas he logrado.

—Padre, con esos argumentos, en vez de apartarme de mi nuevo deseo, me empuja más a él. Yo también siento ansias renovadoras, revolucionarias; si nuestros hermanos los hombres han de vivir en la Religión y en la Iglesia, hagamos para ellos una Religión y una Iglesia más razonables...

—El propósito es encantador, joven; pero tiene dos lados flacos: primero, el de que cada día es mayor el número de hombres que organizan su vida aparte de la Religión y de la Iglesia; y segundo, que en este terreno no se puede ir contra las tradiciones, y mucho menos contra los dogmas. Siga, siga su camino, amigo mío; deje las cosas como están, que cuando estemos a punto de vernos completamente perdidos, Dios nos enviará otro Redentor.

—¿Usted cree?

—Los manda todos los días; lo que sucede es que viven muy poco y apenas nos enteramos de su paso por la tierra. Wilson lo fué un instante. Hasta que lo crucificaron en Versalles.

Sonrió diplomáticamente Su Ilustrísima, dió a Leonardo a besar la gruesa amatista de su anillo, y lo despidió con un gesto cortesano.

Las madres estaban disgustadísimas. Se habían prometido conseguir de la galantería del señor Obispo que la ceremonia de la confirmación fuera en el convento; pero en la visita oficial no se atrevieron a solicitarlo, y don Jacobo se aprovechó de aquella timidez para llevárselo todo a la iglesia.

Se cantó primero una misa de tres, en la que ayudaron al párroco dos de los curas forasteros, un poco vacilantes porque se habían pasado la noche entera jugando al tresillo y llevando al candelero pesetas que se transfiguraban rápidamente en botellas de vino rancio y bollos de aceite.

Concluída la misa, pusieron a los lados del altar mayor sendos sillones de terciopelo rojo y pasaron a ocuparlos doña Esperanza y don Gregorio, vestidos con sus mejores galas.

Los niños se arrodillaron junto al padrino, y las niñas, con el flequillo cortado y la frente bien

restregada con jabón y ceniza, junto a la madrina.

Cuando todo estuvo dispuesto, sonaron los broncos acordes del órgano en una marcha triunfal, revolotearon los incensarios, y de la puerta de la sacristía salió el señor Obispo, con su capa pluvial, su báculo y su mitra, majestuoso, grave, solemne, como destacado de un tapiz o como descendido de una hornacina.

Precedíanle dos monaguillos con los ciriales de los días mayores, preciosos monumentos de la sagrada orfebrería, y seguíanle hasta doce clérigos revestidos de lujosos ornamentos.

Su Ilustrísima, en tono sencillo y familiar, explicó el alcance y significación de la ceremonia; su historia y la interpretación adecuada a cada uno de sus simbólicos momentos.

El cura de La Hornija se quedó estupefacto y con un palmo de boca abierta cuando supo que al dar la leve bofetada a los niños, no decía el oficiante «Obispo de Roma, para que te acuerdes de mí, toma», y que aquella simbólica agresión quería decir: «sed soldados fuertes contra las injurias». Por algo se aseguraba en el contorno que lo ordenaron el año de la Revolución por un cesto de higos...

Terminada la ceremonia encamináronse todos al convento.

Ya las madres, en el amplio salón del locutorio, apartado de la clausura por una fuerte reja

que substituía todo el muro, habían preparado la gran mesa, muy bien adornada con geranios, claveles y azucenas.

Ocupó el sitio de honor el Obispo y a sus lados tomaron asiento la madrina y el padrino. En los demás puestos acomodáronse todos los curas, las autoridades de la villa y Leonardo, que fué especialmente invitado por la madre abadesa, con la que sus padres tenían un lejano parentesco.

La comunidad, del lado de allá de la reja, sentada en semicírculo, con los tupidos velos recatando herméticamente los rostros, tomaba parte en la conversación, ya que no en la refacción.

Bendijo el Obispo la mesa, y cuando se extinguió el zumbido del *amén*, aparecieron cuatro robustas mocetonas del pueblo tocadas de cofia y provistas de radiantes delantales blancos.

Polaina, vestido de negro, calzado de alpargatas nuevas y envuelto *el arca del cuerpo*, como él decía, en amplia faja que le ascendía desde el ombligo, hasta los pectorales, era el encargado de escanciar el vino.

En un torno, embutido en la pared, al lado derecho de la reja, comenzaron las hermanas que habían quedado encargadas de la faena a servir la comida. Giró el artefacto y aparecieron las enormes fuentes de sopa de pan, azafranada y tostada al horno.

A la sopa siguió un cocido de garbanzos y

verdura, con todos los sacramentos, como decía don Jacobo; esto es, con jamón, gallina, tocino, chorizo, morcilla, vaca y acaso algo más.

Dió luego a luz el torno unas anguilas aderezadas con una salsa de nueces que celebró mucho Su Ilustrísima, y por último apareció el plato con el que la Comunidad en sus fiestas hacía el alarde fastuoso: un pollo asado y relleno para cada comensal.

Al principio todos guardaban un silencio espeso y pesante; pero cuando el señor Obispo tomó a su cargo la tarea de animar la fiesta y comenzó a contar anécdotas y chascarrillos, se soltaron los curas y, quién más, quién menos, todos se permitieron salpimentar el festival gastronómico con alguna agudeza.

Fué don Jacobo el primero que al ver vacío su vaso imprecó a Polaina: *¡Dómine, dómine: lámpades nostras extinguntur!* y luego ya todos aquellos tonsurados varones repetían, sin dar paz a los labios, el inciso del bíblico relato de las *Virgenes Fatuas*, con lo que al pobre demandadero no se le cocía el pan en espera de la hora de cargar con el botín de aquella descomunal batalla mandibular y gutural.

Salieron luego a plaza los postres: flanes y tartas de todas clases y sistemas, tocinos del cielo, natillas, merengues y confituras y frutas de todas las estaciones y latitudes; el café y los licores. Ni aun los cigarros hubieron de olvidar

las madres, que, como habanos no había en el estanco de la villa, bien de mañana marchó Polaina, caballero en su yegua, a comprarlos en la ciudad.

—Bien—dijo el Obispo, satisfecho—, muy bien. Sólo falta una cosa: los brindis. El señor párroco tiene la palabra.

Don Jacobo se levantó, encendido el rostro y desorbitados los ojos; alzó su copa, calló congestionado durante algún tiempo, y, por último, para terminar con aquella situación agobiante, dijo tapándose el rostro con la servilleta:

Brindo por usía
y por toda la compañía.

Rió piadoso el Obispo y aplaudieron briosamente los demás clérigos.

—¡El de La Hornija! ¡El de La Hornija!—clamaron todos alborozados.

Y el aludido protestó enérgico:

—Yo no brindo *mas que* me lleven a la cárcel. Que brinde por mí el de Levadilla.

—*¡Nequaquam! ¡Nequaquam!*—repuso éste asustado—. Primero consiento en que me retiren las dimisorias.

La situación comenzaba a ser enojosa, y a ella, discreto, puso fin don Gregorio representando al Obispo:

—Estos curas, señor, que son personas exce-

lentes, no van por el camino de las letras, ni es el fuerte de ellos la oratoria. Cada uno tiene una habilidad, que no es precisamente para lucida en estos momentos. Don Jacobo monta a caballo como un gaucho y con su escopeta antigua, de las que se cargan por la boca, sabe hacer blancos inverosímiles; ese anciano que usted ve ahí, el de La Hornija, coge una guitarra, y aunque esté más lleca que la peña de Martos, le hace hablar; el de Levadilla juega a la pelota a mano contra dos o tres campeones juntos; se ha hecho rico con lo que ganó estos diez años últimos en las fiestas de los pueblos. Aquel gordo, el de Veredas, hace primores de marquetería. El de Vidueño es el mejor catador de vinos de la región; una vez que vinieron unos franceses a comprar y él los acompañó, le regalaron la taza de plata que traían para probar si los mostos tenían yeso. El de La Ombría es el mejor castrador de pollos y puercos, con perdón, y aquel otro que se tapa la cara con el mantel para ver si lo olvido, cuando llega la Nochebuena hace zambombas para todos los chicos de la diócesis.

—También me han dicho a mí—intervino la abadesa—que don Venancio, los domingos después de vísperas, toca en la plaza el acordeón para que bailen las mozas de su pueblo; que don Teodoro hace con primor redes y sedales para pescar truchas y cangrejos, y si usía Ilustrísima quiere ver una de las preciosas jaulas de

alambre que sabe hacer don Valeriano, ahora mismo mandaré que la baje una novicia.

El Obispo paseó su sonrisa por entre los aludidos, como felicitándolos por sus destrezas, y luego hizo un guiño a Leonardo, tan hábilmente, que pasó inadvertido para todos los demás. Propuso a continuación un paseo hasta la hora de la marcha, y tomando del brazo a su joven amigo, le invitó con un gesto, comprendido rápidamente, a que expusiera su juicio sobre lo que acababa de ver y oír.

—Es una pena, padre, una verdadera pena, el que estos hombres sean en la tierra los vicarios de Cristo. La Iglesia, más que nada, en nuestros días, necesita de una verdadera revolución.

—No lo intente, hijo mío, no lo intente.

—¿Por qué no? Los clérigos de otras edades cultivaban las artes y, sobre todo, las Letras.

—También los había como aquel que dijo:

Pastores, ¿no es lindo chiste
que al ser hoy San Corpus Criste...?

.....

—Digno precursor, sin duda, de los que acabamos de ver al través de las referencias de la señora abadesa y de mi padre. Créame, señor Obispo: este espectáculo me ha determinado en definitiva a emprender la carrera eclesiástica.

—No dé a sus padres ese disgusto. No haga

que a mí me maldigan pensando que le he inducido.

—Mis padres, que probablemente me tendrán ya elegida esposa y casa, para que con ella viva, y nombres de pila para mis hijos y hasta nicho en donde mis restos descansen, sufrirán una contrariedad cuando conozcan mi determinación; pero acabarán por allanarse a ella y por asistir a mi primera misa con la misma inefable alegría con que presenciarían mi boda. En cuanto a usted, a mi cargo queda el puntualizar las cosas y el decir lo que ha hecho para disuadirme.

—De todos modos, piénselo bien, no se precipite y escribame con frecuencia dándome cuenta de su estado de ánimo y de los pasos que da.

.....

Anocheía.

Las campanas, fatigadas por la clamorosa despedida que hicieran al señor Obispo, tocaban a la oración lentamente.

Don Gregorio y su hijo, acomodados en el tilbury, volvían silenciosos de despedir a Su Ilustrísima.

—Padre — dijo de pronto Leonardo, como quien sentado al piano ensaya un acorde—, a mí me gustaría ser sacerdote.

—Sí; luego, a ti te gustaría ser Obispo. Eso nos ha ocurrido a todos. Tendría yo tu edad cuando vino aquí otro Obispo con la misma mi-

sión que el de hoy, y yo también sentí unos días o unos meses deseos de ser cura; pero los perdí cuando llegó un sargento por los quintos y estuve oyéndole cantar malagueñas en el Casino; entonces quise ser militar, hasta que arribó una compañía y representó el *Tenorio*; en cuanto los vi tan bien vestidos y les oí decir unas cosas tan lindas, quise ser cómico y estuve a punto de escaparme con ellos. Así te ocurre a ti, y menos mal que tienes ya terminada tu carrera.

—No, padre, no; lo he pensado bien; mis estudios me sirven todos para la carrera eclesiástica; dentro de un año puedo ya estar ordenado.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Qué te dió para engañarte ese señor Obispo de mis pecados?

—Créeme, padre, que estoy en mi sano juicio y que ese buen señor lo que ha hecho es pintarme las miserias de la vida eclesiástica y aconsejarme que no siga ese camino.

—Pues él tiene más motivos que tú y que yo para saber lo que dice.

Llegaron a la casa. Tristes los dos, sentáronse a la mesa, en donde ya les aguardaba doña Esperanza.

—Mira—dijo el marido—por dónde nos sale éste ahora. Quiere ser cura.

—Sí, madre; lo he decidido; sólo desistiría de ello si os hiciera falta para cuidaros, o si fuera preciso que yo llevara la administración de la hacienda.

—Pues no hablemos más—repuso don Gregorio amoscado—. Toma el camino que quieras, como si fueras mayor de edad; pero con tu padre no cuentes para nada.

Callaron los tres. Cenaron sin apetito, y tan pronto como discreta y respetuosamente pudo hacerlo, Leonardo se retrajo a su cuarto y se acostó.

Media hora después, entraba de puntillas su madre.

—¿De veras, hijo mío, sientes esa vocación? ¿Lo has pensado bien?

—Sí, madre; ya no sería feliz si me situara en la vida de otra manera.

—¿Te ha ofrecido su protección el señor Obispo?

—No. No importa. Me ha ofrecido su amistad.

—Pues yo te ayudaré sin que tu padre lo sepa. Delante de él aparentaré también disgusto; pero que Dios me deje vivir hasta que vengas a confirmar los niños de este pueblo como don Ildefonso. Mañana mismo les encargo a las madres que empiecen a bordarte una mitra...

IV

«Las imágenes son los libros de los que no saben leer.»

Este pensamiento de Gregorio II sirvió de tema para las pláticas que acababa de desarrollar en una de las principales iglesias un sacerdote muy joven, recién ordenado, que, protegido por el obispo Alburquerque, había entrado en Madrid por la puerta grande.

Con palabra florida y elegante, feliz en el gesto y dueño de los ricos secretos de la preceptiva, durante más de hora y media sostuvo en el deleite a la selectísima concurrencia, entre la que se contaban artistas de gran renombre, académicos, periodistas, ex ministros de la Corona, generales y magistrados, amén de las damas más bellas y opulentas de la Corte.

La Prensa le había hecho un gran reclamo, presentándolo entre ditirambos como un sacerdote *a la moderna*, sin prejuicios, algo inclinado a la izquierda, muy docto, que además había sabido, a favor de profundísimos estudios, com-

ponerse para su uso una forma de oratoria especial: enérgica y de vigorosos relieves, como la del profeta Ezequiel, y en otros momentos dulce y suave como la de San Dámaso, a quien llaman sus contemporáneos *auriscalpium matronarum* (escarba-orejas de las damas).

En la historia general de la Escultura supo encontrar el momento en el que el hombre pasa de la ingenua tendencia ornamental y del deseo de acentuar su identificación con la Naturaleza a la personificación de sentimientos y de ideas y al afán de perpetuar en la memoria de los hombres el recuerdo de los que supieron ser grandes.

Este instante hizolo coincidir con aquel en el que los cinceles de Antenor comunicaban al mármol jónico las gallardías de Harmodio y Aristogiton, los primeros tiranicidas.

A partir de aquí, con una sobriedad fascinante, mezclando de intento el arte profano con el arte religioso para producir el efecto de presentar a la Iglesia plenamente compenetrada con la vida, describió y criticó todas aquellas concepciones del genio unguidas por la posteridad con el glorioso dictado de obras maestras: en Escultura, el *Esclavo* y el *Moisés*, de Miguel Angel; el *David*, de Donatello; el *Júpiter*, de Juan de Bolognia, y mil más hasta llegar al *San Bruno*, de Pereira, y al *San Andrés*, de Bellver, y declinar a las maravillosas escenas escultóricas que dan vigoroso relieve de arte a la Semana Santa de

Sevilla y a la de Murcia, y a las riquísimas tallas policromadas que sufren el dolor de los malos tratos en nuestras ermitas y en nuestros monasterios rurales.

Al hablar de la pintura supo torturar los corazones y humedecer las mejillas de todo el auditorio, con la evocación de los Cristos de Velázquez y de los macerados ascetas de Zurbarán y del Greco, devolviéndole después la alegría de la vida con la evocación de los estallidos de movilidad y color de Goya y con las luminosas descripciones del *Soldado riante*, de Franz-Hals; el *Baco*, de Guido Reni; la *Hilandera*, de Edwing-Long; la *Magdalena*, de Nattier; la *Florista Pompeyana*, de Maldarelli; el *Angel risueño*, de Correggio, y la *Virgen del lirio*, de Dela-planche.

Criticó luego, como contraste con el mundo de luz y de color que acababa de describir, la herejía de los inonoclastas, iniciada en los comienzos del siglo IX por León el Isáurico y mantenida por sus descendientes hasta la Emperatriz Irene, que arrasó el tesoro artístico de Constantinopla y hubiera hecho igual con el de Roma si el impulso demoledor no se hubiera estrellado contra la santa energía del Papa Gregorio II.

Y terminó exhortando a todos a ver en las verdaderas obras de arte, aun en las más profanas, un reflejo de divinidad en el que el poder

de Dios se hace presente y manifiesto hasta para las criaturas de sentidos más torpes y hasta para los hombres más descreídos.

Al pie de las gradas del púlpito se apelotonaron los fieles para felicitarle y besar humildemente su mano. Muchos le acompañaron en triunfo a la sacristía y allí mismo entraron algunos, sin darle tiempo a que se despojara de la sobrepelliz, a invitarle a explicar conferencias en centros de cultura profanos, y otros a que se encargara de la dirección espiritual de sus familias.

Don Leonardo agradeció cortesantemente aquellos homenajes, reservándose el aceptarlos para momento más oportuno. Sólo escogió en el acto el del colector de la parroquia, que le ofrecía allí la misa cotidiana con una decorosa retribución.

El párroco, que era hombre de gran experiencia y de aguda perspicacia, comprendió que don Leonardo de Rivalta y de Leiva era una bendición que Dios acababa de enviar al modesto peculio de aquel templo.

En la mañana siguiente, acudió puntual a cumplir el compromiso contraído. Dijo su misa, y cuando, envuelto airosamente en su manto, disponíase a ganar el camino de su modesta hospedería para tomar el desayuno, le abordó en la puerta de la sacristía un familiar del señor Obispo de la diócesis para ordenarle que a las

once en punto de aquella misma mañana fuese al palacio de Su Ilustrísima.

Entretuvo don Leonardo aquellas horas en recortar y pegar en un cuaderno los sueltos de los periódicos católicos que encomiaban su triunfo y en evacuar con ayuda de su breviario la tarea de los rezos.

Con la puntualidad que se le indicaba, acudió a la ostentosa mansión del señor Obispo; pero allí hubo de permanecer más de una hora en la antesala, confundido con algunos clérigos harapientos que dormitaban en los divanes y con los familiares y los pajes que revoloteaban en juegos infantiles y hacían chistes de subido color profano.

Al fin, Su Ilustrísima le mandó pasar.

El doctor don Tadeo Avieso, que así se llamaba, era un hombre como de sesenta años, de perfil aquilino, bien conservado, alto, enjuto, de mirada penetrante, boca sensual y ásperos cabellos que invadían su frente y sus sienas y empujaban sus orejas hasta hacerlas formar escuadra con el rostro.

Su manera de hablar era también áspera y agresiva, y aunque movía mucho sus manos secas y peludas, como garras, muy raramente el ademán iba de acuerdo con la frase. Dijérase que se expresaba a la vez con dos pensamientos distintos, acaso contradictorios: uno que fluía de los labios y otro que era expresado por el gesto.

—Ya he tenido noticia— dijo sin mandarle sentar ni darle a besar el anillo—del verdadero triunfo que obtuvo usted ayer en la Sagrada Cátedra del Espíritu Santo. Reciba mi más cumplida enhorabuena. ¡Bien necesitada está nuestra Iglesia de buenos predicadores en estos tiempos de descreimiento y volterianismo!

—Señor...

—Pero me desagrada el ver que es usted poco escrupuloso para con las obligaciones de su ministerio.

—No sé, padre, en qué habré podido faltar. Acaso mi inexperiencia...

—Sí; esa es la disculpa de todos. ¡Como si en los Seminarios no se explicara un curso de Rúbricas! Aun cuando yo, por la recomendación de don Ildefonso, dí el permiso para el sermón y lo indiqué así a la Parroquia, usted, antes de ir allá, debió venir a cumplimentarme.

—Pensaba, señor, pedir una audiencia.

—¡Bonita disculpa! Pero, en fin, con agua pasada no muele molino. Para otra vez ya lo sabe. Vamos a lo nuestro.

—Gracias, señor Obispo. Le prometo que no volveré a incurrir en esa falta.

—Me han dicho que es usted un orador eminente, que triunfó usted en toda la línea. Siento mucho que esas Rúbricas que usted olvida con tanta facilidad no permitan a los clérigos predi-

car delante de sus obispos: créame que tendría mucho gusto en oírle.

—Gracias, muchas gracias, señor. No merezco tantas atenciones como usía Ilustrísima tiene la bondad de dispensarme.

—Pero estos triunfos tanto tienen de dulces como de amargos. Aquí la gente es del último que llega y ya estoy vislumbrando cómo se lo van a querer a usted comer las beatas y cómo la aristocracia verá el mejor adorno para sus capillas en este curita joven, bien plantado y sabio y elocuente, según dicen.

Don Leonardo, encendido en rubor, bajó al suelo los ojos.

—Luego — prosiguió el Obispo sin mirarlo — se les suben a ustedes los humos y acaban por matar a disgustos a sus prelados y por convertir los templos en salones de baile o en otras cosas peores. Hay que atajar el mal en su principio. Para que no se deje arrastrar por las pompas y vanidades del mundo, esta misma tarde ingresa usted en el convento de los jesuítas y me hace quince días de ejercicios espirituales.

—Señor...

—No hay señor que valga. Mis órdenes no se discuten. Por algo soy el Obispo y mi jerarquía es de institución divina. ¿O no ha aprendido eso tampoco? Cuando salga se concreta usted a decir su misa y ayudar a los trabajos de la parroquia, y antes de predicar o de aceptar alguna

capellanía aristocrática o alguna preceptoría o el dar conferencias en algún centro profano, viene usted a solicitar mi permiso. Yo se lo daré o se lo negaré, según me parezca prudente, que mi misión, como pastor, es apartar a ustedes de los peligros mundanos. Váyase y no olvide que a las cinco en punto le aguardan en la Residencia.

Tentado estuvo don Leonardo de Rivalta y de Leiva de rasgar su sotana allí mismo y tirar los jirones a los pies de Su Ilustrísima el doctor Avieso; pero refrenó a tiempo su impulso, se arrodilló, le besó el anillo y salió, no sin hacerle desde la puerta una profunda reverencia.

Ciego de indignación, cruzó la antesala, marchó rápido a su casa, dijo a su patrona que estaba indispuerto y no quería almorzar y en cuatro pliegos de letra menuda y apretada refirió a su espiritual amigo y tutor el Obispo Alburquerque lo que en los dos días de su estancia en la Corte había sucedido.

Puso luego por sí mismo la carta en el correo y marchó molesto y contrariado a encerrarse en la Residencia.

V

La *quincena* que Su Ilustrísima el doctor Avieso habíale obligado a cumplir, dejó como señal indeleble en la frente juvenil de don Leonardo una arruga profundísima que la cruzaba de sien a sien.

Salió cuando así lo dispuso el Padre Rector y marchó presuroso a su hostel, decidido a romper con la Iglesia y a volver a la casa de sus padres para aislarse del mundo y llorar allí, en la paz del campo, su desengaño.

Una carta cariñosísima del padre Alburquerque hizole cambiar de propósito.

«No me sorprende—decía—lo que me cuenta de Tadeo: es así desde muchacho; no puede remediarlo, y lo peor es que como él en nuestro gremio hay muchos. ¿Recuerda usted aquellos santos varones de La Hornija, Vereda y Levadilla? Pues de esa madera se hacen los Obispos. Para tallarlos basta un tío bien situado en la Corte. El tío del doctor Avieso fué gerente de un Banco; pudo hacer, y sin duda hizo, muchos

favores. ¡Quiera Dios que en el cielo sirvan también de algo los tíos y que San Pedro haya dado por buena la documentación del de Tadeo, pues de otra manera su sobrino no se salva.

»Le esperan a usted, sin duda, más amarguras y más contratiempos; pero tómelo todo con paciencia, que ya no es hora de retroceder. Si no le dejan predicar, aproveche los días para estudiar en las Bibliotecas y para escribir sobre las diversas materias que usted domina; yo iré a la Corte hacia el otoño, cuando se acabe el verano que tiene a todos los personajes desperdigados; ataré a su Obispo muy corto—ya sabe él que puedo hacerlo—y crearé para usted una situación digna de sus méritos.

»Si en estos meses Avieso le hace objeto de un nuevo atropello o le niega la venia para aceptar alguna cosa que pueda servirle de provecho, pídale en nombre mío una audiencia, procure quedar solo con él en el estrado y deje caer en sus oídos esta frase: «don Ildefonso me encarga de participar a usted que doña Pascuala se conserva maravillosamente; pero en cambio Arturito no sirve más que para lucir en el *futbol* sus piernas largas, delgaduchas y peludas; es tan buen *portero* como mal estudiante».

»Tenga usted por seguro que primero se pondrá encarnado y luego amarillo y, por último, le despedirá concediéndole lo que le pida.»

Aquella carta devolvió a don Leonardo la

alegría y le infundió aliento para luchar contra la enemistad que, sin saber por qué, habíale mostrado el señor Obispo.

Acudió todas las mañanas a decir la misa que con el colector había convenido, y cuando se supó de su reaparición, volvieron a llegar a él las ofertas y los requerimientos que se le hicieron en el día de su triunfo.

Don Leonardo, para eludirlos, no porque dejaran de ser de su agrado, sino por miedo al doctor Avieso, alegaba que necesitaba estudiar y prepararse para unas oposiciones a canonjías o a cátedras. Pero ni aun así conseguía que le dejaran en paz los que a toda costa querían hacerlo director espiritual de sus familias o preceptor de sus hijos.

Como no sólo en la iglesia, sino que también en su casa lo asediaban y le asaltaban señoras y caballeros de la nobleza, de la alta política, de la milicia, de la magistratura y de la banca, y veía la conveniencia de sostener y cultivar aquellas amistades, decidió establecerse decorosamente.

Pidió para ello ayuda económica a su madre y la obtuvo inmediatamente, con aquiescencia de don Gregorio, que desde el punto y hora en que la Prensa de Madrid habló del triunfo de su hijo, se dió de baja en *El Liberal* y se hizo suscriptor de *El Debate*.

Encontró un bonito entresuelo en la calle de

Velázquez: lo amuebló con gusto, sin ostentación ni chabacanería; tomó a su servicio una pobre mujer muy madura que le recomendó la condesa de los Roblizados, y para enviarlo a recados y encargarle la tarea de abrir y cerrar la puerta, se llevó un monaguillo de la parroquia, al travieso Angelito, de sonrosadas mejillas y ensortijada cabellera rubia, que cuando sustraía de la alacena los panales de hostias y le descubrían el delito, se justificaba diciendo que se las había llevado para ver si conseguía que les tomara el gusto su padre, el señor Atanasio, el zapatero, librepensador y vicepresidente del Comité federal de las Injurias.

Todo el sobrante de su presupuesto y de su haber lo invirtió don Leonardo en libros de Literatura, de Arte y de Historia, amén de una buena edición de la *Biblia*, la del P. Scio de San Miguel, que encontró en una librería de viejo, de la que tuvo que salir casi a uña de caballo, porque el librero quería a todo trance colocarle *El Año Cristiano* de la galería *Vis bene conjunctis* y el *Arsenal de Predicadores*.

Ya en su casa, comenzó a sentirse feliz. Cuando en las muchas horas que en cada día tenía libres entregábase al deleite de repasar sus libros, le parecía que de sus páginas se destacaban las almas de los sabios para ungirle con un beso de luz que infundía a su pensamiento el poder de descubrir los más oscuros arcanos de

la vida, y prefería aquella sociedad a la sociedad fastuosa, dulzona y bienoliente que había vislumbrado en los momentos de su triunfo.

En algún instante sujetaban a la tierra su imaginación las férreas cadenas de la realidad: era cuando su ama de llaves le hacía la cuenta de la compra o cuando el casero le presentaba el recibo del alquiler.

Entonces pensaba que después de haber estudiado dos carreras y de haberse revelado poco menos que como un genio de la oratoria sagrada, no tenía derecho a reclamar todos los meses una parte del peculio paterno para cubrir las necesidades de su vida.

Al fin, una de las veces que cayó en estas consideraciones resolvió aceptar alguno de los cargos que con insistencia se le ofrecían.

Optó por la capellanía que le había propuesto la vieja marquesa de la Campa; era lo más cómodo: misa todos los domingos en el palacio, con explicación del Evangelio del día y una breve plática dirigida a la servidumbre para mantener su fortaleza contra las tentaciones del sindicalismo y del bolchevismo. Sueldo, cuatrocientas pesetas mensuales y los regalitos de costumbre. No estaba mal.

Tomó del armario su teja y su manteo dominigueros y marchó a solicitar del señor Obispo el indispensable permiso para ofrecer su aceptación a la señora marquesa.

La hora de estancia en la antesala se le hizo más larga y más penosa que entre todas las horas malas de su vida.

Por fin le recibió Su Ilustrísima y, al oír su razonable petición, frunció el ceño, levantó los puños crispados y le increpó:

—¿Pero cómo voy yo a curarle esa manía de grandezas? ¡Vuelva otra vez a la Residencia hasta que ordene yo su salida! ¡Capellán de una marquesa! ¡Miren el señorito! Donde voy a mandarle es a regentar un curato rural, a una aldea de treinta vecinos.

—Señor—se atrevió a replicar indignado don Leonardo—: Usía Ilustrísima no me mandará a ninguna parte, porque tengo abiertas de par en par las puertas de la casa de mis padres, y a ella me voy ahora mismo. Confieso que me he equivocado. Eso si mi buen amigo don Ildefonso de Albuquerque no me encomienda la educación de Arturito, a quien los mimos de doña Pascuala creo que han convertido en un perfecto deportista, inútil para todas las demás cosas serias de la vida...

Don Tadeo miraba a su interlocutor sin atreverse a interrumpirle; tan pronto sentía impulsos de saltar sobre él y arrojarlo por una ventana, como de ponerle una mano en la boca y sofocar sus palabras, como de rogarle humildemente que callara a cambio de la licencia que pedía y de la remisión de la peni-

tencia que arbitrariamente le había impuesto.

Después de un largo silencio, enojoso para los dos, optó por esto último.

—Créame, hijo mío—decía sin levantar los ojos del suelo—, que el cuidado de la diócesis me acarrea infinitos disgustos que me ponen de mal humor y luego pagan justos por pecadores. Ha llegado usted en un mal momento. Acepte la capellanía de la señora marquesa y sírvale de provecho.

—Gracias, señor obispo. Y para predicar, ¿me da licencia Su Ilustrísima?

—¡Ah, no! ¡Eso no! Por lo menos en Madrid. Le permitiré únicamente que lo haga en la fiesta de algún pueblo si le llaman, pero sin apartarse del *Año Cristiano*. ¡Que no sepa yo que echa usted a volar la imaginación ni alardea de cultural! Todo eso es contrario a la modestia que nuestro ministerio nos impone.

VI

A la excelentísima señora marquesa de la Campa, tres veces viuda, la primera de un general, de un brigadier la segunda y la tercera de un coronel, en la buena sociedad llamábanla de apodo la *Dama Verde*.

Jamás dió escándalos con su conducta, ni se permitió libertades reprobables; pero usaba un lenguaje de cuarto de banderas y era muy aficionada a referir cuentos que sin reparo hubiese firmado Bocaccio y anécdotas que no hubiera desdeñado Brantome.

Cuando empezó á convencerse de que ya no era joven, sin que implicara ello el considerarse vieja, dedicó más tiempo a la Iglesia que a sus salones y únicamente en la intimidad de su hogar, al que sólo contadísimas y bien elegidas personas tenían acceso, se permitía descubrir los rasgos de su manera de ser, conservada y sostenida hasta la sepultura, como el proverbio manda.

Tal vez a causa de la fibra masculina de su

carácter, o acaso porque, como observó aquella gran mujer del siglo XVIII, Sofía Arnoud, las damas, en el último tercio de su vida, con las aventuras de los demás se consuelan de las aventuras que ya no tienen, era su mayor deleite el de iniciar jóvenes en los grandes misterios del amor y en las profundas maravillas sexuales.

Un domingo impuso a don Leonardo el que la acompañase a almorzar, alegando el que sus parientes y sus amigos habían incurrido en la crueldad de dejarla sola.

Don Leonardo accedió muy complacido, y los dos, mano a mano, comieron como lo hubieran hecho dos buenos camaradas, abordando infinidad de temas amenos y agradables.

Cuando, servido el café, se retiró la servidumbre, encendió la marquesa un cigarro y ofreció al capellán otro. Después, envolviéndolo en una pícaro sonrisa, le preguntó:

—¿Es cierto que antes de ser cura se hizo usted abogado?

—Sí, señora.

—¿Cuántas novias tuvo de estudiante? ¿Se escribe todavía con ellas?

—Por Dios, señora marquesa...

—Vamos, ahora yo soy el confesor y usted el penitente. Dígame la verdad o se condena. ¿Cuántas novias tuvo?

—Ninguna; le aseguro que ninguna.

—No le creo.

—Sin duda Dios me había elegido para este ministerio y apartó a las mujeres de mi camino.

—No me convence usted. Vamos a ver si encontramos la verdad. ¿Estudió usted en la Corte?

—No, señora; lo hice en mi pueblo, por la enseñanza libre; sólo venía en las épocas oportunas a examinarme, acompañado de mi padre.

—Pero en su pueblo habría muchachas de su edad y de su clase. Organizarían ustedes juegos, bailes.....

—Claro que sí; pero como nunca supe bailar, los días de fiesta paseaba con mi padre y con otras personas mayores.

—Y ¿nunca pensó usted en verse amado por una mujer?

—Nunca.

—¡Pobre hombre! Si yo tuviera pecados de amor no me arriesgaría a confiárselos en confesión.

—Me hace muy poco favor la señora marquesa.

—No, tonto; no es que desconfíe de su discreción; es que los hombres que no han amado ven con ojos de aumento estas culpas, que, como son las más fáciles de contraer, deben ser las más veniales.

—No todas, señora. El estupro, la violación, el adulterio, a los ojos de Dios han de ser cosas horribles, por grande que sea su misericordia.

—Ya me está usted dando la razón. Ve usted

gigantes en donde ni aun molinos hay. El estupro y la violación no existen sino como medios puestos por la ley al alcance de las mujeres para conseguir la dote o el matrimonio; y en cuanto al adulterio, no discutamos, porque usted no tiene la preparación indispensable. Bástele saber que en la vida sólo se toma en consideración el de la mujer, y esto no me negará que es una injusticia.

—El Tribunal de la penitencia castiga por igual a todos.

—Sí, a rezar tres credos y cuatro salves. A ese precio habría cola si se vendieran abonos.

—Pero, señora marquesa, usted olvida el dolor de corazón y el propósito de la enmienda.

—Y usted no sabe la buena maña que se dan los amantes para curar los dolores y hacer quebrantar los propósitos. Lo dicho: si yo volviese a la edad de contraer culpas de esta índole, buscaría otro confesor.

Sonrió un poco ruborizado don Leonardo, y prosiguió la marquesa su sondeo:

—Vamos, en confianza: ¿le gustan o no le gustan las mujeres?

—Todas las obras de Dios...

—No; no se me escurra ni me conteste con frases hechas. También son obras de Dios las focas y los alcornoques y los pedérnales. Dígame si le gustan las mujeres; si en algún momento siente contrariedad al verse apartado de ellas

por su profesión; si sostiene luchas contra su corazón o contra su carne, encendidos por la juventud en estos naturalísimos deseos.

—Con toda sinceridad le digo que siento por la mujer el afecto que me inspiran todas las obras de Dios, si bien es cierto que unas, por ser acaso más artísticas que otras, arrastran en este afecto a los sentidos y entonces asciende a la categoría de admiración; en cuanto a lo demás, si usted se refiere a lo que se suele llamar inquietudes sexuales o inclinaciones amorosas, le aseguro que nunca las he sentido.

—¿Es posible?

—Créame, se lo ruego, señora marquesa.

—Está bien. ¡Pobre de usted! Esa naturaleza dormida despertará en asoladoras tempestades. Lo que en otros es brisa o céfiro, será en usted huracán. ¡Dios le tenga de su mano y lo encauce por buen camino!

—Soy fuerte, señora: sabré vencer.

—Más fuerte es la realidad. Más fuerte es la vida.

Callaron los dos.

Don Leonardo, puesto en pie, pidió permiso para retirarse. La vieja marquesa de la Campa, con un destello de juventud pretérita en sus ojos y húmedos los labios, desnudó mentalmente al sacerdote de sus ropas talares y contempló con deleite al hombre joven, de mejillas encendidas por el reflujó de la vida, grandes y me-

lancólicos ojos negros, amplia frente, perfecta nariz asexual, blanca y fuerte dentadura, rojos labios, alto y tan bien formado como una estatua de Belvedere, en la plenitud fecunda y virgen de sus veintitantos años.

Cuando llegó a su casa don Leonardo, el rubor carminaba todavía sus mejillas.

Aquella mujer, la *Dama Verde*, había sumergido su alma ingenua en un mar de perplejidades.

Sin darse bien cuenta de por qué, asociaba la impresión de su diálogo íntimo con la señora marquesa de la Campa con la zafia silueta de una azacana de la casa de su padre, que cuando apenas había cumplido doce abriles, en una calurosa tarde de agosto, a la hora de la siesta, lo encerró en un pajar, lo desnudó de todas sus ropas y lo abrumó con una serie de brutales caricias de las que apenas conservaba recuerdo.

Sentado delante de un rimero de libros, con la cabeza encajada entre las manos y ausente la vista de la mirada, con los ojos de su imaginación veía danzar a las dos en siniestra zarabanda, en la que a veces la marquesa se adornaba con los harapos de la azacana y la azacana se tumbaba en los abigarrados cojines bordados de la marquesa y se fumaba, sonriendo cínicamente, sus perfumados pitillos.

Después, en la visión absurda, se confundían las dos, y era una alma única la que animaba los dos cuerpos.

Despertó de su delirio. Le atraían las lindezas galantes del *Cantar de los Cantares*, abierto ante su vista, como si la magia del azar estuviese de acuerdo con la marquesa:

*Mi amado es para mí un
manojito de mirra
que reposa entre mis pechos...*

Un momento hirvió su sangre y se estremecieron sus nervios. Mentalmente sus labios besaron las carnes blancas de la Magdalena de Nattier, que con tanto entusiasmo describiera en su plática.

Y volvió el rubor a encender sus mejillas; pero ahora le avergonzaba el remordimiento de no haber tomado parte en los juegos y en los bailes del recuerdo que evocara la *Dama Verde*.

Juanita, Gloria, Elisa, Concha, Lolita, Marina, Mercedes... ¡Cuántas sonrisas deliciosas que no supo recoger en su corazón dormido!...

... ¿No bailas, Leonardo?... ¿Leonardo, no juegas?... ¿No vienes, Leonardo, a merendar al campo, con nosotras?... ¿Quieres un papel en la comedia que vamos a representar para las fiestas?...

¡Dulces ecos, enervadoras añoranzas que como nubes rosadas aparecían por primera vez en el mundo de su memorial ¡Flores de luz que en aquel momento esmaltaban el mustio jardín

de sus recuerdos!... ¿Qué pensarían de él aquellas ninfas, aquellas náyades ingenuas y alegres?...

La iniciación estaba consumada. Fué perfecta, y cruel como todas las iniciaciones.

«Tiene razón la marquesa—pensó—; sin duda, los pecados de amor son los más frecuentes, y nuestra oficiosa castidad nos niega los medios para formar de ellos el verdadero concepto. No sé cómo se puede cohonestar el celibato del clero con la orden terminante de Dios a Abraham: *Creced, multiplicaos, llenad la tierra...*

Claro está que si esto se hubiera discutido serenamente, entre hombres sabios, los curas no seríamos célibes; pero así se acordó de una manera bastante anormal, a *traición*, según oí decir al bueno de don Jacobo.

Se celebraron a la vez el Concilio quinto y el sexto; en el cuestionario de los dos estaba el tema del celibato; pero en ninguno se trató, y unos cuantos señores interesados en que el absurdo triunfara, se reunieron en una cuchipanda a la que llamaron Concilio *quintisexto*, y allí nos impusieron esta desgracia.

¡Desgracia he dicho! ¡Que el Señor me tenga de su mano! Si yo creyera en el poder del diablo para mezclarse en las cosas de la vida, diría que lo llevaba en el cuerpo la señora marquesa, y que al estrechar mi mano para despedirme se ha servido endosármelo.»

Para fortalecer su espíritu, buscó en el libro de Fr. Rafael de Vélez, que se titula *Preservativo contra la irreligión*, un párrafo que recordó haber leído otras veces: «Jesucristo creó a la Iglesia virgen; eligió vírgenes sus apóstoles...»; y no logró dar con él.

Le atraía con irresistible violencia el *Cantar de los Cantares*, abierto ante sus ojos en un ángulo de la mesa, y se sentía sin voluntad para apartar de él la vista, ni para cerrarlo.

*Yo soy de mi amado:
ven, oh amado mío, salgamos al campo;
allí te daré mis amores...*

Como quien hace una confesión de culpas, decidió escribir a don Ildefonso sus emociones de aquel día.

«No sé si será la influencia vital—decía—de esta primavera, que de repente ha vestido a los campos sus verdes galas y les ha hecho su tocado de flores, que ha llenado el aire de trinos y la vida de luz; no sé si será el aliento ponzoñoso de la serpiente, que silbó en mi oído una música infernal de inducciones y deseos; no sé, padre mío, qué será; ni aun discernir puedo, en este momento, si es que Dios me muestra su corazón para decirme: «ama como yo amé», o, por el contrario, Datán y Abirón han descubierto en mi ser el punto vulnerable por donde han

de atacarme para poderme hacer su eterno prisionero.

»Lo cierto es, padre mío, que hoy por primera vez he sentido la tristeza de este vivir absurdo que nos da a conocer los males del amor en el confesonario, y sus impurezas y sus abominaciones en la Santa Biblia, y nos aparta como indignos de sus deleites inefables.

»Hoy se ha conmovido el edificio de mi fortaleza; no sé si con el pensamiento he llegado a pecar; no estoy seguro de poder evitar mi caída si Dios pone en mi camino el *fomes peccati*. No me hizo despertar de mi sueño asexual una mujer determinada; fué mi propia reflexión la que, o envió un rayo de luz a la cueva en donde dormía junto a los leones de la sensualidad, o trenzó la cuerda que ha de atar para siempre a mis hombros la peña de Sísifo.

»¡Iluminadme, padre, con vuestra sabiduría y con vuestra experiencial! ¡Nunca pensé verme en esta crisis de voluntad! ¿Pasaron los demás por este suplicio? ¿Qué hicieron para triunfar? ¿En dónde se apoyaron para no caer? ¿Cómo Dios, infinitamente piadoso, no modeló sus ministros con barro distinto del barro de los hombres?...»

.....

Y el sabio y prudente obispo don Ildefonso de Alburquerque y de Padilla se apresuró a contestar a su protegido:

«Busque, hijo mío, el bálsamo piadoso que curará las llagas de su espíritu, en los libros sagrados. En ellos hay santas palabras, que tienen virtud para calmar las tempestades de la razón y para conjurar las exhalaciones y las centellas que amenazan el edificio de su conciencia.

»Recuerde que fué Moisés quien dijo: *No pondréis bozal al buey que trilla.*

»Y el divino San Pablo recriminó a los romanos: *También los hombres, dejando el uso natural de las mujeres, se encendieron en sus concupiscencias, cometiendo cosas nefandas...*

»Y luego los consoló con estas palabras, dignas de la sabiduría que Dios infundió en su cerebro:

Bienaventurados aquellos cuyos pecados son cubiertos.

VII

Y ya el desventurado sacerdote no tuvo un instante de reposo.

En sus largas noches de insomnio recompónia su pasado para abominar de él. Sentía estremecerse su carne, como si también la atormentaran los remordimientos que atormentaban su conciencia. Le punzaba el dolor de su juventud, deshojada sobre los libros de su carrera. Se conjuraban sus nervios para pedirle cuentas de su pasado. Hervía su sangre y torturaban su cerebro pensamientos, remordimientos y deseos, que tenían como denominador común el ansia de vivir y la pesadumbre de no haber vivido.

Saltaba de su lecho revuelto, y, acodado en el balcón, veía en la tierra cruzar las parejas escribiendo con banales caricias el prólogo de intensos y emocionales idilios, y en el cielo brillar las estrellas con resplandores eróticos, desplazarse y cruzar raudas el firmamento, como para acoplarse en una conjunción amorosa.

El perfume de las flores, el despertar de la

vida, los epitalamios de las aves, todo el himno triunfal del amanecer exaltaba sus sentidos y exacerbaba las ansias de su fatigada cabeza.

Buscaba en sus libros el sedante y su obsesión le llevaba a construir matrimonios de palabras y orgías de oraciones, sin lograr que las ideas se destacaran del papel para cumplir su misión redentora.

Marchaba luego a decir su misa, y al cruzar las calles no daba un paso sin encontrar un motivo que exaltara su fiebre amorosa: las prendas íntimas colgadas en los balcones o colocadas en los escaparates; la frase picaresca o el vocablo soez recogidos involuntariamente al pasar; la silueta de la devota que transponía el umbral haciéndose la señal de la cruz; el grupo jacarero de domésticas que remedaban los gestos de las señoras y, parodiándolas, exhibían sus ennegrecidas gargantas y sus piernas musculosas y hombrunas; los acordes de una pianola que reforcía una canción rijosa; la risa ingenua de las niñas que se dirigían al colegio; todo eran azotes que crujían sobre su médula espinal y sobre su imaginación atormentada.

Ya en el templo, creía encontrar un reflejo del fuego en que ardía en los ojos de las imágenes y un rasgo de compasión inteligente en el gesto de los ascetas.

Con las oraciones de ritual mezclaba la suya, la que su alma torturada elevaba al que todo lo

puede, en demanda de la paz perdida o de la lícita satisfacción para sus deseos implacables.

Si las necesidades de la parroquia le obligaban a embutirse en un confesonario, cuando llegaban hombres a entregarle sus pecados de amor, agotaba todo el repertorio de preguntas que previene en latín el *Manual de Confesores*, hasta cerciorarse bien de cómo los pecadores habían llegado al éxito, tan difícil y tan remoto para él, que no encontraba medio de abordar su camino.

Si las penitentes eran mujeres, la discreción impuesta por la disciplina era para él un nuevo suplicio de Tántalo, mucho más cruel que el de la Mitología. Embriagado con su aliento y con el efluvio de sus perfumes, acababa por caer como en un éxtasis, en un estado de soñolencia sensual que lo retenía largo tiempo en su sacramental armario, del que, al recobrar la razón, sentíase decidido a no salir, para que la vida no le atormentara con la crueldad de hacerle presente en todo momento su fracaso.

Algunas noches, después de haber comprobado a su satisfacción que dormía plenamente su ama de gobierno, pues ponía todo su empeño en conseguir que para todos, y especialmente para aquella buena señora, pasaran inadvertidas las vacilaciones de su pureza, tomaba su ropa seglar y lanzábase a la calle, decidido a desnudar su pecho, para que en él hicie-

sen blanco las flechas del dios alado y ciego.

Recorría las calles más sórdidas en busca de la soñada aventura; sofocando trabajosamente su rubor entraba en los cafés al advertir desde las vidrieras los estallidos de color de las galas femeninas; atisbaba el lento y procesional desfile de los espectadores de los teatros, y todo en vano. Su gallarda presencia no despertaba sino miradas oficiosas de curiosidad, en las que sus ojos anhelantes no lograban descubrir radiaciones amorosas ni ofertas pasionales.

Sólo en los momentos de mejor fortuna se destacaba del quicio de una puerta una mujer sin alma y sin edad, con los ojos marchitos, los labios secos y las mejillas pintadas como una pepona de baratillo, que con las palabras más groseras, apenas inteligibles para él, ofreciale lo que de ningún modo podía ser laurel de victoria, digno de una batalla tan encarnizada y dolorosa.

Desesperanzado y vencido recalaba en su casa y vivía irredento el suplicio de sus noches, que plegaban su frente en indelebles arrugas y hundían sus ojos en los cárdenos baches de sus cenizas.

Lo que más le atormentaba era el ver que sus hijas de confesión ni un instante se detenían a contemplar en él al hombre; le oían con los ojos bajos y le hablaban sin mirarle. Cuando les daba a besar la mano, dejaban caer el beso sin acer-

car los labios, y apenas sentía un leve soplo cuando se había prometido un dulce contacto enervador. ¡Y tantas anécdotas galantes, edificadas sobre estos motivos, como leyó y escuchó contar a lo largo de su vida!

Una tarde, ya desatinado y loco, exacerbado por aquel erotismo que sin cesar le atormentaba, en vez de buscar, como otras veces, el consuelo y la calma en sus libros predilectos, buscaba picantes relatos y pasajes de estragada sensualidad.

Fué una página del *Génesis* la que sometió su fortaleza a una prueba definitiva:

«Y antes que se fuesen a acostar, los hombres de la ciudad cercaron la casa, desde el niño hasta el viejo, todo el pueblo a una.

»Y llamaron a Lot y dijéronle: «En dónde están los hombres que entraron de noche en tu casa? Sácanoslos acá para que los *conozcamos*».

»Salió a ellos Lot, y, cerrando la puerta, tras sí, dijo:

»—No queráis, os ruego, hermanos míos, no queráis hacer tal maldad.

»Tengo dos hijas que aún no han conocido varón; os las sacaré, y abusad de ellas como gustareis, con tal que no hagáis ningún mal a estos hombres...»

.....
Angelillo, radiantes de luz sus grandes ojazos azules y henchidas de juventud sus rojas mejis-

llas, se acercó a don Leonardo en demanda del habitual permiso para bajar a jugar un rato con los chicos en la vecina plazuela.

Entre mohines y carantoñas, heraldos de su interior alegría, se acercó a besarle la mano, como hacía siempre al entrar en casa y al salir de ella.

Un cuarto de hora después de haber salido dando saltos el feliz monaguillo, se deslizó por la puerta entreabierta de la habitación de don Leonardo Encarnita, la hermana de Angelillo, rubia como él, ceñidas las ensortijadas guedejas por una cinta azul, del color de sus ojos ingenuos. Acercóse de puntillas al sacerdote, le tomó una mano con las suyas, gordezuelas y blancas, y se la selló con un sonoro beso, fruto dulzón de sus virginales labios rojos.

Encarnita no había cumplido aún los doce años. En su cuerpo, dormido todavía para el sexo, la caprichosa naturaleza tuvo ya la picardía de dibujar curvas y turgencias, y en su mirada había momentos de quietud extática que parecían como simulaciones de desvaríos eróticos. Virgen aún, sin embargo, su conciencia, como su cuerpo, no podían ser sino destellos del instinto, o como primeras revelaciones de una herencia sensual que le trazaban un camino antes de que estuviese preparada para emprender la marcha.

Preguntó por su hermanito, y el sacerdote,

mientras le explicaba que se había ido a jugar, atraíala por la cintura hasta sentarla sobre sus rodillas, y en suave caricia hundía sus dedos en el oro hilado de su crespa cabellera.

La niña, rendida en inocente gratitud, le miraba lánguidamente y le acariciaba el rostro con sus manecitas. Febril, don Leonardo la besó en la boca, sorbiéndole el aliento, mientras ella, aturdida, le ceñía el cuerpo con toda la fuerza de sus infantiles brazos.

Jadeante, convulso, enloquecido, con sus dedos torpes y trémulos le desabrochó el vestido, le rasgó el escote de la camisilla y sepultó su rostro ardiente en aquel pecho virginal, cálido y suave, en el que se delataban con sugestivo relieve las muelles turgencias femeninas, sobre las que culminaban radiantes dos puntitos rojos, como granates. El rostro de aquel hombre fuerte erizado de barbas bravías, dejaba rosadas huellas en aquella carne blanca y pura.

En su paroxismo erótico, tal vez sin conciencia de lo que hacía, la desnudó por completo, desabrochó él también sus ropas, y a su carne ávida y ardiente otorgó el consuelo de aquella carne indiferente, fría, ingenua.

Su propia exaltación le salvó de un crimen. El sacrificio se consumó en el ara de Venus, dejando la piedra incruenta, pero no impoluta.

Ayudó a vestirse a la chiquilla, le dió unos céntimos, y, con un gesto, le indicó en dónde es-

taba su hermanito, para que fuese a jugar con él.

Encarnita, con los ojos bajos, como si se die-
ra cuenta de lo acaecido, salió con paso vaci-
lante. Transpuso el umbral sin atreverse a mirar
frente a frente a aquel hombre, al que momen-
tos antes acariciaba con toda la ternura de su
alma hermética.

Cuando salió a la calle, esquivó el encuentro
con Angelillo y marchó a su casa, arrimándose
mucho a las paredes, como si tratara de pasar
inadvertida.

Don Leonardo, ya solo, miró en torno suyo
como quien vuelve de un sueño abrumador,
pasó por su frente la diestra cubierta de sudor
frío y cayó de rodillas ante el altarcillo que la
casera devoción de su ama de llaves había ade-
rezado en su alcoba.

Esta vez el venerable Tomás de Kempis, Canó-
nigo Regular de San Agustín, tuvo la piedad y el
acierto de ofrecerle la esponja que borrara cum-
plidamente hasta la huella más sutil de su culpa:

«Sosiega tu alma y apercíbete para trances
mayores.»

.....

«Hombre eres y no Dios; carne y no Angel.
¿Cómo podrás tú estar siempre en un mismo es-
tado de virtud, pues le faltó al Angel en el Cielo
y al primer hombre en el Paraíso? Yo soy el que
levanta con entera salud a los que lloran y traigo
a mi divinidad los que conocen su flaqueza...»

VIII

Cuando regresó don Leonardo de la iglesia le anunció su ama de llaves que le aguardaba impaciente una visita.

Entró en su despacho y vió arrellanada en una butaca una mujer cincuentona y gorda, tocada con una mantilla verdinegra, que se abanicaba nerviosamente.

—Usté—le dijo sin contestar su saludo—no tiene el honor de conocerme. Pues soy la señá Nicasia, la madre como quien dice de Angelillo y de Encarnita. Dende que eran como avellanas, comparando y no igualando, los tengo con mí y ya lo dijo el otro: no con quien naces, sino con quien paces.

Don Leonardo hubiera querido morirse de repente. Un torrente de sangre inundó su cabeza. Para que la señora Nicasia no advirtiera el incendio de su rostro, que al intentar una evasiva hubiérale traicionado, comenzó a revolver sus libros y sus papeles, como si entre ellos buscara cosas de perentorio interés.

La buena mujer prosiguió:

—Hace ya más de diez años que vivo con su padre, y si no nos hemos casao ha sido pa no dales a ganar a ustés, que son unos granujas y a las prebas me remito.

—Señora...—articuló tímidamente el sacerdote.

—Eso, señora y mu señora, y no como ustés, que tien dichos de Semana Santa y hechos de Carnaval. Pero a lo que vengo vengo, que yo no he nació pa misionero, en güena hora lo diga. Usté ayer ha cometío un espotismo con esa pobre criatura. ¿Es que no hay mujeres en el mundo, tío sinvergüenza? ¿O es que le tié a usté ya empachao la beatería? ¡Cuidao con el manso este, ánde ha ido a poner la era!

Don Leonardo callaba, siempre de espaldas a la señá Nicasia, que proseguía implacable:

—Ya comprenderá usté que esto no pue quedar así, y antes de dime a un juez que lo eche a un presidio pa toa su vida, hi venido como quien dice a dale el té, que quien avisa no es traidor.

—¡Señora, por Dios...!—se atrevió a exclamar don Leonardo, con los ojos preñados de lágrimas que la congestión retenía dolorosamente.

—Por supuesto, dé usté gracias a que no s'ha enterao mi hombre ni maldita la falta que hace, que si el padre de Encarnita lo sabe, se planta aquí d'un blinco y a estas horas ya está usté en su lugar descanso.

Don Leonardo respiró.

—Pero me basto y me sobro yo pa arreglar estas cuestiones con una marica costipá como usted. No, si ya lo dice mi Atanasio: como es librepensador, les llama a ustés *cerdotes* y *socer-dotes*; yo se lo hi reprendido muchas veces; pero de aquí en adelante...

—¡Acabe, señora, acabe!—gimió el clérigo—. Dígame lo que quiere de mí; por muy duro que sea, no lo será tanto como este martirio...

—¡Martiriol ¡Está usted apañado! ¡Si una no mirara el poder que tienen ustés y lo bien que se tapan unos a otros, ya le daría yo martirio! Y, además, que somos más güenas de lo que a ustés se les figura. Ya está usted enterao, de que si se lo digo a mi Atanasio le corta la cara en un decir Jesús, y si voy a la Justicia, pos carga usted lo menos con veinte años, como cargó en mi barrio el Pocalforja, eso que no era cura. Lo que usted hubiese querido es que yo hubiá hecho la primá de dime al Obispo con el cuento. ¡Magras! Mi hombre les conoce a ustedes bien y yo no me quedo corta. El Obispo me hubiá prometido el oro y el moro y luego bajo cuerda hubiá sido capaz de regalarle a usted un copón de honor.

La evocación del doctor Avieso aumentó las angustias de don Leonardo, de tal modo que, a punto de enloquecer, suplicó:

—Acabe, señora, por favor, acabe. Si nó,

ahora mismo voy yo a entregarme a los jueces.

Y ella prosiguió inalterable:

—¡Güenos están ustés! A lo mejor tendrá usted de su parte también a la Justicia; por eso yo he dicho: este negocio lo tengo que arreglar yo solita; primero, haciéndole a usted bailar un ratito en la cuerda floja. ¡Si mi hombre lo viera! Pero no conviene porque nos iba a destripar el cuento; el pobre es más bruto que un camión. Y segundamente, con dinerito. A la hija de mi alma la tié usted que poner un dario.

Don Leonardo, al verse acometido por donde menos esperaba, se rehizo y tuvo aliento para replicar:

—Precise usted, señora; pero le advierto que soy pobre: no tengo más que mi trabajo.

—¡Anda Dios, éste, a lo que llama trabajol ¡Que s'habrá usted creído que trabajar es hacer con las manos cuatro jeribeques y decir a los inorantes: *co... lonian tuan vidan enteran*, ¡y yo en la tuya por si acaso! No, guapo; trabajar es otra cosa; míe usted estas manos: si supieran hablar, ya le dirían a usted lo qu'es trabajo. Pero déjese ya de ratimagos y vamos a lo de mi Encarnita; la tié usted que pasar un dario, aseguraao en un Banco de manera y modo que no se pueda revolver en jamás.

—¿Cuánto?

—Pos dos duros pal plato y otro duro más pa sus nesecidades, que yo pa mí no quio ná.

--Señora, ya le he dicho que soy un pobre. No tengo medio de hacer eso.

—Güeno; pa que vea usted que, como güena republicana, al igual que mi hombre, no quio tener palabra de rey, me da usted cinco mil pesetas ahora mismo, y en paz.

—¡Pero, señora, por Dios! Yo no tengo esa cantidad ni muchísimo menos. Además, le aseguro que a la niña nada le hice...

—¡Anda éste! Pos si le llega usted a hacer algo, no paga con la horca. ¡Como que se creará usted que antes de venir aquí, no la he llevao yo a un médico pa que me la vea! Lo que le pido que me pague no es más que por la proximación, pa que s'eché usted sus cuentas.

—Pues sea razonable, que de esa cantidad no dispongo.

—La busca o la roba, que pa las ocasiones son los amigos... y las uñas.

—Bueno, hemos terminado, señora; tome usted el camino que quiera. Yo no tengo ese dinero, y si lo tuviera no lo daría.

—Ofrezca usted, hombre, ofrezca usted, que hablando se entiende la gente.

—Ante todo, yo necesito la seguridad de un secreto absoluto.

—Ya ve usted que ni aun a su padre se lo he dicho; y en cuanto a la chiquilla, ya le he advertido que le voy a quemar la lengua con unas tenazas calientes si es que lo cuenta.

—Pero puede usted cambiar de parecer. Yo le daré dos mil pesetas a razón de veinte duros mensuales, y le advierto que dejo de pagar tan pronto como alguna otra persona, además de la niña, usted y yo, sepa lo ocurrido.

—Eso es poco.

—Pues no doy más; no insista. Piense que de otro modo nada sacará.

—Eso ya lo veremos.

—Y que si yo pierdo mucho, la niña pierde mucho más.

—¡Hija de mi alma!... Y después de to, ¿quién no ha tenío en este mundo algún aquel? Casi es la culpa mía, que con las ideas de su padre en jamás debía yo de haber metido a su hermanito en la iglesia. Bien dicen que Dios castiga sin palo, y a la puerta del rezador no pongas tu trigo al sol... Si me pudiera usté dar ahora mismo los primeros veinte duros, señor cura...

.....

IX

Una mañana del mes de octubre, cuando de regreso de la iglesia tomaba don Leonardo el chocolate en su modesta habitación, le sorprendió agradablemente la visita del ilustrísimo señor don Ildefonso de Alburquerque y de Acuña.

Fiel cumplidor de su promesa, tan pronto como la Prensa, en las noticias de sociedad, dió por terminada la jornada veraniega, se presentó en Madrid.

—¡Qué honor para mí!—exclamó conmovido don Leonardo—. ¡Con qué gusto hubiera ido a la estación a recibirle!

—He preferido este asalto, esta sorpresa. De este modo le veo a usted al natural, en su propia salsa. Si nos fuera dado hacer así la visita de la diócesis, ¡cuántas cosas descubriríamos!

—Y ¿ha llegado hoy Su Ilustrísima?

—Apee, apee el tratamiento; somos dos buenos amigos. ¿No es verdad?

—Como quiera el señor Obispo. ¡Su amigo!
¡Eso es demasiado para mí!

—No todos hemos de ser como el doctor Avieso. Ayer tuve que mandarlo al cuerno. Hace ya seis días que estoy aquí; pero no he querido verle hasta dejar arreglados sus asuntos.

—¡Cómo podré pagarle yo tantas bondades!

—¿Cómo? Estudiando mucho para no dejarme mal. He dicho en todas partes que es usted una lumbrera del saber y un genio de la elocuencia.

—Pero... señor Obispo...

—No hay pero que valga. Yo sé muy bien lo que digo y lo que hago. A la mayoría de los hombres famosos primero se les hizo la fama y después ellos respondieron o no al crédito que así se les abría.

—Es que yo no sé si podré...

—Con la ayuda de Dios, una buena voluntad y unos cuantos libros bien elegidos no hay en el mundo empresa imposible para los hombres. Pero vamos a lo nuestro. A mi juicio, el porvenir de usted está en el púlpito; fuí a ver a su Obispo y puse en juego nuestra antigua amistad para recabar en su virtud la más amplia licencia para que usted pudiera darse a conocer; pero se cerró a la banda y no hubo medio de convencerle. ¡Qué bruto es, y que el Señor me perdone!

—De modo que insiste en no dejarme predicar.

—Insiste y con su pan se lo coma. Por fortu-

na para usted, yo no dejo las cosas empezadas. Lo envié a paseo y dos horas después conseguí darle con la badila en los nudillos. El Patriarca de las Indias, Capellán Mayor de Palacio, es mejor persona y mejor amigo. Como usted sabe, tiene jurisdicción exenta y a ella está usted acogido. Recoja y guarde ese nombramiento y prepárese para tomar posesión mañana mismo. Yo le acompañaré y haré las presentaciones. Ahora ya, predicará usted en la Real Capilla siempre que le dé la gana y pronto su reputación será tan grande que arrolle al doctor Avieso y a todos sus malos consejeros.

—Gracias, señor Obispo, muchas gracias.

—De nada, hijo mío. Ya tiene usted puesto el telar. A tejer ahora la red que envuelva a sus enemigos y a los que duden de sus méritos.

—Pero tendré que pedir permiso para aceptar el cargo.

—No es necesario. Escriba usted a ese furriel con mitra una carta respetuosa, pero fría, dándole cuenta de su nueva situación. No merece más.

—Como a usted le parezca.

—¿Y al Colector?

—En Palacio sólo dirá usted misa una vez a la semana; los demás días le queda libre la intención.

Don Leonardo, en acción de gracias, besó efusivamente la mano de su protector; éste se des-

pidió cariñoso después de haberle indicado la hora y el sitio en donde habría de encontrarlo para ir juntos a la toma de posesión del nuevo cargo.

Una alegría infantil invadió y dominó por completo a don Leonardo tan pronto como la noble silueta de su protector se esfumó en la escalera.

Sentía un deseo arrollador de prorrumpir en cánticos, de saltar, de abrazar a todo el mundo.

—¡Doña Dorotea, doña Dorotea!—gritó a su ama de llaves—. ¡Venga usted acá y felicite como merece a este predicador de la Real Capilla! ¿Qué se había usted creído? ¿Que siempre me iba a tener *monseñor* Avieso bajo la suela de su sandalia? ¡Pues ya se acabó su tiranía! Entiéndalo usted bien: ¡Predicador de Sus Majestades!

—¡Que sea enhorabuena, hijo mío! ¡A quien se lo merece se lo da Dios! Pero tenga cuidado, no se le echen encima también allí los envidiosos, como cuando predicó usted el sermón de las Imágenes.

—¡Esa es la vida, doña Dorotea! Pero Dios y mi protector don Ildefonso de Alburquerque me salvarán de todos los peligros y de todas las situaciones difíciles.

—¿Y ya no manda en usted ese señor Obispo que le ha hecho tanto daño?

—No, señora, ya no manda. Desde hoy tengo

por jefe al Patriarca de las Indias, Capellán Mayor de Su Majestad, que según dicen es un santo.

—¿Y se va usted a atrever a predicar delante de los Reyes?

—¿Por qué no? Ahora me verá usted estudiar de veras.

—Eso sí lo creo, don Leonardo. Y en cuanto tenga la edad, lo harán Obispo. Y si Dios bendito le da vida, será Cardenal, y quién sabe si luego lo elegirán Papa. Yo no lo veré, pobre de mí, porque ya soy muy vieja...

—Calle, calle, doña Dorotea, que no parece sino que el demonio de la vanidad se ha posado en su boca... Obispo tal vez... Bueno; por ahora me conformo con que gusten mis sermones. Ya pediré una invitación para que vaya usted a oírlos.

—¡Ay, eso no, don Leonardo de mi alma! Usted no sabe lo que me tiene hecho sufrir don Casto...

—¿Qué don Casto?

—El cura de las Peñuelas. Con él estuve cinco años, y en cuanto le veía subir al púlpito me acometían unos temblores y unas angustias como usted no puede figurarse. A cada instante me parecía que se iba a cortar, por no tener ya palabras que decir.

—¡Bah! Eso es que estaría usted enamorada de él. Hará ya mucho tiempo...

—¡Jesús, María y José! ¡Qué cosas dice este don Leonardo!... No, señor, no... y después de todo, pues ustedes los curas son como los hombres; mejor dicho, hombres como los demás... Y si no, ya ve lo que hizo aquél conmigo. Durante cinco años enteros y verdaderos le serví con todas las potencias de mi alma, como dice el padre Fleury; no puede usted figurarse; no me faltaba más que besar donde pisaba, y de la noche a la mañana me dejó, para no volverme a mirar.

—Vamos, doña Dorotea, que algún motivo habría...

—Sí; lo que le digo a usted. Que son ustedes hombres como los demás, y don Casto se encalabrínó con una buena moza, ya salida de quintas, que se le metió en la iglesia, según ella decía, para rezar a todas horas por un novio que se le marchó a Buenos Aires; pero para mí, a lo que iba era a *tirarle los pastos*, como se dice en las Peñuelas; porque para lo demás, ya ve si podía haber rezado en su casa.

—No sea usted maliciosa, doña Dorotea.

—No, si yo no digo nada, don Leonardo. Al contrario, don Casto es lo que se llama un santo. Entonces era joven como usted; vamos, no tanto; unos treinta o treinta y dos años, rubio como las candelas y buen mozo. Y una es una simple criada que cuando no conviene, pues

por la puerta se va a la calle... Todavía vive don Casto con aquella prójima; pero ya están viejos los dos. Ahí tiene usted el castigo que Dios da a los que se enamoran: la vejez, que tiene que ser un castigo muy grande para la gente marchosa. ¿Verdad, don Leonardo?... En cambio, una ni siente ni padece... ¡Lástima la juventud que yo perdí al lado de aquel señor cura tan ingrato!...

—Bueno, bueno, doña Dorotea; no se queje, no ofenda usted a Dios. Ya ve que no la tiene abandonada.

—En buena hora lo diga, don Leonardo de mi alma; pero ahora, en Palacio, con tantas marquesas y condesas y duquesas, tan viciosonas como son todas...

—Calle, calle, por Dios, señora. ¡Cuando yo digo que Satanás ha posado en sus labios pecadores!... Váyase, váyase; déjeme estudiar un rato.

Y salió la buena doméstica, humillada y temerosa.

Don Leonardo no pudo contener ni desviar una mirada elegíaca, que se le escapó a envolver aquellas curvas marchitas y aquellos cabellos grises.

De aquellas ruinas voló su pensamiento al afortunado cura de las Peñuelas.

Y los tigres de la sensualidad, un momento dormidos, como para rendirle homenaje por el

triunfo que acababa de alcanzar en su carrera, despertaron enardecidos y volvieron a desgarrar sus carnes.

—No—pensó—. Si yo tuviera esa suerte no abandonaría a esta pobre mujer...

X

El triunfo de don Leonardo había sido rotundo y definitivo. Todos a una le proclamaron como el predicador más docto, más acertado en la elección de asuntos y más elocuente de la época.

La interpretación de los textos sagrados, las costumbres y las modas, las luchas sociales, todos estos temas eran desenvueltos en sus pláticas con una serenidad de espíritu, con una precisión en la frase, con una sobriedad en el gesto y con una preparación científica tan adecuada, que los oyentes llegaron a reputarlo como un genio del púlpito y se reñían verdaderas batallas de influencias para adquirir el medio de asistir a escucharle.

Los envidiosos y los que tienen el vicio de discutirlo y de criticarlo todo, en vano expresaron sus sermones en busca de la postura política o filosófica que hubiese adoptado el autor, para tomar la contraria y desde ella motejarle. Ni un instante desnudó su personal pen-

samiento, y para la solución de los conflictos dialécticos que desde la sagrada cátedra planteaba, sabía siempre encontrar conclusiones sentadas por apóstoles, por santos, por pontífices o por hombres de autoridad indiscutible.

Hasta la Prensa más indiferente para con la Iglesia llegó a elogiar sus singulares condiciones y a celebrar sus éxitos, protestando de que no se atendiera a la dignificación y a la elevación del clero nacional, concediéndole desde luego, para estímulo de los demás, las más altas preeminencias.

Una tarde, cuando acababa de glosar magistralmente la complicada epístola de San Pablo a los Gálatas, tuvo una sorpresa que le recompensó de antiguos y amargos dolores.

Al entrar en la sacristía para despojarse de la sobrepelliz, lleno de asombro contempló junto a la puerta, arrellanados en sendos sillones, nada menos que a dos obispos: el patriarca de las Indias y el doctor Avieso.

—Vamos, vamos, enhorabuena—dijo éste con afabilidad inusitada—. La fama es grande, pero merecida. Nos ha hecho usted pecar a los dos; pero venialmente. Y en rigor no hemos pecado; cierto es que los clérigos no pueden predicar delante de sus Obispos; pero no estábamos delante, sino detrás. Bien, bien, hijo mío. Cuando la historia hable de usted, a mí me reconocerá el mérito de haber disciplinado sus primeros pasos.

Y aun usted mismo tendrá que agradecermelo; ya es añejo aquello de que quien bien te quiere te hará llorar.

Y como rúbrica a sus palabras le dió dos golpecitos amicales en la espalda.

El Patriarca, a su vez, le estrechó fuertemente la mano, y, débil para imponerse a su acongojada emoción, sólo pudo decirle entre sollozos:

—¡Hijo mío!... adelante... ¡Hijo mío!...

Después de cada una de estas pláticas, cuando tomaba su manteo y atravesaba el templo para ganar la calle, una doble fila de devotos se inclinaba para besarle piadosamente la mano y más de un lacayo se destacaba para entregarle un billete perfumado en el que alguna hija espiritual lo llamaba a su casa para consultarle perplejidades de conciencia, le invitaba a comer o embargaba su intención para una misa gregoriana.

Salía triunfador; de todas partes creía recoger testimonios de admiración y avanzaba radiante, majestuoso hasta declinar su legítimo y noble orgullo al pasar bajo el dintel de su humilde habitación.

Allí las curvas marchitas y las cabellos grises de doña Dorotea eran el aguijón oculto entre los sabrosos panales que la vida acababa de ofrecerle. Saludábala con familiar frialdad y apretaba los labios como ahogando una protesta.

¡Qué egoístas aquellas encopetadas señoronas

que exprimían su cerebro para sorberse ávidamente sus consejos, y dejaban impías que su corazón se retorciera en el fuego perdurable de un deseo, de una pasión, de un ensueño atormentado!

Al principio aquella sociedad, vislumbrada por él únicamente al través de las audacias de la señora marquesa de la Campa, lo deslumbró. Supuso un ambiente de libertades en el que fácilmente podría encontrar lenitivo para sus eróticos dolores.

Pensaba con deleite en el confesonario; a su favor iba a asomarse al fondo de las almas y a contemplarlas desnudas, con sus puntos de contacto con Dios y con sus puntos de contacto con el mundo.

Muchas fueron entregándole el balance de sus culpas; pero ¿eran sinceras? ¿Ocultaban, por el contrario, lo más interesante? He aquí una sospecha que llegó a ser para don Leonardo una convicción.

—No es posible—pensaba—que la naturaleza haya tenido el capricho de crear tantas almas iguales. Dijérase que están todas hechas a troquel. No, no es posible; vienen a mí con un disfraz uniforme. No es posible que Dios haya puesto más cuidado en diferenciar los rostros que en diferenciar las almas; cada una debe de tener sus matices, sus esencias, sus caracteres típicos y genuinos; pero todo esto lo recatan al

confesor. Son todas sacrílegas, no me cabe la menor duda.

Que han mentido; que han hablado mal de las amigas; que han pensado si el marido de doña Fulana las hubiera hecho felices; que un momento se les escapó la imaginación a pensar lo que heredarían del tío o del suegro; que una vez, un instante, tuvieron una caída rapidísima, justificadísima, pero se levantaron de ella con propósito firme, inquebrantable de no reincidir...

No, no era así el mundo; no podía ser así. Si a tal perfección hubieran llegado los fieles, la Iglesia podía dar su misión por terminada y declarar clausurados para siempre el infierno y el purgatorio.

Si los fieles eran tal y como se le presentaban en el confesonario, podía desde luego concluir la ciencia que el espíritu humano, al evolucionar en su camino de perfección, había eliminado el pecado, sin duda como el cuerpo eliminó la cola.

Pero no; aquello no podía ser. Todos los días acaecían crímenes que tenían por móvil la codicia, violaciones, incestos y adulterios de realidad indiscutible. O el sector social que contemplaba don Leonardo estaba formado por una selección, o aquellas mujeres mentían para arrancar solapadamente al Tribunal de la Penitencia una absolución que de ningún modo podría aquistarles la divina gracia.

Los pecados de los hombres parecíanle aún menos importantes. No robaban, porque eran ricos. No mataban, porque otros lo hacían por y para ellos, hasta con la espada de la ley y con cañones benditos por la Iglesia. No calumniaban, porque, orgullosos de sí mismos, veían a los demás como espuma de la insignificancia. No ofendían a Dios, porque apenas conocían los dolores de la vida.

Sólo confesaban pecados de amor, y a caballo sobre ellos parecíanle afortunados logrados de premios en el *charivari* de la sensualidad.

Más bien que confesarle culpas de esta índole, contábanle aventuras galantes, engarzadas en sus vidas como las piedras en sus sortijas; a veces eran riquísimos brillantes; a veces vulgares rubíes; a veces pérfidas esmeraldas; a veces místicas amatistas; a veces venturina, talco, aljófar.

En la Capilla Real, como antes en la parroquia, cuando un penitente a este terreno arribaba, todos los sentidos espirituales y corporales del joven sacerdote se constituían en acuciosa vigilancia para investigar el *cómo*, el proceso, la trayectoria del hecho penitenciable.

—Hermano—decía con los labios secos y los ojos radiantes—, los estímulos de la vida son mucho más fuertes que nuestra voluntad; cuente, cuéntemelo todo para que yo pueda sabe

qué parte de culpa debo adjudicar al *fomes peccati*, y qué parte a su flaqueza.

Y después, sin perder una sílaba, devoraba el relato del penitente, que la mayor parte de las veces resultaba de una vulgaridad definitiva.

A un hombre cuya edad ya culminaba en el medio siglo y era el más contumaz de sus pecadores, un día hubo de estrecharle el cerco hasta amenazarle con la negativa de la absolución.

—Es preciso—le decía—que ponga usted en cura su alma. Ya dudo de su propósito de la enmienda, puesto que siempre cae en los mismos pecados.

—Padre—replicaba el devoto—, no puedo remediarlo, y hasta creo que no está en mí la culpa. Soy galante, por hábito, desde mi mocedad, y como tórtolas incautas caen, sin que yo haga nada para ello, en las redes de mi galantería.

Y como el sacerdote le invitara a que explicase al detalle aquel enigma, para él el más abstruso y hermético de cuantos la esfinge sensual presentárale hasta entonces, prosiguió el pecador:

—Todas las mujeres tienen reconcentrada su copiosa vanidad en un punto de su cuerpo o en un matiz de su espíritu. Descubrir cuál sea, es el fruto de una labor de observación que hace muy fácil la costumbre.

La doncella más arisca que ha tenido mi mu-

jer, la que empuñaba las tijeras para defenderse hasta de las miradas, vivía en la creencia de que la curva de sus pantorrillas era la obra más perfecta de Dios; tan pronto como descubrí su secreto, con el pasaporte de la lisonja tuve acceso a la contemplación de aquellas maravillas, y en seguida me fué permitido adornarlas y luego acariciarlas a mi plena satisfacción.

La casualidad gusta también de hacer en este orden de cosas oficios de tercería.

Una vez se me ocurrió decir a una persona que usted conoce:

«¡Qué admirablemente lee usted los versos, duquesa!...»

Y ella misma buscó muchas ocasiones para leerme y recitarme versos, a mí solo, muy cerca del oído, puesto que los demás no merecían este delicioso agasajo, ya que su torpeza les impidió descubrir en ella esta gracia.

No hay para qué decir que el penitente fué absuelto con todos los pronunciamientos favorables.

Y aquella misma noche, don Leonardo, como queriendo ensayar los postulados de aquella filosofía erótica, que por la tarde le fueron revelados, dijo a doña Dorotea, mientras la pobre mujer servíale la cena:

—¡Qué pelo más hermoso ha debido usted tener! Aun ahora, agrisado, casi blanco, es bonito de veras.

La emoción de la vanidad acariciada hizo rodar dos lágrimas por las pergaminosas mejillas de la gobernanta.

Después de una pausa, con la voz alterada por el llanto, repuso:

—No me hable usted de eso, don Leonardo de mi alma. Don Casto estuvo enamorado de mi pelo, más negro entonces que su balandrán...

XI

Una vez a la semana, como habíale indicado don Ildefonso, rezaba don Leonardo su misa en la Real Capilla.

Terminado su piadoso deber, desde la sacristía, por un amplio pasillo cuya paz solemne era a veces turbada por lejanos golpes de alabarda, un lacayo guiábale a un comedor ostentoso, en el que muebles y adornos de las civilizaciones y de las épocas más diferentes parecían celebrar un armisticio.

Un aparador de Chippendale y un chinero de Boule miraban con desdeñosa piedad una mesa Luis XV, y el cambio de gestos era comentado por la luminosa sonrisa de las lunas de La Granja, que entre platos del Retiro, de Talavera, de Sevres y de Rotterdam, ocupaban en los muros los puestos de honor.

En una vieja salvilla de plata cincelada servíanle un tazón de chocolate con mojicones de bizcocho, que en nada tenían que envidiar a los

famosos bollos de Torroba, y un cigarro puro de selecta marca y razonable tamaño.

El cigarro lo guardaba cuidadosamente para que no se estropeará ni perdiera la faja, y cuando reunía hasta una docena o más, y tenía a mano persona de confianza, enviábaselos a su padre.

Don Gregorio, aun cuando para el tabaco era un sibarita, cambiaba gustoso el deleite por la satisfacción vanidosa de ofrecer a sus amigos pueblerinos el obsequio regio.

Don Jacobo sabía guardar el suyo para un día de gran fiesta, después de una copiosa refacción. Haciale durar toda la tarde, corriendo cuidadosamente la sortija a medida que se le acercaba el fuego, y con la última bocanada de humo perfumado, comentaba:

—¡Qué bien viven! ¡Para ellos hizo Dios el mundo, y para nosotros el peinetero demóncano!

Don Juan Francisco reservaba el suyo para exhibirlo en el Casino de propietarios de la ciudad, cuando a ella tenía que hacer viaje.

El juez destinaba el suyo a obsequiar al presidente de la Audiencia cuando iba a solicitar de él algún permiso.

Y el notario, en su afán proselitista, iba a fumárselo en el portal del Pinto, el zapatero republicano. Envolviendo su rostro, acribillado por las viruelas, entre los cirrus de humo azulado, le decía:

—Ya ves cómo nos obsequian a los suyos. Tantas preocupaciones como en estos instantes tienen nuestros soberanos, que Dios guarde, y aún se acuerdan de nosotros: ¿A que tu jefe, Lerroux, nunca te mandó un cigarro como éste?

Y el zapatero machacaba furiosamente sobre el votivo la suela, como si ella tuviese la culpa, y mirando de reojo al notario, mascullaba:

—¡Ya me lo dirá usted algún día!... ¡Cuando se güelva la tortillal...

.....
Una mañana, mientras saboreaba don Leonardo el postrero de los mojicones, resonaron graves en el pasillo los rituales golpes de alabarda.

Instintivamente miró a la puerta principal el clérigo, y apareció ante sus ojos, encuadrada entre las colgaduras de áureo damasco, la soberana figura de doña Elena, la princesa rubia, de irisados ojos azules, con la alegre flor de la sonrisa deshojando sus pétalos entre los sensuales labios rojos y los nacarados dientes.

Aturdido el pobre cura, intentó levantarse y deglutir de un golpe el mojicón y curvar la cintura, o hincar en tierra la rodilla a usanza cortesana; pero nada de esto pudo hacer, porque la princesa, con un gesto de irresistible imperio, le obligó a permanecer en su asiento, si bien con el rostro congestionado y las manos trémulas a causa del rubor.

No era la primera vez que doña Elena, la ru-

bia princesa, bella, de belleza extraordinaria, como una estatua de Apeles y, a la vez, como una Virgen de la pintura clásica, se interponía en su camino, a la manera de una visión alucinante.

Fué una mañana, al salir del comedor, muy pocos días después de haber sido presentado a ella por don Ildfonso, cuando la encontró en el pasillo, velados y realzados a la vez los encantos de su cuerpo estatuario por una túnica azul, de color de nube. Se arrodilló, le besó una mano, y ya tenía a flor de labio una lisonja mundana y discreta, cuando en el camino de la más púdica galantería lo detuvo violentamente el gesto airado de doña Lambra, la vieja princesa, madre del príncipe Leovigildo y suegra, por lo tanto, de doña Elena.

Desde aquella mañana inolvidable no había vuelto a verla con los ojos de la cara; con los ojos de la imaginación, en cambio, no había podido perderla de vista.

—No se mueva, padre—dijo, poniendo en su voz las más dulces tonalidades musicales—; quiero consultarle algunas cosas, y me gusta más hacerlo aquí que en el confesonario. No sé por qué no hemos de tener nosotros el privilegio de confesar de modo distinto al de los demás fieles; pero, en fin, si yo no lo tengo, me lo tomo, y que Dios me perdone. Dispóngase, padre, a oirme aquí en confesión, y a imponerme



una penitencia muy severa. La cumpliré cueste lo que cueste, porque soy buena cristiana.

Tomó asiento la Princesa junto al sacerdote, y con un gesto despidió a la servidumbre.

Crujieron las maderas y cayeron las cortinas. La princesa, inundándole con la dulce luz de sus ojos claros, prosiguió:

—Acabo de maltratar horriblemente a mi suegra, la princesa doña Lambra, y además, anoche me descaré con el príncipe, mi marido, y le dije lo que usted ni remotamente puede suponer.

—Señora, por Dios...

—¿Usted sabe, padre, lo que es *diñarla*?...

—No... no, señora... Jamás tropecé con ese vocablo. Sin duda es exótico.

—No sé; yo lo aprendí en el teatro. Quiere decir morirse, y anoche me puse en jarras, como las verduleras, y dije al príncipe Leovigildo, mi marido: «Tengo unas ganas locas de que la *diñe* tu Alteza...» Bueno, después lo arreglé un poco, porque doña Lambra me miraba con ojos de chacal, y, para halagarla en su flaco, añadí como si soñara: «Si me quedo viuda alguna vez, huiré de la Corte, y en una de esas montañas que están verdes todo el año fundaré un monasterio, y, si quiere venir el *capellán guapo*, me lo llevaré para que lo dirija...» El capellán guapo es usted. Ya sabrá que así le llamamos.

Don Leonardo estuvo a punto de caer desvanecido.

Como un torrente de fuego, envolvíanle las palabras musicales de aquella mujer, que rápidamente había esclavizado los sentidos de su cuerpo y las potencias de su alma.

—¿Verdad que me ayudaría en esa empresa?—prosiguió la dama, como sin darse cuenta de la turbación del sacerdote—. Usted es verdaderamente virtuoso, y con seguridad que abandonaría sin dolor ni esfuerzo las pompas y vanidades del mundo.

—Yo iría—repuso sin acabar de adueñarse de sí mismo—adonde la señora quisiera llevarme; pero no pensemos en eso: lo ha supeditado la señora a la muerte de Su Alteza...

—Es verdad. Y esta gente vive mucho. Ya ve usted: doña Lambra vió sembrar los árboles del Retiro, y está como nueva. ¡Ésa sí que es mi tormento: doña Lambra!... Pero me he desviado de mi confesión. Les he faltado a los dos gravemente, y esto no puede menos de ser un pecado. Impóngame una severa penitencia.

—Lo primero que debe hacer, hija mía, es pedirles perdón.

—Mándeme otra cosa, padre; eso no puedo hacerlo.

—A quien se humilla, Dios lo ensalza.

—Pero si quien se humilla soy yo, me harán jigote entre Sus Altezas doña Lambra y don Leovigildo. Mándeme otra cosa.

—¿Es acaso que no congenian? ¿La señora no es feliz en su matrimonio?

—Al lado de ellos, nadie puede ser feliz. Mi marido no es un marido, y mucho menos *mi* marido. Es un maniquí de sastrería militar. Tiene todos los uniformes del mundo. Perseguía locamente el de generalísimo del Ejército Rojo, y ya se lo ha concedido Lenín. Ayer hicimos el ridículo de un modo soberano: se empeñó en acompañarme a visitar la Exposición Canina, y fué vestido de soldado del Papa. No hay para él en el mundo más que uniformes militares de mar y de tierra; hay días que a las diez es almirante italiano; a las once, general de la artillería francesa; a las doce, mariscal alemán; a la una, generalísimo de nuestra Guardia civil, y así continúa cambiando el uniforme cada hora, si es que la hora le da bastante de sí para acomodarse las armas, las plumas, las borlas, los cordones, las correas y los demás arrumacos.

Me falta averiguar de qué se viste para dormir. Sospecho que algunas de esas tribus salvajes que andan ligeritas de ropa le habrá concedido también un uniforme apropiado para la cama.

—Señora... Dios nos manda que tengamos piedad para con las flaquezas del prójimo.

—Pero, padre, ¡si el príncipe no es un prójimo! ¡Si no es más que un maniquí!...

Luego, Dios nos libre de que un sastre no

le saque a su gusto una prenda: monta en cólera y a su lado no pueden parar ni las moscas. Seis días ha estado sin querer comer ni salir de sus habitaciones a causa de una mala pasada que le jugaron en relación con su manía. Verá, padre, qué cosa más curiosa:

Uno de nuestros reyes de armas, sin duda por adularlo, le explicó que su genealogía era tan antigua que se elevaba hasta el emperador Augusto, y, en consecuencia, tenía derecho a vestirse de centurión, como, sin duda, el emperador lo hubiera tenido. Dicho y hecho: encargó el traje sin perder momento, y aún me retuerzo de risa cuando recuerdo la entrada del pobre alfayate trayendo para el príncipe una ropilla de mosquetero.

—En eso, perdóneme la señora, tuvo razón Su Alteza para indignarse.

—Tal vez; pero como al pobre sastre no se le dieron más explicaciones, para buscar la pauta fué al Museo del Prado y tuvo la desgracia de parar su atención sobre aquel cuadro en el que el Veronés puso mosqueteros en la «Cena de Cristo».

—Es curioso.

—Curioso y divertido; pero el príncipe lo tomó en general de opereta y se pasó una semana gritando: «¡Mil rayos! ¡Mil bombas! ¡Que fusilen a ese beduino!...»

Ya comprenderá usted, padre, que mi vida junto a un hombre así es un tormento perdura-

ble, y a cambio de lo que sufro bien merezco ser absuelta de las culpas que al injuriarle y al burlarme de él contraigo.

—Si no hay más, hija mía...

—¡Qué ha de haber, padre! Usted no sabe cómo las gasta doña Lambra. Es muy lista y está, por lo tanto, convencida de que un hombre como su hijo no puede interesarme. Se lo teme todo y me vigila del modo más pertinaz, más molesto y más impertinente. Si ella supiera que yo estaba aquí, ya la teníamos metiendo entre los dos su cabeza de arpía. Por eso me descompongo con ella y le falto a los respetos que por su edad y su dignidad merece.

—Yo comprendo, señora, que esa vigilancia, si usted no ha dado motivo para ella, debe serle molesta y en cierto modo injuriosa. Hemos de suponer que todas las personas son buenas mientras no haya robustas pruebas de lo contrario. Así, nuestras Decretales establecen como única prueba del adulterio aquello de *solus cum sola, nudus cum nuda et in eodem leto...*

—Yo soy quien tiene motivos para no ser tan buena como soy. Me casaron por razón de Estado; me adjudicaron un hombre que debe de estar relleno de serrín, como los maniqués de escaparate; no puedo intentar el divorcio, porque sólo el pensar en ello desde esta Corte tan encopetada y tan católica, sería para toda la cristiandad el escándalo del siglo.

—Piense, hija mía, que hay otra vida, y en ella Dios premia con largueza todos los sacrificios, todas las mortificaciones que aquí nos impongamos.

—Y sin eso, padre; también en esta vida tienen las personas medios de no ser tan desgraciadas como yo lo soy.

—Señora, por Dios...

—Sí, padre, sí, muy desgraciada. Me falta en absoluto lo único que hace felices a las mujeres: amor, cariño, afecto, un hombre que me comprenda y me estime como persona, no como un archivo de preeminencias ni como una condecoración más para hacerla brillar alguna vez sobre los uniformes.

—Tiene razón la señora; demasiado buena es. El mal no está en Vuestra Alteza. Si yo pudiera hablar con el príncipe... Vea de conseguir que se confiese conmigo.

—Adelantaríamos bien poco. Ni entiende ni podría entender aunque quisiera. No se ocupe de eso, padre. Mi destino es luchar contra mi juventud, defenderme de mí misma para no caer, y me sostendré briosamente.

Entre los hombres que me rodean, ni uno hay que sea capaz de sacrificar su vanidad al secreto gentil de poseerme sin envidiosos y sin admiradores. Y además, doña Lambra, para quien nada pasa inadvertido, sería capaz de matarme...

Crujió levemente una puerta; una mano ama-

rilla, seca, como exhumada de una tumba, levantó nerviosamente un tapiz y con debilísimo relieve se mostró la figura escuálida de doña Lambra, atenazado el rostro amarillento por una mueca de amargura y de protesta.

Volvió a caer el tapiz pausadamente. Guardaron terrorífico silencio el sacerdote y la princesa. Puesta la rodilla en tierra, le besó él la diestra sonoramente y salió de la Real mansión, comportando sobre su cabeza todo un mundo de nuevas emociones bulliciosas y turbadoras.

XII

Cuando consiguió don Leonardo eliminar de su cerebro la trágica figura de doña Lambra, la vieja Princesa del rostro amarillo, los ojos encendidos mortecinamente como blandones funerarios, la boca viscosa y el cuerpo flaco, envuelto siempre en negras o pardas estameñas, comenzó a sentirse el hombre más feliz de la vida.

Había encontrado la mujer. Una mujer hermosa, fascinadoramente hermosa, inteligente, afable, que le había hecho sincera confianza de sus dolores y de las perplejidades de su alma; que se le había mostrado sedienta de amor y dispuesta a tomarlo en donde lo encontrara por el precio trivial de un secreto que, precisamente, era consubstancial con su profesión y oficio.

La princesa Elena, ninguna otra mujer sino la princesa azul, de dorada cabellera, de palabras ingenuas y dulces, podía ser la mujer deseada

de su corazón, *sicut cervus desiderat fontes aquarum*, como el salmo canta.

Pero para emprender la conquista de tal maravilla, no podía ser arma de buen temple aquella literatura sahumada de incienso. Necesitaba hacerse con rapidez una cultura erótica y galante, mundana, sonora y discretamente alegre.

Y apartó con horror la vista de sus libros saturados de dogmas y de doctrinas, o repletos de ciencias, que le brindaban los matices, los joyeles y los alamares para sus sermones y sus pláticas.

Nada de aquello le servía.

Tomó un catálogo que hábale enviado un librero pocos días antes y en una cuartilla registró los nombres de algunas novelas que según su presentimiento podían iniciarle.

Carminadas por el rubor sus mejillas, dió a doña Dorotea el encargo de salir a comprar aquellas obras.

—No diga usted que son para un sacerdote— musitó.

—Esté tranquilo; pero los sacerdotes deben saber de todo, como decía don Casto. ¡Cuántas veces compré para él *La Saeta* y *La Vida Galante!* Por supuesto, yo también las leía...

—Y ¿qué es eso, doña Dorotea, que no está en el catálogo?

—Eran periódicos alegres que se publicaban

entonces. Ahora ya no los hay. Por lo visto, la gente se ha vuelto más seria.

Cuando salió doña Dorotea, reflexionó un momento el capellán:

—No deja de ser la misión que a esta mujer encomiendo un poco celestinesca; pero, después de todo... ya no está para otra cosa.

Y comenzó a repasar la conversación sostenida con la princesa para deleitarse en ella nuevamente.

Después dió rienda suelta a su imaginación de enamorado y se veía junto a ella, a la divina Ella, lejos del Príncipe y de doña Lambra, rigiendo un convento de monjitas blancas, prendido de una peña o hundido en un valle, entre fuentes claras, entre flores pletóricas de aroma y de color, entre gigantescos árboles siempre verdes...

Llamaron a la puerta y se vió en el caso de ser el portero de sí mismo.

—¿El padre Leonardo?—preguntó separando las sílabas y arrastrando las letras un hombre como de treinta años, fornido, de buena estatura, amparados los ojos de unas gafas amarillas, redondas y grandes. Su indumentaria era por extremo descuidada, singularmente las botas, que, además, por algunos agujeros revelaban la total ausencia de calcetines.

—Servidor de usted.

—Ya lo había supuesto. ¿Me permite, padre,

que le bese la mano? Quiero rendir este homenaje al talento. Es usted el predicador más grande que los siglos han conocido. Ni Masillón, ni San Agustín, ni San Leandro, ni el propio San Pablo. Es usted el verdadero genio de la oratoria sagrada.

—Gracias, señor, muchas gracias; pero...

—Justicia, padre, justicia seca. Yo no sé adular... ¿Podemos hablar reservadamente?

—Diga lo que quiera.

—Hace mucho que le sigo, que le admiro, que rindo a sus méritos la devoción más cordial, y hoy he tenido la suerte de ser elegido por el Cielo para salvar a usted de una catástrofe.

—¡Diga, hijo mío!—instó don Leonardo tembloroso—. La envidia es la peor de todas las pasiones humanas. Ya antes de ahora tropecé con ella en mi camino; pero hable, hable pronto, se lo suplico.

—Esté tranquilo; ya le he dicho que el Cielo ha tenido la bondad de elegirme para instrumento de su salvación.

—Diga, diga, hijo mío; no soy ingrato; esté seguro de que sabré corresponderle.

—Usted, hace algún tiempo, no mucho, un par de años acaso, sin duda aconsejado por el Diablo, *suadente Diávolo*... ¿no dice así el canon?

—Hable, por favor, no vayan a importunarnos.

—Guiado, poseído por el Diablo, que, como

decía Don Quijote, todo lo añasca, tuvo un deslíz de carácter grave. No me lo niegue, padre. Ya he dicho que vengo a salvarle.

—Y yo se lo agradezco; pero no me haga sufrir.

—El Diablo lo condujo a violar, o por lo menos a intentar la violación de una niña... Encarnita... ¿lo recuerda usted, padre?

Don Leonardo, aterrado, calló y envió a su interlocutor una mirada suplicante.

—Yo he sorprendido el secreto, no quiero decirle cómo; pero estoy dispuesto a que conmigo baje a la tumba.

—Si así es, podía haberme evitado este disgusto.

—No corramos tanto, padre mío. No olvide, para su tranquilidad, que vengo a salvarle. Yo podía haber cotizado caro este secreto que me entregó la casualidad. Sé del odio paternal que le profesa el señor Obispo. Por otra parte, soy director de ese valiente semanario que usted habrá oído nombrar: *La mano que aprieta*. Aprieta, pero no ahoga; como Dios; porque todos los que se ven acometidos piden misericordia. Y yo también soy misericordioso.

—Está bien; pero dígame ya, sin más ambages, adónde va y lo que quiere de mí—requirió el sacerdote, previo un gran acopio de energía.

—Quiero, en primer lugar, que usted que es hombre grande, el genio de la oratoria sagrada,

sin duda alguna, me agradezca de por vida este rasgo, ya que le doy palabra de honor de ser impenetrable.

—¿Y además?

—Poca cosa. Yo con mi periódico, mortificándole a usted, podría ganar un montón de miles de duros; pero no soy ambicioso. Deme quinientas pesetas para comprarme un recuerdo de su magnanimidad.

—Hoy no las tengo—repuso sereno el sacerdote—; venga por ellas dentro de unos días.

—No, padre, no. Soy menos cándido de lo que usted supone: me esperaría en esa puerta un gran aparato de policías, y luego, el Juzgado, tramitando una denuncia de usted, atajaría mi campaña; tomaría, además, sus precauciones para con el señor Obispo... No... no... eso no me conviene. Las quinientas pesetas me las ha de dar ahora mismo. Yo no doy un paso en falso; sé que las tiene usted, y por cierto bien fresquitas: se las trajeron anoche las Hijas de María, como limosna, como precio, o como honorarios, lo que quiera, por el sermón que va a predicarles pasado mañana.

Don Leonardo ya no pudo resistir. Aquella referencia lo convenció de que el golpe estaba preparado de un modo infalible.

Tomó de su gaveta los cien duros y los puso en las sucias manos del bigardo.

Este, al cabo de mil zalemas y de haber repe-

tido todo el repertorio de adulaciones, salió dejando en los oídos de don Leonardo un nombre que fué recogido con repugnancia y con precaución, por si en algún otro momento veíase obligado a defenderse del odioso personaje.

Adelardo Fraile, escribió en una cuartilla.

Y la puso en el mismo sitio que antes ocupara el flamante billete verde de las Hijas de María.

Después cayó de rodillas en su reclinatorio, oprimiéndose las sienes con las manos, y sollozando:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Todo antes de que Ella lo sepa!

XIII

Y ya don Leonardo sólo tuvo un pensamiento: Ella. En torno de Ella giraban todos sus sentidos. Ella era la meta de su vida. Ella flotaba siempre sobre el oleaje de su pasión desbordada.

Cuando componía sus pláticas, aderezaba cuidadosamente sus pensamientos con el ropaje que pudiera ser más grato para Ella. Cuando elegía los temas, pensaba en Ella. Un gran espejo que había descompuesto la modestia de su ajuar, fué confidente de gestos ensayados en honor de Ella. Y muchas veces se plegó su ceño frente a la *Epacta* que, tirana, le negaba el derecho de elegir, en honor a Ella, el color de sus vestiduras de gala.

Pensando en Ella devoró sus libros mundanos. De cada página recogía un puñadito de incienso literario para quemarlo en honor de Ella. A cada instante se le aparecía Ella reencarnada en las más simpáticas y admirables heroínas no-

velescas. Para evocar en Ella la idea del hombre, del galán, se hizo hacer un traje seglar y se compró corbatas de profanos colores, y tocó su cabeza con un gentil sombrero que desde un escaparate le habló de Ella al pronunciar por medio de su etiqueta la exótica palabra *firt*.

Y compuso madrigales a Ella...

Yo de tu cárcel las doradas rejas
un día romperé, mi bien amado,
que en mi pecho un Titán encadenado
forja manuvios...

De Ella eran su sueño y su vigilia. De Ella sus oraciones y sus desvaríos. De Ella todo su cuerpo, toda su alma, todo su ser.

Pero ¡cómo llegar a Ella!

Ante esta reflexión que continuamente le asaltaba, caía aplanado, como si el Destino, encarnado en la persona insolente de un portero brutal, se le mostrara en la puerta de acceso al Real Alcázar y lo arrojara a latigazos.

Pero Ella, piadosa, lo levantaba de la tierra encendida por la sangre que de su cuerpo hicieran brotar las púas aceradas. Diosa de su pensamiento, le sugería:

¿Y para qué llegar a ella? ¿Por qué no conformarse con el amor devoción, como el amor a Dios y el amor a María, que da a los bienaventurados la bienaventuranza?

Un momento creía en este amor místico, y gozándolo exaltábase más aún su imaginación atormentada.

Después, los demonios de la sensualidad lo llevaban en volandas al misterioso pináculo, desde donde contemplaba en quimérica visión la opulencia de aquella carne blanca, bañada siempre en la luz azul que fluía dulcemente de sus ojos, el ensueño de oro de sus cabellos, la catarata de nácar de sus dientes, la maravilla de sus perfiles y de sus curvas, el rojo clavel de sus labios, las suaves rosas de sus manos... Sonaba taladrando sus sentidos el captador *omnia enim tibi dabo*, el «de todo esto te haré dueño si postrado me adoras», y su carne se retorció, dejando a sus ojos sin luz y a su alma entre llamas en el febril deseo de arrojarse a sus pies y rendirle, a la vez que el amoroso tesoro de su corazón, sublimemente apasionado, la ofrenda de su virginidad, defendida heroicamente de los estímulos del mundo y de los embates de la naturaleza, desde que en su atormentado camino hubo de aparecer Ella.

Pasaron muchos días sin que lograra el consuelo de verla.

Con toda el alma en los ojos, al volverse al público desde el altar, al decir la misa palatina, escrutaba hasta las más lóbregas reconditeces de la capilla, y no aparecía Ella. Prolongaba sus estancias en el comedor, y Ella no aparecía para

calmar las inquietudes de su corazón con el bálsamo piadoso de su presencia.

Un domingo, al terminar su tarea en el oratorio, el viejo mayordomo de la marquesa de la Campa le transmitió la invitación de su ama para que la acompañase al almuerzo.

Don Leonardo no pudo reprimir un gesto de desagrado; pero en el pobre arsenal de su pobre mundanidad, no encontró una disculpa evasiva congruente, y aceptó.

—Vamos, padre—le dijo zalamera la *Dama Verde*—, no me lo niegue: ¿a que ya no es usted el mismo? ¿A que ya esas picaronas de la Corte le han enseñado lo que no sabía? ¡Bah! Después de todo, enseñar al que no sabe es una obra de misericordia. ¿No lo dicen ustedes así?

—Señora, por Dios...

—No; no me ponga esa cara de *miserere nobis*, don Leonardo, que vamos a perder las amistades. ¿Quién es la dueña de su corazón? ¿Quién es la que ha tenido la suerte de llevarse las primicias de sus amores?

—Le aseguro, señora marquesa, que no ha cambiado el rumbo de mi vida. ¡Soy el mismo!—y dejó escapar un suspiro traicionero.

—No, padre, no se esfuerce. No es usted el mismo. Usted sufre, vive atormentado por el amor; sea sincero, cuéntemelo todo. Tal vez pueda yo ofrecerle algún consuelo. Tal vez pueda yo allanar los obstáculos que se opongan al

logro de sus ansias; eso suponiendo que los haya; pero no los habrá. Uno habrá tan sólo: la timidez de usted. Por lo demás, tiene todas las condiciones necesarias para triunfar: la fama, que tanto nos deslumbra a las mujeres; la juventud, y la garantía de discreción que su ministerio nos ofrece. La que no caiga con un capellán guapo—ya sé que así le llaman a usted en Palacio—, inteligente y joven, tiene derecho a un puesto en el santoral.

Don Leonardo, en lucha contra el rubor que inundaba de sangre su rostro y su cerebro, no encontraba palabras para agradecer la lisonja ni para declinarla. Verbosa y exaltada la *Dama Verde*, proseguía:

—Si yo tuviera menos años, ya veríamos quién me disputaba la presa; pero me doy por vencida. Los hombres van al amor como a la guerra: para recoger honores y lucirlos, y el amor de las viejas para nadie es glorioso trofeo. Saben ustedes que no envejecemos más que por la cara, cosa que no tiene importancia, porque durante las misas de la diosa Venus el oficiante cierra los ojos para entregar entero al tacto el imperio del momento. Saben los hombres que nuestro cuerpo guarda el suave calor, que es el aroma de las supremas caricias; que la experiencia nos ha puesto en posesión de inestimables secretos; que nuestro corazón se entrega sin dudas, sin vacilaciones, sin reservas;

y sin embargo, prefieren la ingrata tarea de una dolorosa iniciación, la concesión restringida, condicional, oficiosa; la lucha tenaz contra una resistencia formal y epidérmica, la sumisión a los caprichos más atrabiliarios, la inquietud, el riesgo, todos los dolores, todos los martirios, todas las humillaciones, a cambio de ostentar bajo los velos tupidos de la discreción caballeresca la vanidad halagada del modo más infantil, y, lo que es peor aún, del modo más pasajero.

—Perdóneme, señora marquesa, que le recuerde mi condición y estado—repuso el sacerdote, ávido de poner fin a aquella situación que le impedía, aturdido por el torrente de palabras que brotaba de los labios de la marquesa, pensar en Ella.

—Sí, sí; lo sé todo: su condición, hombre; su estado, soltero.

—Célibe, señora.

—Es igual: hombre joven que no vive ligado a una mujer... al menos que yo sepa.

—Puede usted asegurarlo.

—Pues ya estamos de acuerdo. Debajo de esa sotana hay un hombre de dos docenas de años, que tiene, como los demás, corazón, calor vital, inquietudes sexuales, deseo de amar y de ser amado, ansias de vivir...

La marquesa, frente al sacerdote, había tomado asiento en una butaquita muy baja y con

afectada negligencia ponía al descubierto hasta muy cerca de la rodilla sus hermosas piernas, aderezadas con unas riquísimas medias de tono claro y unos lindos zapatos de charol.

—Eso, eso—repetía mientras saboreaba el aroma de su cigarrillo—; ansias de vivir, no me lo niegue; pero reprimidas, mejor que reprimidas, ocultas por esa hipocresía profesional, de la que tan buen partido sacan para sus críticas los enemigos de ustedes.

Quiso hablar el clérigo; pero hasta entonces la preocupación de Ella había secado su cerebro; en aquel momento las curvas exquisitas de aquellas vivas columnas sacudían sus nervios y encendían su sangre hasta congestionarlo. Las escasas fuerzas que podía administrar tenía que emplearlas para contenerse, para evitar el que la bestia, rompiendo las cadenas de la continencia, cayera sobre aquella sugestiva provocación en una orgía desenfrenada de abrazos, de apretones, de mordiscos.

La marquesa, veterana beligerante de estas guerras, veía claramente las angustias del infeliz, y con perfidia femenina, resolvió estrechar el cerco.

Soltó dos botones de su escotada blusa de sedá, y al aire, además de su garganta blanca y tersa, el nacimiento de sus senos de turgencias juveniles, atisbó uno de los momentos en los que el hombre agotado en la lucha dejaba caer

el rostro entre sus manos, como para evitar los asaltos de aquella realidad sensual a su ya vacilante resolución por las ventanas de sus ojos.

Acercóse a él y lo envolvió en la ola de perfume chillón y excitante que se desprendía de su cuerpo.

—¿Qué le pasa, amigo mío?—le preguntaba rozándole el oído con los labios y ciñéndole al cuello uno de sus brazos turgentes y duros con infantil zalamería—. Cuéntemelo todo. Yo quiero ser su mejor amiga... ¿Tampoco le gusto para amiga, para confidente de sus secretillos?... Es usted muy niño, muy niño; si nó ya, hubiera observado lo mucho que yo le quiero... y no le pido que me corresponda, sino únicamente que se deje querer... me parece que no es mucho.

—Sí, sí, lo que usted quiera, señora marquesa—repuso don Leonardo como delirando.

—Bueno: así me gustan a mí los nenes, dóciles, muy dóciles, porque si no, habrá azotitos.

Y de pie inclinada sobre él, estrechaba su cabeza, hundiendo su rostro en su pecho desnudo.

—Vamos, dígame quién es ella.

Ante la evocación de Ella se rehizo, recobró el dominio de sus sentidos y, puesto en pie nerviosamente tomó a la marquesa la diestra y exclamó solemne:

—¡Ay, señora de mi alma! ¡Soy el hombre más desventurado de la tierra! ¡Tal vez no lo fuera tanto si me hubiese enamorado de la luna o de

la Virgen del Carmen! ¡Mi amor es pecado y es delito y su objeto absolutamente inaccesible para mí! ¡Si en algo me estima, compadézcame, llore por mí, señora marquesa!

—¡Pobre niño mío! ¡Cuando yo digo que es usted un niño! El amor a todos los seres acerca. Todo lo diviniza. En el mundo del amor no hay pecados ni hay delitos. Aquiete su espíritu; tranquilice su conciencia; fortalezca su esperanza. Veamos, veamos, ¿quién es ella? ¿Todavía se resiste a decirme quién es ella, cuando si se lo pregunto es para guiarle y ayudarle?

—Ella no lo sabe aún.

—¡Infeliz! Ella sin duda lo sabe antes que usted aunque nadie se lo haya dicho. Salvo el caso de que se trate de una mujer muy torpe...

—Eso no, señora, eso no.

—Pues ¿quién es?

—La Princesa Elena.

—¡La Princesa! ¡He debido suponerlo! No ha entrado un hombre en esa casa que no adolezca del mismo mal... Háblele, háblele claro, que de nada se asusta; ya está acostumbrada a esas situaciones y sabe decir que sí o decir que no; pero sin llegar a sentirse ni agraviada ni halagada.

—¿Usted cree?

—No creo; sé. Si no fuera por la estrecha vigilancia a que la tiene sometida doña Lambra, reviviríamos una de esas épocas galantes que

suelen describir las historias de las naciones para romper la cruenta monotonía de las guerras, de las invasiones y de los éxodos.

—¿Tan mal concepto tiene usted de la Princesa Elena?

—¡Todo lo contrario, hijo mío! Yo la execraría si fuera una de esas mujeres de corazón seco, enamorada de sí misma, en las que sólo se revela el sexo en el vasallaje estúpido a Nuestro Señor el Modisto y a Nuestra Señora la Moda.

—¿Y usted la cree capaz de llegar a amarme?

—Estoy segura de que ya le ama.

—¡Señora marquesa, por Dios!

—De todos los hombres que la rodean, sólo usted tiene condiciones para llegar a su corazón, aun cuando su corazón vive un régimen de puerta abierta. Sin embargo...

—¿Qué? ¡Dígame todo, señora marquesa!

—Veo difícil el que usted triunfe.

—Si yo no quiero triunfar. Yo la adoro con toda mi alma, con todo mi ser. Quisiera vivir para ella y morir por ella, pero sin triunfar de ella. La amo como nosotros los creyentes amamos a Dios. ¡Como amaron los apóstoles! ¡Como amaron los mártires!

—¡Pobrecito mío! Le veo a usted en camino del ridículo más espantoso. Ella es incapaz de amar como aman las vírgenes o las santas. ¡Ay, si doña Lambra no estuviese al paño!

—Cuando doña Lambra comprenda mi amor...

—El amor es odio para doña Lambra; tiene la sensibilidad invertida. Tan pronto como le sepa enamorado, sea en la forma que sea, lo arrojará de Palacio a latigazos.

—¿Ve usted? ¿Ve usted, señora marquesa de mi alma, cómo soy el hombre más desgraciado de la tierra?

—A cualquier cosa llama usted desgracia. Más fuertes han sido siempre los obstáculos que señalaron a muchos amantes el camino de la inmortalidad. Una suegra, una dueña, un rodri-gón, el verdadero amor sabe aventarlos como pavesas, como vilanos...

—La señora olvida que se trata de personas reales.

—Pues con esos escrúpulos se está uno en su casita, en su aldea, o si viene a la Corte y siente ansias de amar, se fija en mujeres a las que se pueda llegar sin riesgos.

—Y ¿quién es capaz de imponerle al corazón un camino?

—Pero se le puede curar de sus dolencias y se le puede obligar a que rectifique sus errores.

Don Leonardo, vencido, inclinó nuevamente la cabeza sobre el pecho. Dos gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

La marquesa, conmovida por aquella sublime angustia, saltó junto a él y otra vez trató de someterlo al tormento de sus caricias.

—¡Niño mío, yo sí que te quiero de verdad;

estoy enamorada de tí ¡Lo que haces conmigo es verdaderamente cruel...

—¡Señora, por Dios!...

—Yo te haré olvidar esa pasión que puede costarte la carrera y acaso la vida... No... no me quieras tú... déjame quererte... tontito de mi alma... ¿Crees tú que nuestro amor puede ser pecado? Pues no lo creas... nunca es pecado el amor... Vosotros habéis unido esas dos palabras antitéticas para intrigarnos, para enardecernos a las mujeres, para empujarnos al amor con violencia irresistible...

Y entre frase y frase le besaba en los ojos y en los oídos, le sorbía el aliento, y la sabia caricia de sus manos, hundidas en el pecho del pobre hombre, le provocaba una excitación nerviosa que le incapacitaba para toda resistencia.

Ya triunfadora, radiante, arrastrábalo, humillado, a un viejo y amplio sofá que ocupaba el ángulo más obscuro de la estancia, cuando sonaron a la puerta dos discretos golpecitos y la voz de la doncella de confianza anunció:

—La hermana de la señora... la señora duquesa...

Don Leonardo se rehizo en el instante, arregló rápido sus desordenadas ropas talares, tomó su teja, besó cortés la mano a la *Dama Verde* y salió presuroso para no volver a poner los pies en aquella casa cuyos muros habían estado a punto de ser testigos de una traición... ¡a Ella!

XIV

Una buena mañana, cuando tomaba pausadamente el regio chocolate y al mismo tiempo rezaba la cotidiana obligación en su breviario, volvieron a sonar contundiendo el suelo los regatones de las alabardas y se alzó el tapiz para dar paso a la visión inefable que era la preocupación de su vida y el tormento de su alma.

—¡Princesa!—exclamó el sacerdote cayendo de rodillas para besar su mano apasionadamente—. ¡Gracias a Dios! ¡Gracias infinitas a Vuestra Alteza, que tiene la piedad de venir a elevarme del purgatorio de mis dolores al cielo de contemplarla!

—Bien, señor cura, bien. Volvemos al tiempo de las sotanas galantes. No me desagrada. Siéntese, siéntese; charlaremos un rato, pero sin retórica. ¿Qué es de su vida?

—¡Mi vidal! ¿Qué importa mi vida? ¿Qué interés puede tener para Vuestra Alteza la vida obscura de un sacerdote insignificante? Hágame

el honor la señora princesa de hablarme de la suya...

—No, no; hoy no vengo en calidad de penitente. Hace ya ocho días que soy todo lo feliz que puede ser una mujer que no ama. El príncipe está de caza y doña Lambra vive en sus habitaciones prisionera de un bendito catarro. Por eso he podido venir. Usted no puede suponer el disgusto que me dió el otro día cuando asistió entre cortinas a mi confesión.

—De modo que oyó...

—Vaya si oyó. ¡Por mi desgracia!

—Cuénteme, señora, cuénteme...

—Lo primero que me dijo—repuso la princesa contrahaciendo la voz y dando a su rostro un graciosísimo mohín con el que remedaba a doña Lambra—fué para usted: «No me gusta ese curita; es demasiado joven y ha estado muy poco severo al castigar tus culpas. En cambio, a ti parece que te gusta demasiado. Por de pronto, al decirle que le llamamos en Palacio el capellán guapo has cometido una imprudencia...»

Don Leonardo, al contemplarla en aquella encantadora actitud, reía con toda su alma y suplicaba:

—Siga, siga, por Dios, Vuestra Alteza, que eso es verdaderamente delicioso.

—«Señora—la interrumpí malhumorada—, ha hecho mal Vuestra Alteza al escuchar mi confesión.» «La escuché porque no era confesión, sino

flirt. Y además de que una mujer casada con nadie debe *flirtear*, el *flirt* de una princesa con un cura es barraganía. Con un cardenal, con un obispo, pudiera ser un pecado cortesano; pero siempre un pecado.»

—Y, además, se lo habrá contado al príncipe.

—No; no es amiga de perder el tiempo: ya sabe que al príncipe estas cosas ni le disgustan, ni le divierten, ni le interesan.

—¡Barraganía! ¡Qué atrocidad!—exclamó don Leonardo, a quien la palabra le había taladrado el corazón.

—No se preocupe.

—Y le habrán prohibido que confiese conmigo.

—No tanto; me han dicho que debo hacerlo en la Capilla.

—Y Vuestra Alteza, para cortar disgustos, ha resuelto no hacerlo ni en la Capilla ni aquí.

—Pero, padre, ¿no le digo que no tengo pecados? Cuando ellos me dejan en paz, soy una santa.

—Sin embargo, Vuestra Alteza me ha declarado su pesadumbre de no ser amada y su deseo de amar...

—Y ¿eso es pecado, padre?

—Pudiera serlo. ¿Ha escuchado algún requerimiento amoroso?

—Esta Corte no cojea de ese pie.

—Y fuera de la Corte, ¿paró atención en algún hombre con miras deshonestas?

—¡Pero si ya le he dicho que hoy no vengo a confesarme!

—Perdone Vuestra Alteza...

—¿Sabe usted que casi tiene razón doña Lambra?

—¿En qué, señora?

—En que no hay una gran diferencia entre nuestras confesiones y el *flirt*.

—No comprendo.

—Porque no está muy ducho en estas cosas. Su juventud y su ministerio le tienen vendados los ojos. Mire: todos los hombres que han aspirado a ser amantes míos iniciaron su camino precisamente con esas dos preguntas: «Princesa, ¿le han hablado de amores muchas veces? ¿Ha parado su atención en algún hombre, Princesa?»

—Es extraño...

—No, no, pícaro, no es extraño; ahora recuerdo, además, que me saludó hablando de dolores, de Purgatorio y de Cielo. ¿No hablan así todos los enamorados?

—Señora, por Dios, yo le aseguro...

—¡Cómo! ¿Va usted a decirme que no está enamorado de mí? ¡Eso sí que sería peor!

—Tenga compasión, Princesa. Vea que soy un pobre hombre... que ni entiendo ni puedo entender de estas cosas. Yo hice esas preguntas sin darme cuenta.

—¿Y eso del cielo de contemplarme? ¡Ya ve que no ha caído en saco roto!

—No encontré otras palabras para agradecer la merced que Vuestra Alteza dispensa a este pobre sacerdote.

—Bueno; está bien. Quedamos en que sólo ha habido cortesía. Fría y estudiada cortesía...

—¡No, señora; eso no, de ningún modo!

—¿Que no? Pues hable, hombre, explíquese, dígamelo todo.

—¿Vuestra Alteza me autoriza?

—Hable.

—¿Y me perdonará si la ofendo?

—Pero en amar, ¿hay ofensa?

—¿No ha de haberla cuando al inocente *flirt* se ha llamado en esta casa barraganía?

—¡Leonardo, que no he sido yo!

Y la Princesa, para pronunciar el nombre del sacerdote, puso en el balcón de sus labios, como una colgadura de luz, la más adorable de sus sonrisas.

—Señora... yo no sé cómo decírselo. Quisiera morirme después de haberlo dicho... Estoy enamorado locamente de Vuestra Alteza.

—¿De veras, don Leonardo? ¿Me ama sin temor de Dios?

—¡Sin temor! ¡Como amamos a Dios los fieles!... y además... ¡como aman los hombres!... ¡Perdóneme!... ¡Perdóneme, princesa!

Cayó de rodillas, tomó una mano de la dama y la cubrió de besos apasionados y sonoros.

—¡Pobrecito mío! — exclamó ella mientras

le acariciaba el rostro con la mano que tenía libre.

—Admita mi amor como las imágenes de los templos admiten las ofrendas. Sean mis palabras flores que se marchiten a sus pies, plegarias que apenas rocen sus oídos, luces que en honor suyo ardan eternamente... Déjeme amarla con todo mi corazón, con toda mi alma, con toda mi vida... No pido más, señora, no pido más.

—Y ¿está seguro de que nunca pedirá más?

—Nunca, señora, nunca.

—Así que a mí no me corresponde sino agradecer su cariño...

—Ni aun eso, señora, ni aun eso. Perdonarme, únicamente perdonarme la osadía de haberme elevado, insensato, hasta Vuestra Alteza.

—Llámeme Elena.

—¡Cuánta bondad, señora!... Pero la veo triste, preocupada... No me perdonaría el haberla causado disgusto con mi audacia.

—De ningún modo, Leonardo de mi alma. Pensaba, en este momento precisamente, en el Monasterio que coronara el monte siempre verde.

—¡No me atormente con una visión de dicha que no está a nuestro alcance!

—¿Cómo? ¿No vendría?

—¡Y me lo pregunta después de haberme oído!

—¿Vamos?

—No juegue con mi pobre corazón, hermosa Elena, que usted sabe de la vida y yo, triste de mí, lo ignoro todo.

—¿Nunca amó a una mujer?

—Jamás.

—Y... no sé cómo decirlo... no encuentro la pregunta... ¡ya está! ¿Se dejó amar por ellas?

—Jamás.

—Virgen de cuerpo y de alma.

—Usted lo ha dicho, Elena.

—¡Qué encanto de hombre!

—¿Se burla de mí?

—No..., pero no le creo.

—Se lo juro por... lo que usted elija.

—Basta. Convencida; pero no por el juramento, sino por el gesto. Ha sido verdaderamente sincero. ¡Qué felicidad, ser yo su primer amor!

—El primero y el último, el único; puede estar segura. Pero usted...

—Le dejaré que me ame. ¿No hemos quedado en eso?

—Al menos podré verla...

—Me haré muy devota. Me confesaré una vez a la semana, y, cuando se acatarre doña Lambra, diariamente. ¿Quiere más?

—Ni quiero más, ni puedo más; me ahoga la felicidad, Elena de mi alma. No acierto a identificarme con una dicha tan intensa. Me parece que no soy yo el que habla con la hermosísima princesa de los ojos de cielo y los cabellos de

sol. Me parece como si leyera una página afortunada de un libro de amor... ¿Será posible que la vida tenga estos deliciosos momentos? ¿Será posible que la mujer, tan maltratada por la Iglesia y por sus doctores, tenga el don de hacer felices a los hombres con una palabra, con una mirada, con una sonrisa? ¡Ahora, ahora es cuando yo comprendo la guerra, la idolatría, el pecado, todo lo que hay de grande y de fatal, de sublime y de catastrófico en el misterioso poder de las mujeres! Hasta hoy viví ciego y sordo, en una insensibilidad berroqueña... ¡Hoy ya veo el mundo, la vida con toda su grandeza, con sus inefables armonías de luz y de color, con todo el tesoro de sus afecciones, con todo el paraíso de sus deleites! Usted, Elena de mi corazón, ha puesto en mi cuerpo un alma nueva impresionable, comprensiva, divina, en el lugar del alma tosca y ruda que antes me animaba. Sus palabras dulcísimas, como la caricia de una caricia, fueron el soplo excelso que dió a mi torpe barro una vida radiante, triunfadora, exaltada, feliz... ¡Gracias, gracias, Elena de mi alma!...

—Siga, por favor, siga... le juro que en mi vida oí palabras que, como ésas, llegaran a mi corazón; le juro que sobre él caían como pétalos de flores... ¿lo ve? ¡Ya me ha contagiado! ¡Ya digo yo también lindezas! ¡Y no quiero decirlas, sino escucharlas! Hable usted y oiga yo. Recoja yo sus pensamientos como gotas de un licor

milagroso, de un bálsamo celestial, de una ciencia de vida nueva y luminosa...

—No se burle de mí, por piedad, princesa de mi alma.

—¡Burlarme! ¿Cómo ha podido ocurrírsele ese despropósito, esa herejía? ¿Puede haber nada más grande ni más santo que ese amor, más divino que humano, confesado con esas palabras adorables? No, niño mío, no; hábleme, dígame más cosas. Toda mi vida la pasaría escuchándole... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Concededme el dulce ensueño del monasterio en el monte siempre verde!

La sonería complicada de un reloj medioeval tuvo la piedad de avisar a los amantes que había transcurrido ya la hora de la prudencia, y el lago de la suspicacia palaciega, no siempre tranquilo, podía encrespase en un oleaje que los envolviera y les hiciera zozobrar.

Lentos, perezosos, interminables arrastrábanse los días de aquella semana.

Contaba don Leonardo anhelante los minutos que le faltaban para volver a recibir en sus oídos la caricia de su voz y en sus ojos la luz benéfica que fluía de su rostro de diosa.

El ansia de volver a su lado sombreaba de melancolía la felicidad del recuerdo que se afanaba por vivir y gozar en dulce y perpetuo éxtasis.

Aún le faltaban tres días para el día luminoso de su obligación en la Real Capilla, cuando muy de mañana recibió de la marquesa de la Campa una carta que un momento hízole fruncir el ceño.

«El hombre propone— se dijo—y Dios dispone.» Y resignado tomó su teja y su manteo.

Según la misiva, Victoriana, la vieja ama de llaves de la casa señorial, jubilada ya de su menester, disponíase a enfrentarse con la Pálida, y quería depositar en don Leonardo sus últimos secretos mundanales.

Un poco sorprendido se dejó conducir al gabinete íntimo de la señora, y al cabo de unos instantes llegó hasta él la *Dama Verde* en un deshábille tan sugestivo que triunfaba de la edad y eclipsaba las huellas que el tiempo y la vida marcaron en su rostro.

—¿Cómo está la enferma?—preguntó emocionado el sacerdote.

—Tranquilícese, amigo mío: está mejor que nosotros. ¡Bien, bien ha mordido usted, el anzuelo! Aquí no hay más enfermo que usted que lo está de la cabeza... Del corazón no creo.

—¿Pero no pide confesión la señora Victoriana? ¿No es verdad lo que dice la carta?

—¡Cuidado que es cándido mi niño! Aunque usted no ha dejado mi capellanía, y a pesar de lo bien que le disculpó y le justificó el compañero que me mandó el domingo pasado, ya sabía yo que nunca volvería a mi casa, si yo no me daba maña para traerlo engañado.

—Señora, por Dios.

—Y mucho ha de agradecérmelo. Necesito hablar con usted y regañarle: ha hecho una chiquillada, una tontería muy grande.

—No comprendo a qué se puede referir la señora marquesa.

—¿No ha de comprenderlo? ¿Por qué se ruboriza entonces? Y ya ve si yo soy buena, y si le quiero de verdad, cuando le llamo, a riesgo de que se disguste conmigo por la forma

empleada para quitarle la venda de los ojos.

—¡Hable, señora, por favor, hable! Dígamelo todo, por amargo que sea para mí.

—Ya puede suponerlo. Elena, la coqueta Elena, se ríe de usted a mandíbula batiente, y la servidumbre de Palacio le hace coro.

—¿Es posible?

—Ve que yo lo sé y aún duda. ¡Qué ingenuidad! Usted le ha declarado su pasión, y ella, muy complacida, aguantó el chubasco amoroso durante dos horas y media.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Quien lo sabe. Y fingió corresponderle.

—¡Marquesa, por Dios!

—Y si usted hubiera sido cardenal o arzobispo, coser y cantar.

—Sí; pero con un simple cura, hasta el *flirt* es barraganía. ¿Habló usted con doña Lambra?

—Ya sabe usted que yo no voy a Palacio. Lo sé por personas veraces, que lo han oído a la propia Elena.

—Perdóneme la señora marquesa, pero no puedo creerlo.

—Porque en materia de amor es usted completamente analfabeto. ¡Con cuántos hombres habrá hecho lo mismo esa pícaral!

—¿Luego es cierto que se ha burlado de mí?

—Es cierto; pero no lo tome en trágico. Cuando tenga más años y haya corrido más aventuras, verá que estas cosas no tienen importancia.

—¡Marquesa, por Dios! Yo pierdo la razón. Me es muy violento, pero no puedo menos de decírselo. No creo que la princesa Elena se haya permitido tratarme de ese modo.

—¡Infeliz! ¿Cómo se explica usted entonces el que yo sepa todo lo que a solas hablaron los dos?

—Pudieron escucharnos.

—Es cierto; pudieron escucharles, pero no les escucharon. Le aseguro que es ella quien lo ha hecho público.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Eso es ya querer saber demasiado. Ya ve lo completa que tengo yo la referencia.

—¿Es posible que sea tanta mi desventura?

—No; no se preocupe. Elena no lo ha tomado en serio, y puede estar seguro de que de su paso en falso ningún mal ha de venirle.

—Por de pronto, yo no voy más a Palacio.

—Usted todo lo arregla con volver la espalda.

—Tiene usted razón; no es ese el camino. He visto de cerca la felicidad; me he engañado creyendo vivirla... Ya no he de volver a tenerla a mi alcance... Adiós, marquesa, adiós...

La marquesa vió algo trágico en el gesto del sacerdote; de un salto se puso delante de él y le ciñó el cuello con sus brazos desnudos.

—No, niño mío, no — susurraba, besándole con estrépito—. ¡Qué más quisiera ella que añá-

dir nada menos que el suicidio de un capellán a la escandalosa historia de sus desvaríos! Olvídala, vive tranquilo... quiero yo que vivas para hacerte feliz, muy feliz. Ya verás. ¿Quieres que hoy mismo nos marchemos al extranjero? A Roma, a París; donde tú quieras, niño mío... ¡Parece mentira que haya mujeres tan malas! Y que de ellas se enamoren hombres tan buenos. ¡A ésas sí que les debía enviar Dios un chulo de los que cortan la cara o parten el corazón de un navajazo!

—¡Marquesa, por Dios!—sollozaba el pobre hombre—. ¡Déjeme, déjeme irme a llorar! ¡Déjeme volver a mi pueblo, a olvidar allí, en la paz de mi hogar, al amparo de mis padres, estos engaños, estas crueldades, estos tormentos!...

—Bien; sí, sí. Yo voy contigo a tu pueblo. ¿No me has dicho que hay allí un convento de clarisas? Pues ya tenemos el pretexto: una de tus feligresas va a visitarlas y hacerles un donativo. ¡Cuánto me gustará conocer a tus padres! No te muevas de aquí; yo envío por lo que necesites y marchamos en seguida...

Don Leonardo lloraba copiosamente. Las palabras de la marquesa, lejos de servirle de consuelo, eran como gusanos que le mordían las entrañas. Cuando ya un momento pudo sobreponerse a su congoja, se desasíó dulcemente de aquellas poco gratas caricias y replicó, sin decisión ni energía:

—Déjeme, señora, déjeme. Yo le agradezco muy cordialmente su buena voluntad; pero tengo antes que pedir a Dios perdón de mis errores y arreglar mis asuntos. Tardaré aún más de ocho días a estar en condiciones de partir.

—Pero ¿está resuelto a dejar la Corte?

—Resuelto irrevocablemente. Antes de una hora tendrán en el Palacio la dimisión de mi cargo.

—En eso hace usted bien. Gáneles la delantera. Esté seguro de que lo echarían en cuanto se enterase doña Lambra.

—Y usted, téngame también por despedido.

—¿Yo? ¿En qué he podido disgustarle ni ofenderle, don Leonardo de mi alma?

—En nada, señora; pero ya sabe que me marcho a buscar la paz del campo, a enterrarme en vida en una aldea. ¡Con qué acierto sabré consolar a los que en aquel ostracismo sientan inquietud por las pompas y las vanidades del mundo! ¡Con qué tino cortaré las alas de los que quieran remontarse a las alturas! ¿Ve usted, marquesa? ¡Ya soy otro hombre! Ya me siento feliz al pensar en aquella sencillez, en aquel monorritmo y en aquella monocadencia. Todo esto ha sido un sueño, una pesadilla de las que dejan fatigado el cerebro y encogido el corazón. Pero he tenido la suerte de despertar a tiempo. Gracias, marquesa, gracias. No olvidaré que usted me ayudó a romper el hechizo. En mis inge-

nuas oraciones pueblerinas engarzaré desde hoy más su nombre, señora marquesa. Primero me hizo usted sentir el dolor de la amputación cruenta y ahora le debo la placentera liberación del órgano infecto.

—Pero ¿es posible— preguntó aplanada la marquesa—que no quiera usted llevarme en su compañía?

—Señora, por Dios. ¿No ve que ha sido una mujer la que me acaba de hacer pedazos el corazón? ¿No ve que necesito ahora para vivir no tener a mi lado persona ni cosa que me la recuerde?

—No; eso no es posible. Yo iré a verle.

—Deje al menos pasar algún tiempo.

—¿Cuánto?

—Un año.

—Es demasiado. Pongamos tres meses.

—Es muy poco.

—Y me tiene que dar palabra de escribirme todas las semanas.

—Se lo prometo.

—Júremelo.

—Señora, le ruego que no dude de mí.

—¿Vendrá a despedirse?

—Lo procuraré.

—Si no viene iré yo a buscarle.

Abrumado por aquella discusión empalagosa, inclinó la cabeza, estrechó fríamente la mano de la dama y salió oprimiéndose con las dos suyas

el corazón, que quería a todo trance violar la cárcel de su pecho.

Al salir a la calle, cuando ya comenzaba a sentirse dueño de sí mismo, para recoger todos sus sentidos y empezar de nuevo a pensar en ella, le asaltó una grave contrariedad.

Adelardo Fraile, el periodista hampón, que sin duda había espiado sus pasos, se destacó del portal frontero.

—¡Don Leonardo de mi alma! ¡Qué deseos tenía de verle! Y usted tan ingrato que desdeña y esquiva mi amistad. ¡Con lo que yo le quiero ¡Con lo que yo le admiro! Lo digo y lo repito en todas partes: Masillón, San Dámaso, San Isidoro...

—Déjeme por Dios, señor, que ahora no puedo entretenerme.

—Si no le entretengo. Casualmente llevamos el mismo camino. ¡Qué grande es usted! Seguramente en Roma ignoran lo muchísimo que usted vale. Pero yo se lo haré saber. Soy capaz de de ir a pie, con un bordón y una calabaza, y decirle al Santo Padre: «Allí, ignorado de todos, hay un sacerdote joven, guapo, buen mozo, inteligente como Cisneros, valeroso como Mendoza, elocuente como San Agustín...»

—Basta, basta; no me abrume con sus elogios.

—Sí, sí, le dejo en seguida... pero, padre, la vida es muy dura para los que somos buenos y justos. Mi casero me tiene ya *in extre-*

mis... Para salvarme necesito doscientas pesetas.

—Pues búsquelas en donde pueda—repuso malhumorado el capellán.

—Ya las busco en el bolsillo de usted, tan repleto de dinero como lo está de piedad su corazón. No me lo niegue. Ya sé que ahora marcha usted bien, amigo don Leonardo.

—Déjeme en paz. Ha llegado en pésima hora.

—¡Cómo abusa, padre, de la palabra de honor que me comprometió a guardarle su secreto! ¡Cómo sabe que no trata con un granuja! Si lo fuera, diría: ¿No me da las doscientas pesetas por encubrir su falta? Pues el Obispo Avieso me dará trescientas pesetas por conocerla. Su amistad ha estado a punto de costarme cien pesetas. Pero yo no soy así, padre. Demasiado sabe que no soy así. Por eso me arroja como a un perro sarnoso...

Y don Leonardo se precipitó en la escalera de su casa dejando al hampón con su retahíla de adulaciones.

Don Leonardo estaba como loco. A cada paso combinaba los planes más disparatados y consistía de ellos. Tan pronto pensaba en emanciparse de la sotana y encanallarse en las más ruidosas aventuras, como en retraerse a una aldea anexa de su pueblo y hacer allí la vida ejemplarísima de los ministros de Dios que abordan el Santoral a favor del salto de la muerte.

Había renunciado a ver a la princesa y a la vez se rebelaba contra la idea de marchar sin ir, al menos por última vez, a decir en Palacio su misa en el día señalado. Quería huir de ella y combinaba su tiempo para esperarla en el confesonario horas y horas hasta que tuviese la piedad de aparecer.

Mientras tanto, la marquesa de la Campa estudiaba sin descanso el medio de retenerle y de obligarle a su exaltado cariño.

Al día siguiente de su última entrevista, lo despertó un lacayo para entregarle, en propia mano, una carta perfumada y una cajita.

«Don Leonardo de mi alma — decía el billete—: Durante veinte años he guardado en mi poder esa botonadora de perlas, porque junto a mí no pasó un hombre que la mereciera. Se la regalé a mi segundo marido, al que más quise de los tres; la recobré cuando murió, y al no haber tenido la dicha de conocer a mi curita, con seguridad que esas perlas hubieran sido motivo de un pleito entre mis herederos y los herederos de mis tres maridos. Acepte el obsequio, puesto que con ello afianza la paz entre buenos cristianos...»

Veinticuatro horas después, el mismo lacayo, a la misma hora, puso en sus manos otro sobre perfumado y desapareció sin aguardar contestación.

«He tenido un sueño muy complicado— decía la marquesa—. Se me apareció mi veinticincoavo ascendiente, el fundador del título que uso, y con voz angustiadísima, me ha dicho: «Hija mía, ya me falta poco para salir del Purgatorio; tu piedad puede acercarme la fecha feliz de mi liberación. Encarga que me digan en Madrid un novenario de misas y págalas espléndidamente, como si fuera yo mismo el que las pagara, y recuerda lo que habrás leído en los pergaminos de la casa: que dí mis espuelas de oro y el cintillo de diamantes de mi sombrero al labrador que me sirvió un vaso de agua loja en su casa del camino de Arganda...»

El mismo sobre contenía una cantidad de billetes tan razonable, que a favor de ella parecía como si la marquesa hubiera querido eclipsar las generosidades de su antepasado.

El primer impulso de don Leonardo fué devolver el dinero, alegando cortésmente que su plan de viaje le impedía decir las misas; pero como aquella mañana era ¡por fin! la que debía acercarle a la princesa, decidió no resolver hasta su regreso de Palacio si debía o no contribuir a que saliera del Purgatorio el marqués de la Campa.

Llegó a la regia capilla, dijo su misa rápidamente, se desnudó de los sagrados ornamentos en breves instantes y se recluyó en el confesonario.

No se hizo ella esperar mucho tiempo. Antes de que lo tuviera el sacerdote para impacientarse, cayó junto a la celosía, con los graciosos bucles de oro engarzados en los negros encajes de la mantilla.

—¡Qué desgraciados somos, don Leonardo de mi alma! — musitó con voz dulcísima que cayó como queda y perfumada lluvia sobre el corazón del sacerdote.

—Lo soy yo, señora de mi vida—; no pluralice.

—Luego ¿sabe lo que ocurre?

—Lo sé para mi dolor y por mi desventura. Vuestra Alteza ha tenido la impiedad de burlarse de mí...

—No, por Dios, eso no es cierto. Si así lo he

dado a entender, ha sido para evitarnos males mayores.

—No lo comprendo. Si Vuestra Alteza tuviera la bondad...

—Doña Lambra, por segunda vez escuchó entre cortinas nuestra conversación.

—¡Dios mío de mi alma!

—Su primer impulso fué el de hacer que nos castigaran a los dos con la mayor dureza; pero yo logré dominarla, y después de haber ensayado muchos procedimientos, el que me dió resultado fué ése, el de hacerla creer que me divertía con las protestas de su amor puramente romántico y espiritual.

—Pero a mí me despedirá.

—Esté tranquilo, estamos perdonados; pero ya no podremos vernos, a lo menos en mucho tiempo. Ha jurado que no se apartará de mí un instante; ahora mismo tengo yo puesta vigilancia fiel para que me avise si se acerca.

—Y ¿qué debo yo hacer?

—Lo más acertado sería olvidarme.

—¡Imposible, princesa de mi alma! ¡Cada vez más imposible!

—Entonces, aguardar resignado mejores tiempos.

—Al menos la veré alguna vez como hoy.

—No; ha dispuesto que le sirvan el chocolate en la sacristía y me ha elegido un confesor a su gusto.

—En ese caso, hoy mismo presentaré la dimisión de mi cargo.

—No haga tal cosa. Lo tomará como una confesión de culpa. Olvídeme, amigo mío; hágase a la idea de que todo ha sido un sueño. No insista en hacerse desgraciado y en envolverme a mi en su desgracia. Yo pensaré en usted, le ayudaré en cuanto pueda; pero no intente acercarse a mí, por lo menos mientras esta situación subsista.

—No, no, princesa de mi alma. No puedo olvidar. En el punto más lejano de la tierra me bastaría cerrar los ojos para verla y oirla. Sin embargo, me iré adonde nadie sepa de mí. Devoraré en silencio mis penas y mis lágrimas.

—Eso no, no se vaya. No quiero yo que renuncie a su carrera brillante. La misma doña Lambra ve en usted un sacerdote de mérito extraordinario y no me negará su ayuda cuando se ofrezca la ocasión de favorecerle.

—Pero si yo a nada aspiro, nada quiero... el cariño de usted era todo el objeto de mi vida.

—Y ¿duda de mi cariño? Yo le quiero como me ha pedido que le quiera. Piense en mí siempre, que yo le prometo corresponder a sus pensamientos; pero no hablemos de amores; hágase amar de otra mujer, aun cuando sea con escándalo; eso servirá para que a los dos nos dejen tranquilos.

—Pídame que antes me dé la muerte, prin-

cesa. No me condene, por Dios, al suplicio de no verla ni hablarla.

—Sea obediente, que por ahora no hay otro camino. Si es cierto que me quiere, obedézcame. Yo, a lo largo del tiempo, buscaré medio de acercarle a mí.

—Al menos, podré escribirla.

—No diga locuras, ni haga tonterías. Venga todas las semanas a decir su misa y predique mucho; hágase notar; lo demás corre de mi cuenta.

—¡Princesa, por Dios!

—No sea egoísta. Ya está todo arreglado. Ahora me voy, y hasta dentro de ocho días, que nos veremos y no nos hablaremos.

—Por favor, un momento más, Elena de mi alma.

—Nada, nada; prudencia, mucha prudencia, querido amigo, adiós.

Se levantó ágilmente, y al pasar gallarda frente al sacerdote, dejó caer sobre él la bendición de una de sus miradas luminosas y dulces.

Salió de la Real Capilla perplejo y desconcertado.

Demasiado comprendía que aquellas apelaciones al tiempo y al cambio de circunstancias no eran sino expedientes empleados por la princesa para dorar la amarga píldora de su repulsa; pero se sentía impotente para resistir a la su gestión de vivir cerca de ella y de aguardar,

aun a sabiendas de que se aprestaba a vivir un piadoso engaño.

¡Olvidarla! ¡Tener aventuras o amoríos con otra mujer! Cosas fáciles de decir, y aun de pensar; pero absolutamente impracticables.

Cuando llegó a su casa, no había tenido tiempo de resolver sobre el negocio espiritual del veinticincoavo ascendiente de la *Dama Verde*; pero, sin duda para facilitarle el camino, le aguardaba en su despacho la propia marquesa.

—¿Cuándo empezamos?—le preguntó de manos a boca.

—Señora... yo no puedo aceptar...

—Y yo tampoco. ¿Empezamos pasado mañana el novenario?

—Bien, sí; eso sí, pero la señora marquesa me permitirá que le devuelva su dinero, descontando la limosna habitual.

—¡Claro! Para que se me aparezca otra vez el primer marqués y me regañe. ¿No habló de limosnas? Pues cada uno las da como quiere.

—Bien, señora, bien; yo buscaré medio de expresarle mi gratitud.

—Hablemos de otra cosa. Ya habrá supuesto que yo no he venido a meterle prisa. Le traigo una gran noticia. En cuanto la sepa, voluntariamente expulsará de su corazón a esa ingrata.

—Diga; ya estoy impaciente.

—¿Quiere usted conocer al que le ha ganado la partida?

—¿Cómo?

—Al amante de la princesa.

—Señora, por Dios...

—Está por él loca perdida. No sé cómo se las arreglarán para engañar a doña Lambra.

—Pero ¿es posible, señora marquesa?

—Usted mismo lo puede ver si quiere.

—El suplicio es demasiado fuerte.

—¿Aún la toma en serio?

—¿Quién es él? ¿Se puede saber?

—¡No se ha de poder! ¡Si es público y notorio! Un general extranjero que ha venido a traer al príncipe no sé qué uniforme. Lleva aquí ya más de tres semanas, y aún no habla de marcharse.

—Y dice la señora marquesa que yo puedo verlos...

—Ya los ha visto todo el mundo.

—¿En dónde?

—En los teatros, en los toros, en las fiestas. No se aparta de él ni el canto de un papel de seda.

—Pero yo no voy a esos sitios.

—Pues vaya, alma de Dios; no será el primero. Esta tarde van a los toros. ¿Tiene un traje-cito de hombre?

—Sí—contestó ruborizado el sacerdote.

—Pues póngaselo, y así estrena los gemelos que fueron de mi segundo marido; le enviaré además unos buenos prismáticos, y a la plaza, a

ver, a observar, a convencerse de que ha hecho el indio.

—Me falta valor, señora.

—Pero si eso no es pecado.

—No; no digo por el hecho de ir a la fiesta...

—Sí; hace usted bien; siga pensando aún que le quiere. Acabe de perder la razón. Yo he llegado a todo por salvarle, y me doy por vencida. Adiós, adiós, don Leonardo de mi alma. ¡Lástima de hombre! Le veo concluir o en el suicidio o en la cárcel, por haber hecho en honor de ella alguna barbaridad. ¡Y tan hermosa como es la vial

—¿Usted cree?

—Y usted también cuando reflexione y se decida a ser hombre.

—Hay quien dice que los curas no lo somos.

—Pues ahora tiene ocasión para desengaños. Esta tarde, por de pronto, a los toros, como los hombres, y mañana a comer conmigo, para decirme: «Marquesa, tenía usted razón. Esa mujer no merece un cariño serio y santo como el mío. Estoy arrepentido de haber pensado en ella»... Ya verá, ya verá cómo a continuación encuentra quien sepa merecerle... mejor dicho... ya ha encontrado; pero... no hablemos más hasta que se desengañe.

Y salió, después de haberle acariciado las mejillas como a un niño.

XVII

Al hollar don Leonardo las losas de la calle con sus ajustados zapatos de charol, vestido de seglar, con corbata de discretos colores y el sombrero muy metido en la cabeza, para que no asomase la corona, sintió un remordimiento de conciencia, y a punto estuvo de volver sobre sus pasos para reconquistar la sotana.

—Dios, que sabe cómo la amo—se dijo—, me perdonará sin duda.

Y a favor de esta confianza pudo vencer su vacilación.

Fué a los toros. No hubiera sido preciso que la marquesa insistiera. Con saber que ella iba era suficiente para que no pudiera contenerse.

Llegó a la plaza cuando aún faltaba media hora para comenzar el espectáculo, y así pudo elegir a su gusto el sitio desde donde pudiera mirarla de frente.

Tomó asiento en su banco de piedra y, abismado en sus trágicas meditaciones, esperó, con el mentón apoyado en los puños, la dolorosa

comprobación de lo que la *Dama Verde* le anunciara.

Parecía la estatua del silencio. A sus pies se encrespaba el oleaje de la alegría. Sobre su cabeza pasaba la tromba de exclamaciones, de gritos, de saludos y de injurias. Los marciales y castizos acordes de la banda, que prologaron el comienzo del espectáculo, rozaron su cerebro sin excitar sus nervios. Caracolearon en la arena los caballos de los alguaciles; hicieron los toreros su paseo triunfal en medio de la orgía de luz, de color y de sonoridades excitantes; rebotaron hasta el cielo los estampidos de los aplausos; sonaron el clarín y los timbales con bélicos acentos; salió al ruedo la hermosa bestia, lanzando en su mugido, con el *morituri*, la maldición postrera contra sus verdugos. Y mientras todo esto acaecía, el pobre sacerdote, con los ojos fijos en ella, recogía de sus actitudes y de su gesto agujas aceradas, que hundía en su corazón sádicamente.

Apareció unos momentos antes de que la fiesta comenzara. ¡Qué hermosa estaba! Los blancos encajes de la mantilla matizaban como con nacaradas irisaciones las rosas de su cara. Los claveles rojos que adornaban su cabeza parecían como una sublimación, como un triunfo químico del oro de sus cabellos. Los rayos del sol se quebraban en el esmalte finísimo de sus dientes, que jugueteaban en la copa escarlata

de sus labios. Y junto a ella, embriagado con todas las alegrías del vivir feliz, aquel hombre exótico, que se miraba en sus pupilas y parecía sorber sus palabras. Las manos de ella, blancas, gráciles, inquietas, como dos avecillas fantásticas, se posaban con deleite en los brazos fuertes de él y en sus hercúleos hombros. Con frecuencia reían los dos, como para exonerar el pecho anhelante. Cada una de estas felices explosiones azotaba el pobre corazón de don Leonardo y le arrancaba lágrimas atormentadas, que ascendían a sus ojos y caían luego, abrazando sus mejillas.

Un momento la dama inclinóse al oído del galán, para hacerle, sin duda, una dulce confianza. La imaginación dolorida del desventurado amante tuvo la crueldad de hacerle ver que se besaban, y ya no pudo más; se levantó nervioso, se echó adelante el sombrero para ocultar sus ojos, abrasados por el llanto, y con gran asombro de los espectadores, que en aquel momento contemplaban una de las facetas emocionales de la fiesta, se abrió paso hasta la puerta de salida.

Un corrillo de honradotes gallegos que merendaban, sin preocuparse mucho de lo que en el anillo acaecía, descubrió en el torturado amante al ministro del Señor, y con la dulce tonadilla de su país cantó a voz en grito:

El señor cura no baila
porque tiene la corona;
baile, señor cura, baile,
que Dios todo lo perdona.

Ya en la calle, le atenazaba el deseo de huir, de ocultarse, de llorar a su gusto, para con la amarga lluvia de sus ojos calmar las tormentas de su pecho.

Asaltó un coche de punto y dió al cochero las señas de su casa.

Por el camino le acometían, enlazadas, las ideas de matar y de morir; a veces, entre las dos ideas macabras, mostrábase como en una lejanía inaccesible, infinita, el propósito de olvidar... ¡Quién nos diera en estos momentos de la vida un sabio cirujano capaz de sustituirnos el corazón con otro corazón ingenuo, virgen o ignorante! En la república del cerebro puede la voluntad ejercer soberanía sobre la memoria y decretar el olvido; pero ¡quién gobierna el corazón, el eterno rebelde, el gran díscolo, el tirano incommovible...

Así pensaba, en pugna constante con sus lágrimas, cuando, a punto ya de ganar en su cuarto la soledad atemperante, le alcanzó el ostentoso automóvil de la marquesa de la Campa.

Esta sagacísima mujer no se había equivocado en su cálculo: puso un lacayo en la puerta de la plaza, para que le aguardase, le siguiera y le diera un aviso telefónico. Hízolo así al escu-

char las señas que dió al cochero, y pudo fácilmente salir a su encuentro.

—¡Alto, amigo mío! Dése preso — le gritó, después de haber hecho parar la manuela.

—Marquesa, por favor.

—El favor lo necesito yo de usted. Despida su coche y suba.

En aquel momento, a pesar de su protesta, no contrarió a don Leonardo la presencia de la *Dama Verde*. A la vez que deseaba, temía el momento de encontrarse a solas con sus angustias.

Tomó asiento junto a su tenaz protectora, y ésta dió orden de que los llevaran a la Dehesa de la Villa.

—¡Vaya con el capellán guapo! ¡Cómo ha sabido encontrar quien vele por él! De algo ha de servirme ser vieja; gracias a ello sé que los amantes, en los momentos que siguen a estos horribles desengaños, es cuando resuelven asesinar, suicidarse, huir, hacer cualquier disparate semejante, o se vuelven locos.

—No, marquesa, no; yo soy bastante fuerte para llevar mi cruz.

—¿Fuerte, y está llorando como un chiquillo? No le creo, no le creo. ¡Lástima que hiciera un desatino, con lo guapo y lo simpático que está vestido de hombre! Pero, por suerte suya, estoy aquí yo, para quitarle esas tragedias de la cabeza.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—Habrá visto que tenía yo razón.

—Lo he visto.

—Y que el extranjero ese no vale ni para descalzar a mi curita. ¡De qué se habrá enamorado esa pécora! Pero ya no hay que pensar en ella. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ahora yo mando y usted obedece, y a ser todos felices.

—¡Felices!

—Sí, sí, felices; no lo dude. Ya tengo yo mi plan para arreglarlo todo. Mi curita se quedará en Madrid, conmigo, que velaré por él y le salvaré de todos los peligros; pero tiene que ser obediente.

—En lo que pueda...

—En todo. Hablemos clarito, verá qué bien nos entendemos. ¿A que le dió un poco de miedo el verine enamorada de usted?

—Señora.

—No lo niegue. También yo tuve mi momento de locura; pero ya pasó. No sé si me enamoré de usted o tuve un capricho sensual; pero reflexioné a tiempo, me impuse a mí misma y ahora le quiero más; le quiero como una madre. Ya no le atormentaré con mis caricias marchitas; ya no le prepararé encerronas en mi comedor íntimo; ya no me interesa que me quiera ni que esté a mi lado. Lo único que me interesa es que

sea feliz, que se salve de los peligros que le amenazan, y en salvarle estoy yo dispuesta a comprometer mi hacienda y mi vida.

—Señora, por Dios, yo nada hice para merecer ese sacrificio.

—Los hijos nada hacen para merecer el sacrificio de las madres. Yo seré su madre aquí, en Madrid; ya evitaremos el que tenga celos de mí la otra madre, la del pueblo. Aquélla es más feliz que yo, que no ve llorar a su hijito, ni sabe sus penas; pero él, para que no sufra su madre, las ahogará, las arrojará lejos de sí, hará como hice yo. ¿No es cierto, hijo mío?

—Lo procuraré —repuso débilmente, descubriendo que no era este su propósito.

—Lo hará. ¡No faltaba más! El mismo motivo tenía yo para estar desesperada y hacer también locuras, y ya me ve tan feliz y tan contenta por haber podido adoptar como hijo al hombre que un momento quise hacer mi amante. Haga usted igual con ella: descarte la mujer, que, como ve, bien pocas atenciones merece; quíerala, estímela como un cuadro, como una escultura, como un camafeo. ¿Me lo promete?

—Es usted muy bondadosa. No había yo sospechado que tuviera un corazón tan grande.

—No eluda la contestación. ¿Me promete transformar su pasión como yo he transformado la mía?

—Se lo prometo.

—Ahora yo me encargo de que cumpla su promesa. Y convencido ya de que no he de pretender de usted nada que le mortifique ni le moleste, ¿me da palabra de obedecerme ciegamente?

—Se la doy—repuso don Leonardo sin saber lo que decía.

—Bueno; pues como Dios no puede consentir que para salvar al cura perezca el hombre, ya que dejó al hombre apasionado y enamorado en pie dentro de la sotana, este hombre, a despecho de su profesión, tiene que mezclarse un poco más con el mundo, ver la vida más de cerca, que éste es el único medio de inmunizarse contra enfermedades como la que ahora le atormenta.

—Señora, por Dios...

—No olvide que se ha comprometido a obedecerme. Mañana mismo se encargará un traje-cito de frac y vendrá conmigo al teatro, y cuando llegue el Carnaval, que ya está cerca, a ver los bailes, a divertirse, o por lo menos, a ver cómo se divierten los demás, que la alegría es contagiosa y en el fondo de cada copa de champán hay una gotita de esa medicina de las almas atormentadas que se llama olvido. Después, cuando ya sea dueño de sí mismo, cuando pueda hacerlo sin riesgo para su persona, se acercará de nuevo a ella; pero no para vengar desdenes, sino para hacer a costa de ella su carrera.

—No, eso no, marquesa; no quiero verla.

—Ahora no; pero cuando ese corazón esté tranquilo, entonces sí; dentro de mi plan está el que entonces la vea y nos aprovechemos de su coquetería para despertar los recelos de doña Lambra.

—Y ¿con qué fin, señora?

—No quería decírselo; pero mi papel de madre me obliga a declarárselo. Ya he dicho a mis parientes y amigos qué quiero verle Obispo, y en cuanto usted se acerque a la princesa, doña Lambra nos ayudará con tal de mandarle a gobernar una Diócesis remota.

Don Leonardo sonrió tristemente y besó agradecido la mano rugosa de la *Dama Verde*.

Al calor de aquel cariño maternal se habían secado las fuentes de sus lágrimas.

XVIII

Don Leonardo había cenado con buen apetito; pidió café, que tomó muy despacio, y mandó acostarse a la mujer que tenía a su servicio.

Permaneció algún tiempo en el comedor, entretenido en hojear un libro, del que su imaginación estaba muy distante.

Cuando sintió que apagaba la luz su doméstica se fué a su cuarto, cerró la puerta con el pestillo y nerviosamente se despojó de su ropa talar, sus zapatos con hebillas y su alzacuello.

Encendió un cigarro como para dar paz a sus nervios; se afeitó cuidadosamente, se limpió la briosa dentadura pastoril y se abrigó con una pomada el cabello, que se había hecho cortar casi al rape para que no destacara la corona, descuidada de intento desde muchos días antes.

Abrió la maleta que contenía sus galas seglares. Con unas perlas de las que le regaló la marquesa ajustó la pechera de su camisa radiante de blancura y abrigada como un esmalte. Dos pares de perlas un poco mayores, engarzadas

por sendas cadenillas de oro, sujetaron los puños sin hacerles perder flexibilidad ni soltura. Anudó al cuello rígido una corbata blanca y cambió su pantalón holgado y corto por otro de paño finísimo negro, que se ajustaba a su talle primorosamente y caía recto y marcial, orlado de un galón de seda negra en las costuras extremas. Se calzó los zapatos de charol, impecables; envolvió su cuerpo en un chaleco de piqué, orlado de un cordoncillo negro que hacía resaltar la albura de la tela, y, por último, se puso el frac, adaptado a su cuerpo con tal maravilla, que más parecía obra de artista que de artesano.

Se contempló en el amplio espejo del armario y de sus labios brotó una sonrisa melancólica.

—¡Mujeres!—pensaba—. Despertad mi corazón con el conjuro misterioso de vuestros amores frívolos. Hacedme olvidar con vuestros besos húmedos y sonoros. Arrancad de mi pecho esta pasión que me arrastra a la muerte o al crimen... Dios, que no quiso crear el tercer sexo para reclutar en él sus milicias, me perdonará piadoso esta deserción de su servicio...

Alhajó sus dedos sobriamente; tomó de su gaveta una respetable cantidad de dinero que distribuyó entre todos sus bolsillos, perfumó su pañuelo, colgó de sus hombros la airosa capa azul con vueltas de terciopelo rojo, se tocó la chistera fulgurante y salió de puntillas para no despertar a doña Dorotea.

Ya en la calle, miró su reloj: eran las once y media; demasiado temprano para ir al baile; no abría el Teatro Real sus puertas hasta las doce.

Decidió esperar en un café próximo.

Pidió una copa de coñac y un cigarro habano. Al ingerir el último sorbo de aquel piadoso veneno dorado, que en su cerebro comenzaba a iniciar batalla contra sus melancolías, volvió a ver la hora; su reloj caminaba despacio; tenía tiempo para repetir la dosis de aquel delicioso analgésico.

En su cerebro comenzaron a lucir los fulgores de una aurora resueltamente optimista.

—Es interesante—pensaba—este aspecto de la vida. No debíamos nosotros formar dentro de la sociedad una clase tan aislada y hermética. El pecado, lo que en nuestra técnica llamamos pecado, no deja de ser, más que un producto social, un factor social que merece un estudio directo y objetivo. El sacerdote que adquiere su noción de un modo apriorístico no está en condiciones de asignar al pecado su verdadero valor y puede caer en la abominación de ser injusto en el Tribunal de la Penitencia.

¡Quién nos diera la virtud del armiño para pasar como él pasa por el fango de la tierra sin que la más leve salpicadura manche su piel de plata y luz!

Unos minutos después de las doce salió a la calle y sintióse inundado de una alegría bullicio-

sa que le impulsaba a decir flores a las mujeres y abrazar a los hombres, a cantar los himnos báquicos que oyera en su pueblo a los campesinos que pirueteaban en torno de las luminarias, en las vísperas de la fiesta mayor, y a declamar los romances amatorios que a su memoria se pegaron durante sus escarceos por el campo literario.

Recordó en aquel punto y hora los elocuentes sermones que había predicado contra el lujo, contra la gula, contra las orgías y contra los bailes, y se burló de sí mismo con una mueca regocijada.

Entró en el Real; depositó su capa en el guardarropa y contempló su esbelta figura en el espejo que cubría la pared terminal del angosto pasillo. Satisfecho de sí mismo, entró resuelto en la platea.

Una docena escasa de parejas danzaban sin cuidarse mucho de la preceptiva orquestal. Un ciento de hombres repartidos en los palcos vociferaba y cantaba como en los toros. No era aquel el espectáculo grandioso, fascinante, solemne, que había imaginado don Leonardo.

Por las puertas de acceso a la platea fluía una muchedumbre abigarrada en su parte femenina; tristemente uniformados los hombres. Como para dar carácter a la fiesta, gritaban todos; los más audaces daban saltos mortales sobre la alfombra o corrían sobre las barandillas de los palcos.

En los pasillos y en el salón-ambigú los fatigados de bailar comían, bebían y se besaban sin recato.

Así transcurrió la primera hora de la fiesta, sin que de ella destacara ninguna nota de sonorousidad ni de color.

Don Leonardo, fatigado de pasear entre las parejas danzantes, sin encontrar lo que como bálsamo para sus heridas buscaba, entró en el café y pidió otra copa.

Esta vez el alcohol, en lugar de aguijar su alegría, le produjo tristeza y pesadumbre. Le abrumaba el peso de los párpados, sentía en las sienes una presión extraña y en la nuca notaba como unas punzadas rítmicas que instintivamente hacíanle buscar un sitio en donde apoyar la cabeza.

—No es aquí—pensó. Y se dispuso a restituirse a su lecho celibatario.

Antes quiso dar otra vuelta por el teatro. Casi todas las mujeres se habían despojado del antifaz; en el abismo de aquella alegría contrahecha se había hundido el misterio más grato del festival.

A punto ya de ganar la puerta, le alcanzó una mujer, acaso la única que en aquel momento recataba su rostro.

—Ven acá—le dijo fingiendo la voz como es uso y costumbre—. Vamos a bailar; tengo que preguntarte una cosa.

—Pregunta lo que quieras y te contestaré como sepa; pero no bailo.

—Pasearemos.

—Vamos al restaurant.

—Como quieras. Ahora que te he oído hablar ya no me cabe duda. ¿Te has vuelto loco? ¿Es posible que San Leonardo se haya dejado corromper por el Malo hasta estos extremos?

—Señora...

—Recuerdo tus palabras como si las acabara de escuchar: «Elevad vuestras almas; no las arrastreis por el fango de la tierra; la inclinación a los placeres mundanos al punto se convierte en vicio y luego en pecado, y un momento de satisfacción ilusoria para el cuerpo, acarrea el tormento infinito para el alma...» ¡Qué bien lo decías! ¡Qué timbre más sugestivo el de tu voz! ¡Qué convicción en tu gesto! ¡Y pensar, lo que entonces a ninguna se nos hubiera ocurrido, que al subir al púlpito acariciaban aún tus oídos los compases del último galop!

—Te juro, mascarita, que es la primera vez...

—Y me jurarás luego que será la última. Hombreres, al fin y al cabo. Tontas de nosotras que os creemos seres sobrenaturales. ¿Con qué cara vas dentro de un rato a decir tu misa y acaso a subir a la Sagrada Cátedra del Espíritu Santo?

Aquí don Leonardo cayó en una perplejidad abrumadora y dolorosa. En su aturdimiento, sin saber lo que decía, dijo:

—No... ya no predico... ni digo misas... soy ya un hombre como los demás... si me amas... ya sabes... como los demás.

—¡Infamel ¡Perjurol!...— gritaba desolada la máscara—. ¡Vete, vete al infierno, monstruo! ¡Miserable!—Y cayó en un violento ataque nervioso que en un momento conjuró en torno suyo toda la concurrencia del ambigú.

Cuando le quitaron el antifaz para rociarle de agua la cara, don Leonardo cayó de rodillas clamando como un loco:

—¡Perdón, marquesa! ¡Perdón! Yo no podía suponer que hablaba con usted.

Y como la vió que empezaba a recobrar el conocimiento en brazos de su doncella, se retiró cautelosamente para evitar el ser descubierto por alguna otra persona.

Pero ya no se atrevía a salir del teatro sin tranquilizar a la marquesa y darle la seguridad más absoluta de que seguía perteneciendo a la Iglesia, y de que, aun cuando así no fuera, ningún peligro corría por el secreto que en confesión habíale confiado.

Vagó desolado por el baile. Sin inmutarse oyó las procacidades de las mujeres borrachas de alegría y de vino. Todos sus sentidos estaban entregados a la tarea de buscar a la marquesa para caer de hinojos a sus pies y jurarle sus respetos.

Al fin la descubrió en el lugar preferente de

un palco proscenio, rodeada de galanes, sonriente y con el rostro sereno, como si nada hubiera ocurrido. La miró suplicante y le contestó ella con un gesto de desdén.

Una lágrima humedeció sus mejillas y ya sin dudar dirigióse al guardarropa, tomó su abrigo, y, de prisa, como si alguien le persiguiera, se restituyó a su domicilio.

Unos minutos después, despojado de sus galas, sollozaba con el sombrío Tomás de Kempis:

«En resistir a las pasiones se halla la verdadera paz del corazón...»

XIX

La marquesa de Aldaiz, mujer hermosa, de agudo ingenio y poseedora de pingüe fortuna, empleaba todas estas armas que en su mano puso la suerte, para vengarse o desquitarse de las amarguras que acompañaron su adolescencia y su primera juventud.

Huérfana y pobre, la recogió su tía la marquesa, la educó en sus gustos y en sus costumbres, y como no tenía hijos ni otros parientes más cercanos, hízola heredera de su título y de su fortuna.

En vida de su tía pasó con ella por los salones sin saborear los homenajes a que le daban derecho su belleza y su juventud. Al través de las rúbricas de la fría etiqueta se veía considerada como una doncella preferente.

Mientras tanto, segura de su porvenir, aprovechaba el aislamiento en que la sumían aquellos desdenes para estudiar los factores de la sociedad que había de ser la suya, la que, al lle-

garle su día, la colmara de halagos y de adulaciones.

En su imaginación y en su memoria tenía un fichero en el que constaba del modo más minucioso la dirección literal de aquellos hombres y de aquellas mujeres para quienes por entonces nada era, y luego habría de ser el enemigo más odiado o el ídolo predilecto.

Murió su tía cuando ya contaba ella veinticuatro años, y de pronto vió realizados todos sus ensueños de triunfo y de fortuna.

Aquella multitud pegajosa y bien oliente, de cintura frágil y palabras suaves, la que atormentara sus mejores años con sus altiveces y sus desdenes, se apresuró a quemar en torno suyo el incienso de la lisonja; todas las mujeres quisieron hacer de ella la amiga preferida, y todos los hombres la amante o la esposa.

La joven marquesa aceptó escéptica la nueva situación. Desde la altura de su ingenio a nadie se negaba y a nadie se entregaba. Sabía apagar con un gesto, con una palabra, con una sonrisa, la llamarada de una pasión, dejando encendido el rescoldo de la esperanza.

Una grave complicación apareció de pronto, como una nube preñada de males, en su vida esplendente. Un joven, que se decía también sobrino de la marquesa difunta, cuya existencia permaneció hasta entonces ignorada en un oscuro rincón provinciano, bien pertrechado de

papeles, se presentó a disputarle el título nobiliario y los bienes de su vinculación, que eran la parte principal de su fortuna.

Nadie al principio le hizo caso; pero cuando se le vió asistido de un abogado hábil, y cuando el juez llegó a dictar providencias para evitar el que aquellos bienes se ocultaran o se vendieran, a su lado se formó un partido de personas influyentes: las que no habían podido lograr de la marquesa todo lo que a impulsos de sus concupiscencias se prometieran.

Hiciéronle sitio en los salones y hasta le prestaron ayuda económica para la más firme defensa de su derecho.

Un día circuló vertiginosamente la noticia de que el joven aspirante al marquesado de Aldaiz acababa de morir en un desafío.

En casa de la condesa de Altinas se permitió pronunciar juicios un tanto arriesgados sobre la conducta de su prima: el barón de Lobeiro, aspirante número X^o a la mano de la marquesa, sin que nadie pudiera evitarlo, le cruzó la cara de una bofetada; mediaron amigos inhábiles para obtener la reparación incruenta, y se desenlazó la tragedia, cuya trama recompuso a su gusto la maledicencia, pues de cierto sólo se sabe que el barón, que aquí andaba a la cuarta pregunta, mueve hoy en América un negocio de azúcares que representa millones de pesos.

La parte que de este suceso correspondió a

la marquesita de Aldaiz, era precisamente el secreto de confesión encomendado a don Leonardo, y por el que tanto temió al encontrarlo en el baile de máscaras.

Cuando ya se recobró plenamente de su ataque nervioso, bebió una copa de champagne con sus amigos en el palco, y mandó salir a todos, excepto a uno, a Diego López de Arlanza, capitán de Artillería, que a lo largo de una larga y fraternal amistad, muchas veces estuvo a punto de hacerla vacilar en su vocación de mujer soltera y coqueta.

—Cierra bien la puerta, Diego de mi alma— dijo con voz temblona—, y siéntate aquí, muy cerca de mí, que voy a contarte algo muy grave. ¿Te has dado cuenta bien de lo que acaba de ocurrirme?

—No te preocupes. En los bailes de máscaras están toleradas de antemano todas las groserías. Quien viene a ellos, a eso se expone. ¿Qué te han dicho?

—Nada. No se trata de eso.

—Y ese hombre a quien llamabas infame y canalla...

—No me ofendió.

—Pues no lo entiendo.

—Pero si es verdad que me quieres, te tienes que batir con él.

—¿Y el motivo?

—No importa. Me casaré contigo, seré tu

amante, lo que quieras; pero has de matarlo mañana mismo... no... matarlo, no... imponerle que salga de España inmediatamente.

—¿Te has vuelto loca? ¿No dices que no te ha ofendido?

—Pero es un peligro muy grave para mí.

—Sepamos de una vez. ¿Quién es ese hombre?

—Un sacerdote.

—Son hombres como los demás.

—Mi confesor. El y tú conocéis mi secreto. De ti estoy segura...

—Y de él puedes estarlo. ¿Qué importa el que haya tenido la debilidad o la fortaleza de venir a un baile de máscaras?

—Es que... ya no es sacerdote... ha renegado de su ministerio, y si es perjuro para sí mismo, ¿qué garantía tengo yo de que para mí no lo sea?

—Eso es otra cosa, amiga mía; pero es preciso que tú digas que te ha insultado gravemente.

—Lo diré. Te lo diré en una carta que recibirás esta misma noche.

XX

A lo largo de la larga noche, ni un instante pudo don Leonardo conciliar el sueño.

Pensó primero en la marquesa, en el medio de ofrecerle una satisfacción convincente y en el procedimiento, más difícil aún, de obtener de ella la promesa de que habría de guardar sobre la aventura del baile de máscaras el secreto más impenetrable.

La marquesa de Aldaiz no era impúdica, ni cínica, ni aun libertina, pero gustaba de hacer pública ostentación de sus atrevimientos, exaltándolos a favor de su imaginación ardiente y de su ingenio agudo.

En su insomnio veíala erguida y radiante en medio de su corte, referir lo acaecido, matizándolo con mortificantes agudezas.

¿Cómo impedirlo?

Entre los infinitos recursos de su inteligencia vigorosa no se ofrecía uno al desventurado clérigo que fuera capaz de salvarle.

Aquella aventura de colegial atrevido iba a ocasionar su ruina inevitablemente.

La marquesa lo contaría en Palacio y el predicador de Su Majestad caería estrepitosamente desde lo alto de la cátedra para estrellarse contra las losas de la Real Capilla.

Por otra parte, Su Ilustrísima, el obispo Avieso, su enemigo eterno, su implacable enemigo, aprovecharía la ocasión para hacer que le recogieran las licencias.

La broma de Carnaval tomaba cuerpo: un cuerpo aterrador. No se separaba él voluntariamente de la Iglesia: la Iglesia lo arrojaba de su seno de un modo violento y vergonzoso, sin dejarle otro camino que el de restituirse a su pueblo, encadenar su actividad a la esteva del arado y arrancar a los terrones del peculio paterno su modesta subsistencia.

¿Quién podía salvarle de tantos males? Ella, nadie más que Ella. Al recordarla se sintió como inundado por la luz que fluía de sus ojos dulces.

Sí; ella le tendería la mano piadosa que de aquel abismo sin fondo le sacara.

Le pediría una audiencia urgente, so pretexto de un caso de conciencia o de un pormenor de su ministerio; si su madre política, la esquinada y adusta doña Lambra, se obstinaba como de continuo en estar presente, haría abstracción de su desesperante vigilancia y caería a los pies de ella para decirle con el corazón en los labios:

Princesa, divina princesa: he luchado en vano contra este amor que avasalla mis sentidos y tortura mi alma. Sigo estando enamorado de Vuestra Alteza como jamás hombre mortal lo estuviera de mujer alguna; si es grave delito, matadme, que bien poco es dar por Vuestra Alteza mi vida, cuando ya he dado mi eterna salvación. Sé que desde el infierno de mi existencia no hay escala para ascender al cielo de mereceros. Princesa: reina y señora de mi voluntad, de mi corazón y de mi conciencia: no hay en mi cuerpo una gota de sangre que no os adore; no hay en mi cerebro un pensamiento que vos no inspiréis. Imagino a la Virgen con vuestro rostro; cuando hago el panegírico de las santas más preclaras de la Iglesia, sólo sé encarnarlas en vuestra figura perfecta, maravilla de Dios, que, con su sabiduría infinita, de la torpe arcilla humana sabe crear celestiales esculturas; cuando encomio la virtud y en el intento aciertan mis palabras, es porque la veo nimbada de la luz de vuestros ojos radiantes. Vuestra voz es la música que alegra las fiestas inefables del Paraíso; el perfume adormecedor de vuestro ser es incienso que queman las legiones de arcángeles; vuestra sonrisa es la aurora de un mundo nuevo, limpio y alegre. Sálveme vuestra piedad infinita, reina y señora de mi vida. Caí en el pecado, en la abominación, en la locura, por querer arrancar de mi pecho esta pasión sin ansias

de dominio, sin anhelos de posesión que hacia vos me rinde, que en la vuestra diluye mi existencia, que hace de vuestras miradas la comunión espiritual de mi alma, siempre arrodillada para rezaros la ferviente plegaria de este amor que es el ritmo de todos mis sentidos, de todas mis potencias, de todos mis pensamientos...

—Don Leonardo—llamó tímidamente la doméstica—, dos caballeros quieren hablar urgentemente con usted. ¿Qué les digo?

Saltó el sacerdote de su lecho, sobresaltado, como si aquel anuncio fuera incidente, matiz o episodio de una pesadilla, y ordenó que esperasen en la sala los importunos.

Lavó fuertemente su rostro y su cabeza con agua y vinagre, para borrar la huella de los perfumes que para aderezarse empleara la noche precedente; se vistió su sotana y su alzacuello y salió al encuentro de los visitantes sin apartar su pensamiento de Ella, de la evocada durante toda su noche de insomnio y a la que su imaginación apasionada acababa de confiar la ardua solución de su difícil conflicto.

—¿Es con don Leonardo de Rivalta con quien tenemos el gusto de hablar?—preguntó el más joven de los dos caballeros.

—Servidor de ustedes.

—No sé cómo empezar a expresarle el motivo de nuestra visita. Don Diego López de Arlanza, al encomendarnos esta honrosa misión,

nos dijo que, si bien había usted sido sacerdote, estaba ya separado de la Iglesia.

—Pues ese don Diego, a quien no tengo el gusto de conocer, está equivocado—repuso fría y serenamente el predicador de Su Majestad—. Sin embargo, pueden ustedes exponer su pretensión, seguros de que habré de atenderla, si ello está a mi alcance.

—Difícil es, señor Rivalta. Veníamos nada menos que a exigir de usted, en nombre de nuestro amigo, una reparación caballerosa...

—No entiendo lo que ustedes quieren decir. Sin embargo, los clérigos somos caballeros andantes de Dios y de su Iglesia, y a nadie podemos negar esas reparaciones, si son de razón y de justicia.

—Usted mejor que nosotros recordará, sin duda, el incidente. La cosa es explicable, dados el sitio y el momento, pero no disculpable. Usted ofendió a la señora marquesa de Aldaiz, que, como sabe, es la prometida de don Diego López de Arlanza.

—No entiendo ni una palabra de lo que acaba usted de decirme. ¡Cómo y cuándo pude ofender yo a la señora marquesa, mi hija predilecta de confesión!

Don Leonardo subrayó su réplica con una calma y con una entereza que desconcertaron a sus interlocutores.

—Vamos por partes, señor nuestro. Usted es-

tuvo anoche, vestido con ropa seglar, en un baile de máscaras.

—¡Dios mío de mi almal ¿Es posible que la murmuración y la calumnia guarden tan escasos respetos para mis hábitos sagrados y para mi vida ejemplar y edificante?...

—Tenga la bondad de contestar de un modo concreto. ¿Estuvo o no estuvo anoche en el baile de máscaras del teatro Real?

—Señores míos: mucha paciencia me impone mi sagrado ministerio; pero no es tanta que me permita soportar tan vil injuria. Tengan la bondad de salir; guarden sus bromas juveniles y carnavalescas para gentes de su igual, y cuiden de no mezclar en ellas nombres tan respetables como el de la señora marquesa de Aldaiz.

Y erguido, sereno, radiantes los ojos de luz y energía, les mostró la puerta de la escalera, por la que salieron los dos, humillados, sin atreverse a modular una excusa.

XXI

Tampoco la marquesa pudo conciliar el sueño. Por su secreto, desde que don Diego encargóse de afianzarlo, ninguna inquietud sentía. La causa de su desvelo era la indignación que le había producido ver a aquel hombre, que vivía en olor de santidad, amado y respetado por todos, director espiritual de lo más florido de la aristocracia palaciega, degradarse y encanallarse en un baile de máscaras y confesar cínicamente que había roto todos los lazos que a la Iglesia le ligaran y quebrantado el juramento de emplear su vida en el servicio de Dios.

—Estos hombres—se decía—en la otra vida serán, sin duda, castigados con mayor dureza que todos los demás pecadores; pero en ésta debieran también de tener una sanción inexorable. ¿No fusilan al soldado desertor?... Dios me perdone si digo una herejía; pero Él, con su omnipotencia, es quien debiera velar por las infelices que vaciamos nuestros corazones ingenuamente ante el Tribunal de la Penitencia. Para estos ca

sos son los milagros: cuando alguno de sus ministros cae en la deserción y en el perjurio, si no fulminarlo con uno de sus rayos, por lo menos debiera dejarlo mudo, para que no pudiese hacer uso de nuestra confianza.

¿Quién me dice a mí que ese hombre, encenagado en los vicios, crapuloso, intemperante, no se embriaga un día en una reunión deshonesta de amigos y amigas y da a los cuatro vientos los secretos que durante años y años hemos ido encomendándole para que, con los poderes que de Dios tuvo, perdonara lo que en ellos hubiera de abominable?

No; no lo hará. Don Diego sabrá atar su lengua y pedirle garantías de su discreción.

Pasaron las horas lentamente. La marquesa repetía los incisos de su monólogo, sin lograr a favor de sus reflexiones conquistar la paz para su espíritu.

Un rayo de sol violó de pronto las tinieblas de su alcoba opulenta, y sacudió sus nervios fatigados.

Maquinalmente se puso de pie y envolvió las morbideces de su cuerpo en un quimono de seda.

—Necesito—pensó—, ahora más que nunca, buscar otro director espiritual, sabio, prudente y de edad avanzada, que haya triunfado ya de todos los peligros de la vida, que sus virtudes cultivadas en el viejo jardín de la experiencia le

hagan superior a los estímulos de todas las vanidades mundanas.

Pidió el baño y el desayuno; se vistió pausadamente; orló su rubia cabeza con la democrática mantilla, y a pie y sola dirigióse a la Capilla Real.

Una curiosidad hubo de asaltar a la marquesa de Aldaiz en el momento en que humedecía los dedos en la concha del agua lustral.

¿Quién y cómo sería el confesor heredero del puesto de don Leonardo?

Y encaminóse decidida a desvanecer su duda.

Cayó de rodillas junto al mismo confesonario, en el mismo sitio en donde se postraba casi todos los sábados para hacer la piadosa mundificación de su conciencia; dejó caer su vista negligentemente sobre su perfumado libro de rezos, y unos minutos después, sin alzar los ojos, enteróse de que un sacerdote acababa de acudir a ofrecerle sus espirituales servicios.

—Ave María Purísima—dijo con voz temblorosa la marquesa.

—Sin pecado concebida—repuso el sacerdote sin reconocer por el momento a su feligresa—. ¿Cuánto tiempo hace, hija mía, que no te has confesado? ¿Cumpliste la penitencia que te fuera impuesta?

La penitente callaba con obstinación que al sacerdote parecía inexplicable.

—Habla, hija mía, habla, contesta. La miseri-

cordia de Dios es infinita para con las almas que se humillan ante su Santo Tribunal.

—Pero— repuso perpleja la marquesa—¿es posible que sea usted don Leonardo?

—Y tú, ¿por qué dudas, hija mía? ¿Cómo has podido temer que ni por un momento abandonase yo tu alma, tan necesitada de mi dirección?

—Basta, basta, por Dios, don Leonardo. Jamás creí que fuera usted tan, tan... no me atrevo en este sagrado lugar a pronunciar la palabra justa.

—¿Qué dices, hija mía? ¡Sin duda Satanás te ha poseído y habla por tu boca! Reza, hija mía, reza, que la oración es el mejor bálsamo para los dolores del alma. Piensa en el que murió por nosotros, en los divinos misterios de su vida y de su muerte gloriosas.

—Don Leonardo, por Dios, por ese Dios que invoca, selle sus labios, que al nombrarlo le ofende.

—¿Es posible que hasta tales extremos hayas perdido la razón, hija mía? ¿Qué hice yo para merecer el que así me mortifiques?

—¿Le parece poco? Rasgar sus sagradas vestiduras, desligarse de sus sagrados juramentos y presentarse en una execrable orgía mundanal.

—¡Qué dices, hija mía! ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¡Anochel... ¡En el baile demáscaras!...

—¡Calma, hija mía, calma! Sin duda el Malo ha decidido empañar con su aliento ponzoñoso

mi reputación y torcer mi camino. ¡Qué desgracia! No eres tú la primera persona que hoy, en la mañana todavía naciente de hoy, tal abominación me imputa.

—Pero ¿cómo? ¿Va a negarlo? ¿Va a negármelo a mí?...

—Claro que lo niego, hija mía. Si crees haberme visto en ese lugar de deshonestidad y de pecado, te engañaron tus sentidos. Fué tu conciencia la que evocó mi figura para mortificarte y llamarte a la virtud.

—Padre, no lo niegue. Recuerde que estuvimos juntos, que hablamos... Si se arrepintió y ha vuelto presuroso a pedir a Dios perdón por su flaqueza, lo celebro con toda mi alma; pero no me niegue que anoche estuvo en el baile...

—Créeme, hija de mi alma, que sufriste una alucinación. Te juro que ni un momento me aparté de mis más caras e intensas devociones.

—Basta, don Leonardo, basta; ese juramento hace vacilar mi convicción; pero créame que, puesta en el tormento, hubiera muerto en el martirio asegurando haber hablado con usted anoche en el Teatro Real. Y aún estoy por decirle que todavía...

—No, no dudes, por Dios, que ya hoy, como te digo, otras personas me han hablado de lo mismo. Se trata tal vez de un fenómeno psíquico. Tú eres un poco histérica; no me viste tú; me vieron tus nervios desligados de la discipli-

na de tu razón, y a quienes estaban contigo les hiciste creer en mi presencia. El caso no es nuevo ni extraño. Son muy curiosas las manifestaciones de la histeria. Puede haberse dado también el caso de un desdoblamiento, y que a favor de él vieras y hablaras con mi doble. La ciencia va ya desplazando estas cosas de los archivos de lo maravilloso. Yo te daré libros de Allan Kardek y referencias copiosas de Eusapia Paladino.

—Sí, padre; algo he leído y he oído hablar de esos fenómenos. Sin duda tiene usted razón. Fué una ilusión de mis sentidos o fué un caso de desdoblamiento. No es posible otra cosa. ¡Qué tranquila me voy, ¡padre de mi alma! No traía hoy más pecado que el de haber nimbado un momento el fulgor de sus virtudes con la sombra de mis dudas. ¡Perdón, padre mío, perdón!...

XXII

La transformación que hubo de sufrir don Leonardo de Rivalta fué radical, completísima.

Gustaba más del atavío de seglar que del de clérigo; vagaba por las calles atisbando y acechando los placeres; frecuentaba los espectáculos y decía picarescos requiebros a las muchachas.

Cumplía, sin embargo, con puntualidad los deberes de su ministerio, y cuando se le ofrecía ocasión de predicar, hacíalo con más fuego y con mayor acierto, pues en sus pláticas sabía poner los nuevos matices y los novísimos reflejos de vida que asimilara en su reciente trato con el mundo.

Para sus correrías había encontrado un excelente compañero: el padre Cañas, capellán también de Palacio, *castizo* como él solo, según decían las camareras de «La Giralda», en donde era punto fuerte.

La revelación del padre Cañas fué curiosísima. Embutido en su parda sotana, para todos hu-

biera podido pasar por un asceta. Entraba en la Real Capilla con la vista baja, saludaba con un gesto, miraba la Epacta y se vestía con arreglo a rito.

Cuando le tocaba confesar, se pasaba las horas solo en su mística jaula; las devotas huían de él porque tenía fama de ser demasiado rígido en la imposición de penitencias.

Don Leonardo apenas si había hablado con él más de aquello que la cortesía elemental no dispensa. Un buen día, fué con uno de sus amigos profanos a tomar café a «La Giralda». En el establecimiento había un cuartucho interior reservado para los parroquianos más asiduos, del que llegaban al salón principal rasgueos de guitarra y *jipíos* flamencos.

Consuelito, la camarera gitana, vió nimbado de curiosidad el rostro de don Leonardo y le dijo zalamera:

—Ven tú también, negrito; son amigos de confianza.

Y pasó.

Al tirar de la mampara, sus ojos espantados contemplaron al padre Cañas, sentado sobre una mesa, que entre falsetas y gorgoritos se acompañaba esta copla:

Cuatro cuartos me da el Rey
y con ellos me mantengo;
le pago a la lavandera
y me sobran tres y medio.

Lejos de sobrecogerse, concluyó el cantar con todas las solemnidades de rigor, escanció luego una copa de perfumada manzanilla y, puesto en pie, a modo de brindis, dijo a su compañero:

—¡Bien venido, Padre Santo de mi alma! ¡Que tu guapeza y los buenos años entren muchas veces en esta santa mansión! Bebe y adora al Dios que lo crió, que esto es más bueno que el caldo del cocido. ¿Estás a gusto?

—A tu salud—repuso don Leonardo, puesto a tono y después de haber vaciado la copa de un sorbo.

—¡Bien, compañerito, bien! ¡Viva el clero castizo! ¿Qué te ha parecido la coplita? Es cuartera, de soldado; pero ¿a que te gusta? ¡Di que sí, no seas hipócrita! Tampoco a ti te dan más que cuatro cuartos; pero no te quejas porque eres lo que eres; yo soy republicano.

—Hombre, yo, a decir verdad, no soy político.

—Ni falta que te hace; pero lo que yo digo no es cuestión de política: está en la Historia Sagrada.

—Compañero, no blasfemes.

—¡Ignorante! ¿Quién fué Saúl?

—Un rey de Israel.

—¿Y antes?

—No recuerdo.

—Pues era un pastor que cuidaba de unos borricos; los perdió; comenzó a llorar y se le apareció Dios para consolarlo. Cuando estaba

en esta faena, llegaron unos aldeanos para pedir al Señor que les diera un rey. El Supremo Hacedor se puso un dedo en la frente y exclamó: «¡Ya está! ¿Queréis un rey? Pues aquí lo tenéis: don Saúl Pérez Etcétera. Y tú ¿no buscabas unos burros? Pues aquí los tienes: el tío Trincao, el tío Cincha y el tío Torcate.» Por aquella gracia de Dios son las monarquías de origen divino; pero estaría mejor la fórmula: «Rey, por la guasa de Dios»...

Aquello era demasiado fuerte para don Leonardo. A favor de un gran esfuerzo sonreía; pero de lo que sentía vivos deseos era de tomar por el brazo a su compañero y apartarlo de aquel antro.

El padre Cañas, que ni era torpe ni estaba por completo embriagado, vió la contrariedad de su compañero y cambió rápidamente de tema.

—Vamos a ver: ¿cuál de ellas te gusta? ¿Consuelito?... Pues tírala un *rentoy*.

Don Leonardo hizo palmas y se le acercó la Golondrina, que era la decana de la servidumbre:

—¿Yamábaiz?

—Sí—repuso solemne don Leonardo—; sírvete un *rentoy* a Consuelito.

Rieron todos a borbotones, y el padre Cañas aprovechó un claro de aquella tormenta de alegría para abrazarlo y decirle:

—¡Me caso en la mar, qué güeno has estado!

¡Cómo se conoce que no es esta la primera rata que apiolas! Servidor y capellán te felicita; toma lo que quieras.

—Pues ¿qué he dicho?—preguntó ingenuo don Leonardo.

—Eso del *rentoy*, hombre, eso del *rentoy*. Tiene más gracia que las tres Marías. ¿Tú sabes lo que es un *rentoy*?

—Me lo figuro: un pastel, un ramo de flores, un sorbete; no sé.

—Anda, niño, con tus iguales. ¡Las que se trae aquí este curital!

Las camareras coreaban lo del *rentoy*, y entre sonoras carcajadas se lo iban diciendo al oído a toda la concurrencia. Unos minutos más tarde, cien hombres curiosos se agrupaban a la puerta del reservado para conocer al del *rentoy*.

Don Leonardo, encendido el rostro de vergüenza, salió sin despedirse ni aun de su compañero.

Pero los chatos de manzanilla habían desenvuelto todas sus mágicas virtudes, y al andar por la calle sentíase inundado de una alegría crepitante y fuertemente aguijado por el deseo de cantar, de hacer piruetas, de recitar endecasílabos.

Llegó a su casa y no pudo reprimir un gesto de disgusto al contemplar la marchita figura de doña Dorotea, que le abrió la puerta, y compararla con la pizpireta y gallarda Consuelito, cuya

conquista habíasele malogrado aquella tarde, y tal vez para siempre, a causa del maldito *rentoy*.

—¿Qué será un *rentoy*?—pensó. Y se dispuso a mirarlo en el Diccionario de la lengua.

Pero de su propósito le desvió una carta colocada, según costumbre, sobre la carpeta de su escritorio.

—Del Obispo Avieso—se dijo al rasgar el sobre—. Sin Tarasca no hay función. Veamos lo que dice el ave de mal agüero.

Eran pocas líneas, pero expresivas:

«Aun cuando no depende usted de mí, puesto que la Real Capilla goza de jurisdicción exenta, no por eso, como buen Pastor de Nuestra Santa Madre Iglesia, dejo de preocuparme por las ovejas que se extravían, sean o no de mi majada.

»En cuanto a usted, además, media el encarecimiento con que me lo tiene recomendado mi gran amigo don Ildefonso.

»Rectifique su vida; enderece su camino. Hay manos blancas que mueven fuertes aldabones en demanda de una mitra para usted, y como tarde o temprano han de conseguirla, me pondrán en el caso de instruir el expediente *de vita et moribus*, y, por consecuencia, de registrar en él todas sus andanzas y todos sus pecados.

»Alguno, como el referente a Encarnita—ya ve usted que lo sé todo—, podría perdonársele, en gracia a que fué cometido en la edad de los grandes impulsos; pero hay más, muchísimo más.

» Cuide su alma y su conducta y ponga al servicio de Dios los dones prodigiosos que se sirvió concederle...»

Don Leonardo, nerviosamente, hizo añicos la carta de Su Ilustrísima.

—Ese miserable—dijo—, ese pseudo periodista, ese hampón, le ha ido con el cuento. No me importa, puesto que no quiero ser Obispo; estoy mejor así. ¡Ya quisiera el padre Avieso tener la libertad que yo tengo!

Sin embargo, le contrarió la admonición. Pensaba que sus aventuras profanas, y a veces bullangueras, fuesen cosa lícita y tal vez plausible, a juzgar por lo que subía entre las damas el nivel de su prestigio, a medida que iban siendo conocidas.

Ante su conciencia las justificaba también plenamente. Aquella vida, que no era de disipación, sino sencillamente de busca y captación de la alegría mundana, tenía un objeto noble y elevado: el de ayudarse a desahuciar de su pecho la pasión por Ella, que le había puesto a punto de cometer las mayores locuras; el de borrar para siempre de su imaginación la figura de Ella, que aún le atormentaba con demasiada frecuencia, aún daba crueles aguijonazos en su corazón y aún arrancaba de sus ojos amargas lágrimas.

—A no ser por ella—pensaba—yo hubiera seguido sujeto a las normas de moderación y de

templanza, y a ellas volveré cuando me sienta manumitido, cuando deje de ser su esclavo.

La marquesa de la Campa no había vuelto a atormentarle con sus exacerbaciones sexuales; fiel a su nueva línea de conducta, lo trataba como a un hijo, lo colmaba de obsequios, procuraba que nada le faltara, y cuando lo veía adentrarse demasiado en la baraúnda de la vida, llamábale, piadosa, la atención, rememorándole sus pretéritas virtudes.

Había formado esta extraña mujer el propósito de hacerle Obispo, y para ello, según la referencia exacta del padre Avieso, llamaba sin descanso a los más fuertes y dorados aldabones.

Pero ya no lo intentaba con el propósito de hacerle salir de Madrid a gobernar una Diócesis rural, para que la paz del campo restaurase la de su corazón, puesto que en esta reconquista iba ganando mucho terreno sin abandonar la Corte.

Ahora ya su móvil era otro bien distinto. Hábiale como adscrito a su casa señorial, y buscaba en su mitra un nuevo elemento decorativo.

-- Ya está todo arreglado, hijo mío—le dijo una vez, al recogerlo en su casa para llevarlo de paseo en su automóvil—. Dentro de un par de meses serás Obispo, por ahora *in partibus*, para que te quedes aquí. Cuando yo me muera lo dejaré todo arreglado para que salgas a gobernar una Diócesis; la que te dé la gana.

—¡Señora, por Dios!—protestaba él, acongojado—. No me meta en esos berenjenales. No quiero pasar de aquí. No quiero ser más que un cura modesto y un predicador aceptable. No sirvo para esas rigidices ni para esos atildamientos que impone la mitra. Dejémoslo para cuando sea más viejo...

—Entonces, hijo mío, serás Cardenal, y quién sabe si el Espíritu Santo te prestará sus alas para que vuelas más arriba. Por de pronto, ya sabes lo que Dios dice: «ayúdate y te ayudaré».

Don Leonardo callaba, reservándose el propósito de no asentir a aquella exaltación prematura, por amor a su libertad y por miedo al expediente de su vida y costumbres, que habría de ser, indefectiblemente, encomendado al Obispo Avieso.

Por si alguna vacilación hubiera sentido, una carta de su gran amigo, el bondadoso don Ildfonso de Alburquerque, llegó con gran oportunidad para mantenerlo en su propósito.

«He sabido—decía—que a todo trance quieren elevarle a la dignidad episcopal. La alta política, que todo lo puede, va a deshojar sobre su frente las rosas del favor, y muy pronto será usted Obispo *in partibus infidelium*.

»Decline la merced con la mayor energía. Ese honor es una celada dispuesta por el Diablo, que anda suelto por la tierra, y a veces tiene el humor de tocarse con una mitra...

»Muy joven es usted y condiciones intelectuales le sobran para todo. Ya llegará. No se precipite.

»Eso que, al parecer, es triunfo y motivo de regocijo, es el mayor de los males que pueden amenazar su vida. El padre Avieso me ha escrito para rogarme que influya sobre usted, con el fin de que arregle su vida, *desordenada* y *crapulosa*. Sé, por otro conducto, de esos desórdenes, que no son sino pecados veniales hasta hoy. Vino usted a la Iglesia, que debe ser milicia de hombres maduros, demasiado pronto. Era grande el fuego juvenil que debiera sofocar el hielo del ministerio. ¡Si antes hubiera usted sido, como yo, jefe de Artillería!...

»Pero al diapasón de los años se acordarán un día los gritos de sus sentidos. Lo que la vida suele dar en Otoño, no hay que forzarlo para que lo dé en Primavera, que si a darlo llegase, habría de ser insípido y desmedrado.

»He leído, al revés, como tengo por costumbre, la carta del Obispo Avieso. En ella aparenta indignarse porque viste usted de seglar con demasiada frecuencia, pasea en automóvil con una dama respetable, va al café y a los toros, y—esto, al parecer, le saca de quicio— estuvo en un baile de máscaras y no volvió la espalda a una aventurilla novelesca que asaltó allí su camino.

»Por todo esto quiere Avieso que yo le re-

prenda y le amoneste: no me da la episcopal gana de hacerlo. Tengo la seguridad de que encargado él de hacer el expediente famoso, con el que tanto amenaza, no se atrevería a consignar allí estas memeces...

»Pero hay algo más en lo que parece no parar la atención, y es en cambio, a mi juicio, el arma que se reserva para inutilizarle si la ocasión se le ofrece. Por eso decía que he leído al revés su misiva.

»Explíquemelo pronto y con toda claridad: ¿Qué es lo de Encarnita? ¿Se trata de violación o estupro? ¿Cómo fué tan poco cauto para que el hecho llegara a manos de periodistas?

»Si el pecado existe, es grave y por él tendría que reprenderle severamente. Deduzco que algo hay, que lo que hay lo tiene Avieso bien documentado y que éste será el punto cardinal del expediente terrorífico.

»Si de verdad ha caído en esta debilidad monstruosa, repare su falta como pueda, borre sus huellas y no dé su asenso a la mitra ni puesto en el pótro, hasta que no sea otro hombre, sobre el que tengamos más ascendiente, quien haya de examinar su vida y sus costumbres.»

XXIII

¡Qué cosa más rara! Cuando, terminada su obligación, deponía don Leonardo el alba y la estola en manos del sacristán para que las guardara, un lacayo de la real servidumbre le anunció que, como antaño, tenía servido el chocolate en el comedor.

De tal modo, al escuchar noticia tan inesperada, la alegría precipitó el torrente de su sangre joven, que necesitó llevarse las dos manos al pecho para sujetar en su sitio el corazón.

¡Ella! Sin duda Ella sentía de nuevo el deseo de mostrarse a su contemplación radiante de hermosura.

Nervioso, agitado, convulso, irrumpió en la estancia, impaciente por encontrarla, por oír las dulcísimas armonías de su voz, por bañar su espíritu en la tibia luz de sus ojos azules.

Ella le aguardaba ya sentada junto al sillón frailerero que estábale destinado.

—¡Princesa!—gritó cayendo de rodillas y cubriéndole la diestra de apasionados besos.

—Sea discreto, padre, sea discreto. Ya sabe que nos espían—repuso ella sin poder imponerse a la emoción que hacía temblar su voz.

—¡Qué felicidad, princesa de mi alma! Ya había renunciado para siempre a esta dicha.

—¿Luego no creyó en mis promesas? Esa es una injuria que debía yo castigar severamente.

—Sí, sí, castígueme: que tenga yo siempre algo de Vuestra Alteza: la dicha o el dolor, es lo mismo; un destello de vuestra voluntad que sacuda mis nervios, un fulgor de vuestra alma que me fulmine, que me abraze.

—¿Pero aún estamos así, don Leonardo?

—¡Y cómo hemos de estar, Princesa! ¡Si son estos mis ojos desventurados los mismos que por primera vez la vieron!

—Pues ahora, en el camino del triunfo, tiene usted una nueva dificultad, más ruda y más fuerte que las otras.

—¿Cuál, Princesa?

—Que no le creo.

—¿Es posible?

—Esté seguro de ello.

—Y ¿qué hiee yo, Princesa de mi alma, para merecer tan duro trato?

—¡Pchel! ¡Lo que todos! Desertar de las legiones de la constancia y pedir asilo en los cuarteles del olvido. Eso hacen los hombres, mejor dicho, eso hacemos todos.

—Yo le juro, señora...



—No, no jure, que en la vida es pecado y ripio en el amor. Conozco todas sus andanzas y todas sus aventuras.

Don Leonardo enrojció y bajó al suelo la mirada. Ella prosiguió implacable:

—Sé de una jamona que le adora y sé también que ella no tiene motivo para llorar dedenes. Como la pobre mujer no es muy exigente, mi buen curita salva del martelo pedacitos de corazón para repartirlos como flores entre otras aves de paso. Conozco sus aventuras del baile de máscaras...

—¡Por Dios, Princesal

—¿Qué? ¿Va a contarme la fábula que colocó a los demás? ¿He de comulgar yo también con la rueda de molino del desdoblamiento y los fantasmas?

—No, Princesa, no. A Vuestra Alteza le diré la verdad si le interesa conocerla.

—¡Si ya la sé! Que estuvo usted en el baile, que bailó, que amó, que bebió y que se divirtió como los hombres.

—¡Qué equivocada está Vuestra Altezal

—¡Vamos, sí! ¿A que fué allí mi gentil capellancito para hacer penitencia o para ver de cerca los pecados del mundo?

—¡Líbreme Dios de decir herejía semejantel

—Pues explíquese. ¿Qué se le perdía a mi padre espiritual en un baile de máscaras?

—Señora, le he prometido la verdad y voy a

decírsela. Me llevó allí un momento de despecho. Hay quien para curarse una pasión incurable toma un veneno, y yo me sentí atraído por ese veneno de las almas.

—No sea hipócrita.

—Déjeme hablar Vuestra Alteza y verá cómo no lo soy. La vi en el palco de los toros nimbada por el gozo que le producían los galanteos y las discretas caricias de aquel extranjero; supe que la confesión cordial y solemne de mis ansias, de mi cariño puro, exaltado y místico, había servido en Palacio de mofa y de chacota; no dí crédito a mis sentidos, y cuando me acerqué a estos lugares santificados para mí por Ella, por la divina gallardía de su cuerpo, por la música de su voz, por la luz celestial de sus ojos, por el contacto inefable de sus manos, me encontré desahuciado de su presencia, confinado en las lobregueces de la Capilla y en la sórdida sacristía, sin que Ella tuviera la piedad de acercarse un momento, aun cuando fuera furtivamente, a mí, que la aguardaba con el corazón lacerado por todos los dolores, durante horas interminables de angustia, en el sitio que habíamos convenido.

Pensé en la muerte; pedí también a la muerte sus trágicos consuelos; marché a encontrarla y en mi camino me detuvo un destello de remotísima esperanza; quise huir de aquí, pero me faltó decisión; y por eso encomendé al tor-

bellino de la vida la misión de arrastrarme.

—Y ¿le arrastró?

—¡No, Princesa de mi alma! Jugaron conmigo las ondas sepultándome en sus profundidades tenebrosas, llevándome ciego hasta más allá de los dominios de la vida; pero siempre devolvían mi pobre corazón a la misma playa, al altar de la Esperanza, débil y remotamente iluminado por la silueta radiante de Ella, que jamás se desprendió de mi voluntad, de mi entendimiento ni de mi memoria.

—Y hoy ¿no se siente feliz al ver convertida en realidad esa esperanza?

—¡Princesa, por Dios! ¡No me atormente! Ha sido ya demasiado cruel conmigo. Déjeme adorarla en silencio, a distancia, como adoramos a los santos. No me arranque de nuevo confesiones ni palabras que sólo sirvan para alimentar el buen humor de esta turba cortesana incomprendiva, insensible y frívola.

—No sea injusto, don Leonardo, al rememorar lo ocurrido. Si en ello hay culpa, es exclusivamente mía.

—Y ¿no hubiera sido más humano desengañarme o sellar mis labios para ahogar su declaración en mi pecho, aun cuando su fuego hubiera de abrasarme el alma?

—No; yo le oí de buena fe y le hablé ingenua y sincera; pero nos escuchó doña Lambra, como siempre, y tuve que adoptar ese gesto para des-

armar sus iras. ¡Desdichado de usted y desdichada de mí si Dios no me hubiese inspirado ese acierto!

—¿Es posible que esto no sea un sueño confortador que venga para resarcir mi alma de tantos y tan agudos dolores como ha sufrido?

—No, don Leonardo, no; no soñamos, vivimos, y, para que recobre por completo su calma y su confianza en mí, quiero además decirle que con el fin de dar a doña Lambra una demostración de mi indiferencia para con usted y de fortificar mi gesto, me resolví a coquetear públicamente con aquel extranjero, que en ningún aspecto llegó a interesarme.

—Y yo, Princesa, ¿le intereso? ¿Me perdona esos malos pasos y esas aventuras que me atribuye?

—No, no le perdono; no puedo perdonarle. Ha dudado de mí...

—No, eso no, le aseguro que ni un instante dudé. Nada me he prometido; nada me propongo alcanzar que sirva de recompensa a mis afanes. No pedí a Vuestra Alteza que me correspondiera. Por eso no podía dudar. Renuncié a la oración oral a vuestras excelencias, a la confesión auricular de mis anhelos, que tanto mitigaba los tormentos de mi pobre corazón, para entregarme con toda mi alma a la oración mental, que, permítame que esto se lo jure, ha sido la obra permanente de mi cerebro, sin que en

ella se permitièse hacer altos ni paréntesis, ni cuando estuve en el baile, ni cuando fingí amar, ni cuando simulé dejarme seducir y absorber por todos los placeres de la vida.

—¡Pobrecito mío!

Don Leonardo, al sentirse acariciado por aquella voz dulcísima que su imaginación de enamorado había hecho resonar constantemente en sus oídos, no pudo contenerse y volvió a caer de rodillas para acariciar con sus besos y con sus lágrimas la mano primorosa de la princesa Elena.

—Sea discreto, amigo mío, sea discreto — le amonestaba ella con dulzura mientras hundía su mano libre en la rizada maraña de sus negros cabellos, haciéndole perder el dominio de todos los sentidos al suave impulso de la caricia inefable.

—¡Es verdad!—exclamó dolorido al recobrase—. Olvidaba que sin duda nos espía doña Lambra.

—No, hoy no — repuso ella con alegre viveza—. Fué a inaugurar un asilo. Tardará en volver lo menos una hora.

—¡Una hora!—exclamó alborozado el capellán. Y enardecido, frenético, loco de pasión, tomó a la princesa en sus brazos robustos y sobre sus labios finos, sensuales, encendidos, derramó en un torrente de besos todas las ansias amorosas que habían atormentado su ser duran-

te unos cuantos años, vividos segundo a segundo entre las llamaradas del deseo, las fiebres de la duda, las angustias de la timidez y los agujones del recelo por las burlas que en su primera tentativa había tenido la desdicha de inspirar.

—Basta, basta—sollozaba ella—; déjeme, no sea impaciente, que pueden sorprendernos.

—¡No importa!—reponía él exaltado y arrogante—. ¡Que nos sorprendan! ¡Que me maten! ¡Qué feliz sería yo si me llegara la muerte en este momento! ¡Ya me otorgó la vida todos los bienes que le tenía solicitados! ¡Qué triste es volver ahora al mundo, descender a la tierra desde este cielo que tan generosamente me abrió sus puertas! ¡Gracias, gracias, Princesa de mi alma! ¡Qué feliz soy!

—Bueno, bueno; calle ya, sea prudente, piense en mí, vea que puede comprometerme.

—Sí, sí, es verdad; perdóneme, Princesa de mi corazón.

—Lámame Elena; hazme olvidar mi situación.

—Como quiera Vuestra Alteza.

—¿Qué es eso de Vuestra Alteza? Entiéndeme de una vez: Elena, y de tú.

—¡Elena!

—Eso; así. Ahora soy yo la que necesito hablar contigo, buscar en el tuyo la calma para mi corazón, que también tiene sus zozobras, tenerme a mi lado siempre.

—¿Cómo? ¿Y doña Lambra?

—Ya tengo yo mi plan. En cuanto seas Obispo, doña Lambra no se ocupará de nosotros. No le cabe en la cabeza que un Obispo pueda estar enamorado de una mujer.

—Pero eso es imposible.

—No; lo serás, y muy pronto.

Don Leonardo palideció.

—Déjeme, déjeme, Elena, vivir en mi humildad. Que tenga yo que elevar hasta el cielo mis miradas para encontrarla. Pensemos de nuevo en nuestro Monasterio, coronando el monte siempre verde.

—Eso es, precisamente, lo imposible. Como princesa católica, apostólica y romana, no puedo pensar en el divorcio.

—Pues seguiremos como ahora.

—No, no; serás Obispo, y te adscribirán a la Real Capilla, y estarás a mi lado siempre.

—Elena, por Dios, yo te suplico que no lo intentes... Castigaría Dios muy severamente mi ambición.

—¡Pero, si es cosa mía, exclusivamente mía!

—No importa; yo debo ser fuerte y rechazar un honor que no me corresponde.

—Tú harás lo que yo disponga.

—Y aún no tengo la edad; me falta lo menos un año.

—Habrás dispensa.

—No, alma mía, no. No destruyamos la santi-

dad de nuestro cariño mezclando en él vanidades y concupiscencias.

—No hay más remedio; la disyuntiva es terminante: o renuncias a esa humildad pueblerina, o renuncias a mí.

—¡A ti, de ningún modo! Pero seamos prudentes; por lo menos, esperemos a que cumpla la edad canónica. Neguemos ese arma a nuestros enemigos.

—¿Ves cómo no me quieres?

—¡Elena, por Dios!

—¡Claro! Te ofrezco el medio de llegar a mí y lo renuncias.

—No, eso no; me es muy doloroso el que una sombra de interés oscurezca el fulgor de mi cariño.

—Bien; quedamos en que mando yo, y nada más. Nos hace falta una mitra. No hay otro pararrayos posible contra las centellas de doña Lambra.

Los clarines y los tambores de la guardia batieron una marcha cortesana, y sus acentos hicieron comprender a los amantes que había llegado el momento de poner al idilio precipitado fin.

La princesa Elena guió a don Leonardo hasta una escalera excusada, por donde pudo salir sin riesgo de encontrarse con doña Lambra y su séquito.

XXIV

Siguieron los días gratos de un idilio intenso, apasionado, feliz.

Elena, la compleja y arbitraria, la que a la vez sabía ser frívola, reflexiva y banal, había llegado a enamorarse de aquel hombre.

Su fecundo ingenio le facilitaba recursos y expedientes para acercarse a él a hurto de la pertinaz vigilancia de doña Lambra y a cubierto de la maledicencia cortesana.

Como ya el confesonario no podía ser lugar de refugio contra estos peligros, recabó la princesa de su médico el que le prescribiera largos paseos matinales como tratamiento adecuado contra la melancolía que invadía, naturalmente, siempre que pasaban más de veinticuatro horas sin haberse procurado la satisfacción de verle.

Dictóse la receta en ocasión admirablemente buscada, de que otro doctor indicase a doña Lambra la necesidad de retraerse en sus habitaciones hasta bien avanzado el día, a causa del

estrago que las brisas matinales podían ocasionar, y de hecho producían, en su organismo, contundido por los años y por los sufrimientos.

A punto de las siete salía sola, con atavío de modesta burguesa, en una berlina, sin emblemas ni cifras, que guiaba un viejo cochero, muy adicto a la Princesa.

Encaminábase unas veces al Retiro, a la Moncloa otras, y otras a la Dehesa de la Villa; en una ombría recóndita dejaba el coche y avanzaba, bravía, por entre los árboles y los arbustos.

El galán atisbaba siempre su llegada, veíala sustraerse a las miradas de su servidor y de los curiosos, y en momento propicio acercábase a ella, y, puesta en tierra la rodilla, besábala la mano con rendido apasionamiento.

Luego paseaban, siempre entre las sombras, durante largas horas, que para ellos eran como esas fracciones inmensurables de segundo, de las que hablan los astrónomos.

Vestía él de seglar, pulcro y atildado; de color claro el traje matinal y las corbatas armonizadas siempre con el tono juvenil, alegre y atrevido de sus camisas de seda.

Cogidos de la mano unas veces, otras ciñendo él su talle con su brazo robusto, hablaban, hablaban de esas mil cosas triviales que se dicen a la vez con el corazón y con el cerebro, y que al rodar por los labios emprenden un vuelo

tan rápido que ya no es posible recogerlas para con ellas volver a deleitarse.

Mutuamente se pedían promesas de imposibles; reprochábanse puerilidades, reían de lo más serio, entristecíanse con lo que inspiraba risa, decidían acometer lo más absurdo, y concluían siempre sus bulliciosas chácharas demandando al héroe bíblico el conjuro que otro tiempo le sirvió para detener al sol en su camino.

Lo que no encontraban, por mucho que para ello atormentaban su pensamiento, era un medio de obtener de la realidad el sedante para sus deseos, exaltados hasta el paroxismo en aquella convivencia material y en aquella comunicación espiritual.

Ella no podía visitarle en su casa sin el aparato a su rango inherente; tampoco podía él ser recibido en Palacio en las condiciones de soledad y de misterio que se requieren para cosechar las delicadas flores del amor; pensar en una tercería era solemne disparate. Nadie sino el dios Azar podía resolverles tan angustioso conflicto.

—Es preciso—decía ella exaltada—que seas Obispo en seguida. Ya verás cómo entonces triunfamos de este imposible.

Y él, vuelto un instante a la realidad, palidecía y sentía correr un sudor helado por todo su cuerpo.

Un día, bajo el verde dosel y entre el verde

cortinaje de los árboles, se arriesgó a besarla en la boca sonoramente.

Estalló el chasquido del beso como un pistoletazo; en el instante se destacó de entre la maleza un guarda, y, enfilándolos con la carabina, les gritó furioso:

—¡Alto!

Elena lanzó un grito de terror y se arrojó en los brazos de su amado.

—Usted dirá—repuso arrogante el capellán.

—Yo no digo ná; en la Comisaría sus lo dirán. Echar pa alante.

—¡Dios mío!—gimió ella.

—Tendrá usted la bondad de decirnos por qué—repuso don Leonardo sin inmutarse.

—Por faltar a la moral.

—Le advierto que somos matrimonio.

—¡Como si sois la Biblia! A mí maldito si me importa. Hace muchos días que sus veo, y sus vengo siguiendo. ¡Ya sabía yo que teníais que caer! Pero no hablemos más; con la justicia y con la Enquisición, chitón. Echar pa alante.

—¿Y no puede tener esto un arreglo?

—Hombre, como arreglo, arreglo, pue que lo tenga. To lo tiene menos la muerte.

—Usted no sentirá un gran deseo de causarnos daño.

—Si fuera uno a cumplir con su deber, como dijo el otro...

Don Leonardo depositó en la mano callosa

del guarda un billete de cinco duros; éste se alejó, saludando muy cortés, y después de haberles indicado los confines de su cuartel para que procurasen no caer en malas manos.

Aquel incidente levantó un gran obstáculo en su camino, pues por nada en el mundo hubiera él vuelto a besarla con riesgo de una intervención de la autoridad en su apasionado cariño.

Hablaban, se devoraban con los ojos; pero ni aun a estrecharse las manos se atrevían. Era aquél como un nuevo suplicio de Prometeo, en el que el buitre mítico tuviera fuego en las garras y escupiera por el pico un licor corrosivo.

Con ello, la fiebre amorosa intensificábase en los dos de tal manera, que de continuo asaltaban las lindes de la locura.

—Elena—decía él—, no es posible que sin un soplo de divinidad haya podido la vida producir una criatura tan perfecta como tú. Esas estatuas ahijadas de la Fama, que nacieron de una maravillosa colaboración de la Naturaleza, el Arte y el Genio, no son tan hermosas como tú. En el Imperio mundial de la Pintura, no hay habilidad ni medio plástico para reproducir el matiz de tus labios, el brillo de tus ojos ni la nacarada transparencia de tu frente y de tus manos.

Hablas, y la luz celestial de una inteligencia suprema viste de luz tus palabras; en tu gesto, más aún que majestad, hay divinidad. ¡Elena de

mi alma! ¡Qué necio soy al describir tus encantos, que son como esas grandes verdades místicas cuya comprensión sólo facilita Dios a sus elegidos!

—¡Leonardo de mi alma!—replicaba ella—. Te aseguro que jamás conocí un hombre que a ti se pareciera. Eres gallardo y gentil como un cortesano del siglo xvi. Cuando me asomo al abismo de tus ojos negros, veo en el fondo las palpitaciones luminosas de tu corazón apasionado. Tus palabras son fragmentos de tu alma noble y generosa, que, como en una fuente encantada, borbotan en tus juveniles labios de fuego. Yo también te amo, Leonardo, con toda mi alma, con todo mi cuerpo, con todo mi ser. Te amo por tu belleza. Te amo por tu inteligencia. Te amo por tu nobleza; pero sobre todo te amo porque eres puro de corazón, de alma y de todos tus sentidos; porque triunfaste de todas las abominaciones de la sensualidad y del amor, para reservarme a mí la dicha de tu iniciación. ¿Crearás que desde que la Naturaleza se sirvió exaltarme a las dignidades de la pubertad, siento el deseo impetuoso del cariño de un hombre como tú, que con los ojos vendados, tembloroso de pudor, aborde, cogido de mi mano, el laberinto fascinador del templo de Venus? Ya ves cuánta será mi dicha al sentir que se hace mi ensueño dulce y placentera realidad, Leonardo mío.

A estos delirios esténicos seguía un silencio solemnísimo, en el que de los ojos de los dos fluían lágrimas, como efluvios del deseo que en sus corazones hervía.

La hora de la separación anudaba cruel sus gargantas, y contra el dogal terrible de la congoja tenían que luchar denodados para acogerse al rito de la despedida.

—Júrame, Elena, que me quieres con toda tu alma, que pensarás en mí durante estas horas de separación y que me verás mañana suceda lo que suceda.

—Júrame, Leonardo, que a nadie has querido como a mí, que estarás siempre cerca de mí y que son para mí todos los pensamientos de tu cerebro y todos los latidos de tu corazón.

.....

XXV

Un día llegó Elena a la cita matinal muy disgustada.

—Mira, Leonardo—dijo—, tú me estás engañando y eso no te lo perdono.

—¿Engañarte yo? ¿En qué? ¿Cómo? Habla, por Dios, no me intrigues ni me inquietes.

—Hay damas muy influyentes que se interesan por ti.

—No sé una palabra.

—Yo sí lo sé y por eso te lo digo. Esta mañana le tocaba despachar al ministro de Gracia y Justicia; yo lo sabía y le salí al encuentro para recordarle lo tuyo.

—¿Lo mío?

—Sí; lo del obispado.

—¿Aún insistes?

—Calla si puedes. El ministro, que por lo que verás no es un lince, ni un prodigio de galantería, ni un portento de diplomacia, me contestó: «Princesa, tengo verdadero deseo de complacerla y creo que podré hacerlo muy pronto; pero

no me lo agradezca más que a medias, porque hay otra señora que me abrumba con la misma pretensión.» Me parece que la respuesta no deja lugar a duda. Dime ahora mismo, de repente, sin detenerte a inventar una fábula, quién es esa dama.

—La marquesa de la Campa.

—No la conozco personalmente. ¿Qué tienes tú que ver con ella?

—En el orden de cosas que puede interesarte, nada. Por lo demás soy su capellán, me llama su hijo y, efectivamente, como una madre ha sido para mí en muchas ocasiones.

—¿Es vieja?

—Muy vieja.

—¿Hace mucho que la conoces?

—El tiempo que llevo en Madrid.

—Tienes que presentármela.

—En cuanto haya ocasión.

—Júrame que no me engañas.

—Te lo juro.

—Bueno, te creo; pero tomaré mis precauciones, y como llegue a cogerte en un renuncio...

—Mi soberana, la soberana de mi vida, me haría colgar de una almena o me entregaría al brazo secular de doña Lambra.

—Sí, tómalo a broma.

—¿Cómo he de tomarlo? ¿Es posible que cuando un hombre tan insignificante como yo ve descender hasta él la divina criatura colmada

de todos los dones, de todas las excelencias, de todas las cualidades, de todas las virtudes, de todas las prendas, pueda abrir para otro amor las puertas de su corazón? Se puede ser incrédulo; se puede ser ateo; lo que no se puede es creer sinceramente en dos dioses, aun cuando uno tenga la excelsa grandeza del nuestro y el otro la deforme pequeñez de un ídolo chino.

—Bien, bien; mi predicador le ha puesto el paño al púlpito.

—Elena de mi alma, no te burles de mí. Ya sabes que cuando te hablo todas las palabras me parecen humildes y todos los pensamientos mezquinos para ordenar una ofrenda digna de tu grandeza.

—Explicame: ¿cómo es esa marquesa de la Campa?

—Elena, por Dios, no me atormentes. Es vieja, como te he dicho; en ella ya no hay mujer; ni aun hembra hay; pero aun cuando fuera la diosa Venus, ¿cómo iba yo a ponerla en parangón contigo?

—No estoy tranquila hasta que no la vea y hable con ella y me diga por qué tiene interés en que te hagan Obispo.

—Pues, sencillamente, porque me quiere, pero con cariño maternal.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Mira que las jamonas son muy peligrosas;

he oído decir que sienten las pasiones con tanta intensidad como las adolescentes, y que poseen secretos de amor capaces para enloquecer a los hombres.

—Yo no entiendo mucho de esas cosas; pero lo que acabas de decir me parece una leyenda.

—¿Cuándo me la vas a presentar?

—No sé; cuando quieras; le aconsejaré, como su director espiritual que soy, que ingrese en cualquiera de las cofradías presididas por ti.

—¡Eso, eso! Así no resulta forzado ni buscando el conocimiento. ¡Qué bien discurre! Ya ves, estoy por decirte que lo que más me enamora de ti es lo listo que eres.

—Gracias, Elena; me adulas.

—No, no te envanezcas; déjame concluir.

—Concluye.

—Quería decirte que el talento se ofrece por igual a la admiración de todos; no es como la belleza, que puede ser opinable y discutida; por eso muchas veces pienso que todas las mujeres que te hayan oído predicar o hayan hablado contigo en el confesonario, sentirán por ti la misma admiración que yo y estarán también enamoradas de ti.

—¡Qué cosas dices! Mezclas chiquilladas con las sentencias más profundas. Sin duda, Dios, para exaltar y afianzar mi pasión, puso en ti dos almas: una, riente y juguetona, de niña feliz, y

otra, luminosa y ardiente, de mujer, mujer, con todos los superlativos del sexo: hermana, madre, novia...

—Tiene gracia... ¡Dos almas! ¿Y tú, cuántas tienes?

—Yo, ninguna; tenía una y te la dí enterita, para que no me la devuelvas, para que la lleves en tu corazón hasta que le llegue el día de volar al infinito entre las dos tuyas.

—Júrame que ni a la marquesa de la Campa, ni a ninguna otra mujer, has dicho cosas como esas.

—Elena, por Dios, yo te suplico que olvides ya a esa pobre mujer.

—Tienes razón; ya sé que me pongo muy pesada; pero no puedo evitarlo. Voy a ver si logro no hablarte más de ella.

Siguieron unos momentos de silencio, en el que los labios declinaron sobre los ojos la tarea de mantener vivo el fuego sagrado de aquel idilio. Ya en el horizonte feliz de los enamorados íbase esfumando la robusta figura de la *Dama Verde*, cuando el Diablo, disfrazado con las tocas quintañonas de la dueña Casualidad, hizo que la marquesa de la Campa, en cuerpo y alma, reclinada en los cojines de su landolet, cruzara a paso lento por la carretera que acababan de abordar los dos, cogidos de la mano.

Al pasar saludó con una sonrisa y una cortésana inclinación de cabeza.

—Ahí la tienes—dijo don Leonardo, a tiempo para que Elena pudiera examinarla a su gusto—; ésa es la señora marquesa de la Campa.

La princesa, con su vista de lince, descubrió en un asalto las arrugas veladas por el *maquillaje* y las canas ocultas bajo el cosmético. Después de su rápido examen volvióse a él, y le dijo, satisfecha:

—Te he molestado en balde y sin razón. Creí que era otra cosa.

Don Leonardo respiró, satisfecho.

Desarmado ya el aparato de tortura que habían montado los celos sobre el cimiento de las imprudentes palabras que se le escaparon al ministro de Gracia y Justicia, pudieron los amantes terminar felices su paseo y prometerse la indefinida prolongación de aquella dicha inefable.

Saltó ágil ella a su berlina y partió rápidamente, agitando desde la ventanilla un blanco y delicado pañizuelo de encajes, que en sus filigranas se llevaba prendidos los ojos del galán.

Cuando ya la perdió de vista, abordó la carretera para regresar a la ciudad.

Rememoraba, feliz, los instantes luminosos de las breves horas que junto a ella acababa de pasar; sonreía satisfecho, y, a veces, hablaba solo, como si aun estuviera en ocasión de decirle lindezas.

—Alto, alto, capellancito—le gritó la marquesa

al darle alcance. Y tendiéndole su diestra en-
guantada, prosiguió después de haber abierto la
portezuela:—Suba en mi modesto coche mien-
tras le llega la hora de subir en su carroza; no es
bien que un ministro del Señor, aun cuando a
veces se disfrace de ministro de Cupido, arras-
tre sus plantas por el polvo de la tierra.

Don Leonardo no pudo eludir el agasajo y
subió al automóvil, perplejo y contrariado.

—¡Qué bien montada tengo mi policia!—pro-
siguió locuaz la marquesa—. ¡Ya quisiera el
Gobierno tenerla así! Me lo dijeron y no quería
creerlo: «Todas las mañanas el capellancito
guapo y la princesa coqueta devanan las madu-
jitas del amor en el Retiro, en la Moncloa o en
la Dehesa de la Villa.» ¿Ah, sí? Pues yo he de
cazar al mirlo y a la alondra. ¡Y los he cazado!...
¡Qué poca vergüenza tenemos, Leonardito! ¡Vol-
ver a las andadas con esa mujer que de nuevo
se mofará de ti ante las cotorronas y los alcota-
nes de la Cortel... Hay gente para todo, hasta
para enamorarse del ridículo.

El sacerdote callaba, encendido de rubor el
rostro y secos los labios impotentes para modu-
lar en palabras una disculpa. Triunfadora, la
Dama Verde continuó su reproche:

—Y no es lo peor eso: cualquier día llegará
otro generalote extranjero para traer a su marido
el gran uniforme de gran prioste, de la gran
Orden de los Espantaperros daneses, y te lo

meterá por las narices como al de antaño, y tendrá que acudir la vieja marquesa a quitar el arma suicida de la mano de su ahijadito, el capellán enamorado, que no sabe serlo, puesto que claudica ante los desengaños más esperados y previstos.

—Perdóneme, señora, que no haya seguido sus consejos, inspirados sin duda en su bondad y en el cariño que me tiene; pero las cosas han cambiado mucho. Ahora estoy seguro de que la princesa me ama.

—¡Ahora! Di mejor que te amaba hace un instante, cuando estuvo a tu lado, y acaso estés en lo firme. ¡Sabe Dios a quién estará amando ahora!

—Señora, yo le suplico que no la juzgue así.

—Es cierto; me olvidaba de que a los enamorados no se les puede decir la verdad; hay que curarlos contra su voluntad o sin que se enteren, como a los locos. Por fortuna, esto ya toca a su fin; dentro de dos o tres semanas se firmará tu nombramiento y saldrás de este infierno, en el que voluntariamente te has metido, para gobernar una diócesis.

—No insista en crearme ese conflicto; estoy resuelto a no aceptar el cargo.

—Mi curita hará lo que yo disponga. ¡No faltaba más!

Llegaron al rancio caserón de la marquesa, que le tomó del brazo al bajar del coche y lo condujo a su gabinete.

Don Leonardo llegó al cariñoso secuestro sin darse apenas cuenta. Sonreía interiormente ante el contraste de la actividad desplegada por las dos mujeres para exaltarle al obispado, con miras diametralmente opuestas.

La *Dama Verde*, sin que él se diera cuenta, dijo a su servidumbre que para nadie estaba en casa y dió vuelta silenciosamente a la llave de la puerta, que guardó luego en un cajoncillo de su bargueño.

Le indicó un sitio en el amplio sofá, que tan familiar y conocido les era, y cuando se destocó de su sombrero y se despojó de su abrigo, acudió zalamera a sentarse junto a él.

En sus ojos brillaba un plan diabólico.

—Niño mío—dijo tomándole las manos—: yo no te pido que te apartes de ella; si te gusta, si la quieres, si aparenta ella quererte, sigue tu camino hasta satisfacer plenamente tu deseo; pero no comprometas el corazón. Ya ves si te hablo con desinterés; quiero que salves el corazón, lo que de ningún modo puede llegar a ser mío.

—No; si yo a usted le agradezco muy de veras sus consejos y su cariño...

—Eso no basta; es preciso que te dejes guiar por mí. Es muy hermosa, ¡ya lo creol! ¡Qué blancura la de su carne! ¡Qué curvas más delicadas! ¡Qué fuego sensual hay en sus ojos! Me explico tu apasionamiento. ¡Si yo fuera hombre te la disputaría!

—Sí, marquesa, es muy hermosa. ¡Es muy hermosa!

—Y... ¿te ha concedido ya alguna prueba de su cariño?

—Marquesa, por Dios...

—Bien, sí; no hace falta que me contestes. Ya veo que no; juega contigo como con un gatito mimoso y zalamero. Como si lo estuviera viendo. Con una negligencia estudiada, dejará que la liviana cárcel de sus faldas otorgue libertad a sus piernas maravillosas; con el pretexto de quitarte una pavesa a tu cuello, te lo rodeará con la cálida y suave corbata de sus brazos desnudos, y, cuando te vea convulso entre las llamas del infierno pasional, inventará un motivo para hurtarse y dejarte atormentado. ¡Pobre niño mío!

Y la *Dama Verde*, que habíase acompañado del gesto, haciendo con el desventurado cuanto hubo de atribuir a la Princesa, al verlo abatido y perplejo, aprovechó su indefensión para estrechar el cerco.

—¡Qué lástima! ¡Qué modo de abusar de la inocencia! Para los hombres mundanos no sirven estas estratagemas. Saben que las mujeres tenemos en nuestro cuerpo resortes maravillosos que, al tocarlos, se conmueve toda nuestra sensibilidad y se exalta en nosotras el deseo de tal modo, que ya no hay medio de oponer resistencia. Los amantes deben buscar un sabio que les escriba un tratado de anatomía amorosa. Yo

entiendo un poco de todo esto; mira: cuando tropieces con una de esas mujeres comparables a un libro hermoso, puesto que hacen sentir y no sienten, atisbas un descuido y las besas así en la nuca, fuertemente; si aún se resisten, los besos húmedos, así en el oído, son el *ultimatum*...

Y la marquesa, enardecida, le acometía furiosamente, mordiéndole en los labios, en las mejillas, en las orejas y en la nuca. Al principio él se defendía tímido; pero luego, aplanado por las sabias caricias de aquella mujer, cayó en una laxitud, en un enervamiento que ataba sus músculos y dormía sus nervios.

—Ven, niño mío, ven—decía implacable—; voy a devolverte la vida: las mujeres somos madres siempre; hacemos caer a los hombres muertos en nuestros brazos, viven en ellos los instantes felicísimos del ensueño más bello y con una magia hermética que la Naturaleza nos concedió como sobrenatural privilegio, los arrancamos luego del espasmo, nimbados con la aureola de un triunfo supremo. Ven, niño mío, ven...

Lo tomó en su regazo. Como si los brazos enlazados a los cuellos ahogaran las palabras en las gargantas; siguieron unos momentos de silencio misterioso, en el que vibraban suspiros hondos como notas de una supraterrrenal armonía.
L.

—¡Vete!—le ordenó dulcemente, con el rostro cubierto por las manos—. Me da vergüenza de ti... Amor mío, vete...

Arregló el capellán sus ropas descompuestas, y salió sin proferir una palabra ni alzar la vista del suelo.

La marquesa volvió a cerrar con llave la puerta de su gabinete. Quería estar sola. Quería cantar a su propia victoria un himno, que comenzaba:

—¡Ve ahora con ella! ¡Yo te preparé para el triunfo que habrá de darte la calma!... Las primicias fueron mías, y de todo lo que luché y sufrí me compensan espléndidamente...

XXVI

—¿Cumplió usted mi encargo, doña Dorotea?—preguntó don Leonardo lleno de inquietud a su ama de llaves.

—Sí, señor; trabajito me costó encontrarla; pero a las doce en punto la tendrá usted aquí.

—¡Dios lo haga y me dé además tino para convencerla!

—¿Le ocurre a usted algo?

—Me ocurren cosas muy graves. Ya se las contaré otro día, que hoy tengo la cabeza trastornada.

—¡Clarol Lleva con excesivo rigor eso de los ayunos, y luego, estos días de Semana Santa trabajan ustedes tantísimo...

—No, no es gran cosa; hoy los oficios y mañana el sermón de las Siete Palabras, que nos lo sabemos de memoria todos. Sin embargo, voy a estudiar un poco.

Retiróse discretamente doña Dorotea, y el capellán encontró sobre su mesa de trabajo diez o

doce ejemplares de la vida de Cristo de diferentes autores.

Como una media hora después, su gobernanta le anunció que acababa de llegar la señora Nemesia.

—Que pase—repuso el sacerdote levantándose de su silla para recibirla.

Y envuelta en su mantón de alfombra y abri-llantado el pelo con pringosa bandolina, entró en la estancia la madrastra de Encarnita.

—Usted dirá para qué soy llamada—dijo ásperamente.

—Siéntese, hágame el favor.

—Con su permiso.

—Supongo que usted no tendrá queja de mí: pactamos una cosa y la he cumplido fielmente.

—Así parece. Y usted tampoco podrá decir que yo le haiga molestao.

—Así es. Ahora la llamo para pedirla un favor, que, naturalmente, estoy dispuesto a pagar.

—Pos hable usted sin dengún entrevalo, que yo no le tengo mala ley.

—Ahora, después del tiempo transcurrido, ya comprenderá usted que aquello no tuvo importancia; apenas si hubo más que un mal pensamiento; yo a la chiquilla no la causé ningún perjuicio.

—Déjese usted de coplas; lo pasao, pasao.

—Sí; pero es el caso que ustedes no han guardado bien el secreto y algunos de mis ene-

migos, que lo conocen, quieren aprovecharlo para hundirme.

—Ya se lo decía yo a Encarnita: no se lo digas a tu hombre, que a lo mejor va y lo pone en los papeles.

—Pues ¿quién es *su hombre*?

—Un pendolista u periodiquista u como se diga. Lo tié usted que conocer. Abelardo se llama.

—¿Abelardo Fraile?

—El mismo que come y bebe. Un güen muchacho, mejorando lo presente; un sabio y con güenas aldabas; si no fuera porque el pensar en trabajar le da náuseas...

—Pero ¿la niña se ha casado con él?

—Hombre, como casase, casase, lo que se dice casase, no señor; pero viven juntos y tien ya dos criaturas.

—¡Ay, señora Nemesia! Me parece que no vamos a poder hacer nada...

—Usted diga, que hablando se entiende la gente.

—Bueno; yo les doy mil pesetas si usted y Encarnita y Abelardo dicen que aquello fué una calumnia que me levantaron mis enemigos.

—Y ¿en dónde lo tenemos que decir?

—Al declarar, en un expediente que instruirá el Obispo.

—Yo no tengo dengún aquel; pero mi yerno...

—¿Qué?

—Que está mu metido en el Obispao y saca

de allí güenas pesetas, así que no sé si quedará ponerse a mal.

—Con eso no se pone a mal con nadie. Usted misma lo puede arreglar todo; Encarnita seguramente no se acordará de lo ocurrido y con aceptar usted la culpa.

—¿Y si me echan a un presidio?

—Esté tranquila. Yo le daré una carta perdonándola de antemano.

—Y ¿cuándo podemos cobrar esas mil pesetas?

—Cuando declaren en el expediente.

—¿Tardaremos mucho?

—Diez o quince días.

—Pues agarremos agarremos; yo necesito que me adelante usted mil reales.

Don Leonardo, sin replicar, puso los cincuenta duros en manos de la señora Nemesia, que salió deshaciéndose en promesas de protección decidida.

Media hora después, cuando el sacerdote, sentado a la mesa, esperaba el sabroso potaje de garbanzos, bacalao, acelgas y huevos duros que habíale dispuesto doña Dorotea, irrumpió Abelardo en el comedor, sin esperar a que le anunciaran.

—¡Padre de mi alma! ¡Qué deseos tenía de serle útil en algo! ¡Cada vez le admiro más! ¡Qué elocuencia, qué cultura, qué elegancia en el gesto, qué sonoridad en sus palabras! Ni San Dá-

maso, ni San Agustín, ni San Leandro, nadie, la Iglesia católica no ha tenido aún una figura tan eminente...

—Bueno, déjese de lisonjas, y siéntese. Vamos a hablar de cosas serias.

—A eso vengo. En cuanto le oí a mi mamá política que el muy ilustre señor don Leonardo necesitaba de nosotros, tomé carrera y he venido aquí como una exhalación.

—Gracias, amigo, muchas gracias— decía sonriente el capellán, procurando aquistarse la voluntad de aquel hombre, al que de buena gana hubiese arrojado por el balcón.

—¡Cuánto le admiro, señor Obispo de mi alma!... ¡Ya ve que estoy en el secreto!... ¡Cuánto le admiro! ¡Es usted el más grande entre los más grandes!...

—Vamos, Abelardo, no me sonroje. Usted me ha hecho un perjuicio enorme y espero que no se niegue a facilitarme una honrada compensación.

—¡Perjuicio, yo! ¿Y a usted? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Sí; tuvo la debilidad de contarle al padre Avieso lo de Encarnita.

—Una mala interpretación: yo no he hablado del gran don Leonardo, San Leonardo, mejor, sino para hacer su panegírico. Conté lo de Encarnita, con estricta sujeción a la verdad, para hacer ver a todos cómo la calumnia se ceba

contra los grandes y va unida a la virtud, a la verdadera virtud, como se pega el muérdago a la encina. Esto es lo que dije, padre: que había usted sido calumniado y explotado villanamente.

—¿De veras dijo eso?

—Se lo juro.

—Entonces estará dispuesto a repetirlo en un documento solemne.

—Y en el potro, si usted manda que en él me coloquen.

—Encarnita, sin duda, dirá lo mismo.

—¡Pobre Encarnita! Somos dos cuerpos y un alma. No dirá sino lo que diga su bien amado. Los dos nos honraremos defendiendo la verdad y la justicia. Diga lo que hemos de hacer.

—¿No se lo ha dicho su mamá política?

—¡La pobre mujer es tan incomprensiva!... Por eso me precipité a venir a verle.

—Dentro de unos cuantos días el padre Avieso llamará a ustedes a declarar en el expediente de *vita et moribus* que ha de instruir con motivo de mi exaltación al obispado.

—¿Tan adelantadas van las cosas?

—El ministro lo ha prometido para esta misma semana.

—Enhorabuena. Le juro por mi honor que los tres, de perfecto acuerdo, diremos que aquello fué una fábula, inventada por los envidiosos y explotada en su provecho por los hampones.

—Perfectamente. Cuente con mi gratitud, que se manifestará muy superior a sus cálculos y a sus aspiraciones.

—Nada, padre. Yo estas cosas las hago porque me las imponen el corazón y la conciencia. ¡No faltaba más! ¿Cree acaso que no digo verdad cuando proclamo que es usted el más grande entre todos los grandes? Lo que yo siento es tenerme que acoger a su inagotable caridad. ¡Cuánto me gustaría ser un potentado y regalarle con esta ocasión un báculo de oro repujado y recubierto de rica pedrería!... pero soy un mendigo, don Leonardo, San Leonardo de mi alma... ¡Soy un mendigo! Usted, en cambio, tiene ya mucho dinero... Acuérdesse de lo del camello o el cable, ya sé que no hay versión auténtica, y el ojo de la aguja. No se deje ganar por el *auri sacra fames*...

—Bien, bien, dígame lo que de momento necesita.

—Mi mujer, mi mujercita, que lo es ante los hombres, y lo será ante Dios cuando mi San Leonardo Obispo tenga la gentileza de casarnos, ama los trapos como todas las mujeres, y está la pobre tan desgarrapillada como yo. No podemos presentarnos en el obispado de esta guisa. Nos creerían impostores, porque la democracia, con todos sus progresos, ha dejado en pie el aforismo de aquel sastre madrileño: «El traje es el sobrescrito del alma y el fiador de la persona.»

—Sí; deben comparecer vestidos decorosamente. ¿Qué les hace falta?

—Quinientas pesetas.

Don Leonardo vaciló; pero recordó al punto el consejo de don Ildefonso: «Arregle eso como pueda, cueste lo que cueste», y sin regatear puso la suma en manos del perdulario.

Este se arrodilló, le besó primero la diestra y luego la frente y salió, haciendo las más inverosímiles reverencias y las más extrañas genuflexiones.

Cuando se vió solo, exclamó en oración fervorosa:

—¡Gracias, Dios mío, gracias! La luz de tu bondad inagotable y excelsa deshizo las tinieblas de mi cerebro y me permitió encontrar el remedio para el mal que envenenaba mi vida entera! ¡Ya podré servirte en las más altas jerarquías y dignidades de tu Santa Iglesia! ¡Yo te juro ser siempre por siempre y para siempre el pregonero de tu piedad, que ha de ser infinita cuando tan espléndida porción asignas al más humilde de tus siervos y al más pecador de tus ministros!...

Luego, como continuando la plegaria, escribió:

«Querida madre: Lleva tus dos manos al corazón y ampáralo con ellas para que no se te rompa de gozo. ¡Voy a ser Obispo! Dios no premia mis merecimientos, puesto que no los tengo. Atiende, sin duda, tus santas oraciones.

»Venid mi padre, y tú para que me acompañéis en el día más feliz de mi vida. Ya os tengo preparada habitación en mi humilde casa.

»Ya ves que fueron proféticas aquellas tus dulces palabras:—Hoy mismo encargo a las madres clarisas que borden para ti una mitra como la de don Ildefonso...»

XXVII

Terminados los Oficios, sirvieron a don Leonardo, en la sacristía de la Real Capilla, el acostumbrado desayuno.

Entre los pliegues de la servilleta había un billetito, que se apresuró a leer, no sin recatarse del sacristán.

«Leonardo de mi alma—decía—: No puedes figurarte lo contrariada que estoy con eso de que los quehaceres y las devociones de estos días nos priven de nuestros paseos matinales; pero ya llega el Sábado de Gloria, que de verdadera gloria será para nosotros, pues ayer me dijo el Ministro que ese día trae a la firma tu nombramiento; recibe mi felicitación; pero no... ya te felicitaré yo a mi gusto...

»Esta tarde, doña Lambra y yo, juntas, vamos a oírte el sermón de las Siete Palabras. ¡A ver cómo se luce mi capellancito!»

Don Leonardo, radiante de alegría, de un sorbo apuró el chocolate, dió de lado al mojicón, guardó en el bolsillo interior de su sotana el ci-

garro, para enviarlo como los demás a su pueblo, y salió a la calle con un deseo casi irreprimible de saltar y de cantar, olvidándose de que Dios estaba a la sazón de cuerpo presente.

Ya esfumado el fantasma de su pecadillo sensual, no le llegaba la mitra envuelta en las negras nubes del remordimiento ni orlada de los garfios que pusiera en ella la severa fiscalización del padre Avieso.

Le llegaba de manos de Ella, como un presente de amores, delicado y exquisito.

¡Qué pocos — pensaba — habrán sido en el mundo los Obispos ungidos por manos femeninas tan suaves y hermosas! ¡Dios, sin duda, las ha elegido, pues cosa es de milagro, o por lo menos de divino designio, el que yo, sin años, sin méritos, contumaz en el pecado y receloso y débil para la penitencia, obtenga y alcance una dignidad reservada siempre para los fieles austeros, en la madurez de su talento y en la plenitud de sus virtudes!

Después pensaba en el *decorum*, en el externo aparato, en el báculo, en la mitra y en la gruesa y luminosa amatista de su anillo; véase visitando una Diócesis como don Ildefonso, el que, sin proponérselo, le descubrió su verdadero camino; agasajado por las autoridades y por las aristocracias rurales; ensalzado por las comunidades de monjitas, y admirado ingenuamente por los pobres curas pueblerinos, tan lamenta-

bles teólogos como buenos jugadores de pelota, cazadores, tocadores de acordeón y constructores de rosarios, zambombas y jaulas de alambre... Sentíase, sobre todo, más cerca de Ella; oía cómo las alabardas cortesananas contundían con su regatón el pavimento y le abrían de par en par las puertas, hasta llegar a las íntimas habitaciones de Ella, para ungirla con el bálsamo precioso de su cariño, sin que doña Lambra nublara ya el cielo de su dicha.

Llegó a su casa y, jovial, saludó con una palmadita en el hombro a doña Dorotea, quien le entregó dos cartas acabadas de recibir.

Una de su madre, y en ella, después de describirle, con esa maternal sencillez que es un género literario inabordable para los literatos, las emociones que en la familia y en el pueblo había causado la noticia, le anunciaba que su padre, el bueno de don Gregorio, y ella, para asistir a la ceremonia de la consagración llegarían el Sábado de Gloria en las primeras horas de la mañana.

La otra era del Obispo Avieso, del genio del mal, que implacable le perseguía, para dar al traste con su dicha, para arrebatarle la felicidad, como la tormenta de rudo granizo en un instante desnuda los árboles de sus flores y mata en germen sus delicados frutos.

«Hijo mío—decíale Su Ilustrísima—, ya es oficial la noticia. Mañana le postularán para

Obispo; Roma no se mete en nuestras cosas, y además, tratándose de la Real Capilla, nada tiene que temer; a vuelta de correo enviarán su nombramiento, y antes de un mes podremos preconizarle.

»Ya sabe, hijo mío, que me incumbe la enojosa tarea de instruir el expediente de *vita et moribus*; procure que la maledicencia no ponga obstáculos en el camino de mi buena voluntad.

»Sé que ha tratado de ahogar con oro el recuerdo de lo de Encarnita; pero no ha tenido suerte: los tres actores de este drama o de esta comedia se han dado un banquete con su dinero, y han solicitado de mí que traslade al papel la descripción más grosera de aquella su lamentable debilidad. Yo, como sabe, no tengo más remedio que oírlos, y consignar en el expediente, con mi refrendo, sus manifestaciones.

»Ponga en tortura su cerebro. Puesto que tiene un talento extraordinario, invente algo que neutralice esta lamentable acusación. Considere que si la deja en pie se derivarían para usted dos males igualmente terribles: el de quedarse nombrado Obispo, pero sin mitra, y desplazado hasta de la diócesis *in partibus infidelium*, y el de que se hiciera pública la causa de su desgracia.

»Mucha es la fuerza de esos testimonios, puesto que de testigos presenciales y directos proceden; pero más han de poder, sin duda, su

talento tan celebrado en la Corte, su ingenio soberano y su inagotable sabiduría...»

Don Leonardo tiró al fuego la carta rabiosamente y cayó atormentado sobre su sillón. Clavó los codos en su escritorio, apoyó el rostro en sus manos calenturientas y se dejó ganar por una melancolía hermética y amarga, entre cuya cerrazón brillaban intermitentes, como puntos de fuego, los destellos de una desesperación asoladora.

Tan pronto pensaba en morir humillado a su desgracia, como pensaba en erguirse acometivo y altanero, y matar a los que tan impiamente destrozaban su carrera y aniquilaban su dicha.

La oración y la blasfemia brotaban enlazadas de sus labios, y su cerebro enloquecido negábase a razonar y a proveer a la apremiante defensa.

Cuando, bondadosa y servil, doña Dorotea le preguntó si le servía la comida, la rechazó con un bufido, y, al llegar de nuevo la hora de los oficios, tomó su teja y salió dando un portazo.

Doliente, desesperado, enfurecido, hizo para llegar a la Real Capilla el camino que antes hiciera regocijado y feliz.

Tomó, nervioso y abstraído, su sobrepelliz y su bonete, rechazó violento un saludo chirigotero y mundano de su compañero el padre Cañas, salió a la amplia nave del templo y cayó de rodillas junto a un reclinatorio colocado en el más lóbrego rincón.

¿Rezaba? ¿Maldecía?

Nadie hubiera podido dilucidarlo. Sus labios inmóviles, sus ojos, vacilantes unas veces y fijos otras en cualquier detalle trivial de las paredes, daban idea como de un éxtasis, como de un arrobo místico.

Le llegó la hora de subir a la Sagrada Cátedra, cuyos peldaños abordó, siempre iluminado por la alegría de quien tiene seguridad en su triunfo y confianza en su obra.

La devota concurrencia fijó en él sus miradas, plenas de la esperanza de un delicado festín artístico.

Pero don Leonardo no se movía.

Desorbitados los ojos, palidísimo el rostro, y el cuerpo entero en erecta y mortal rigidez, permanecía como indiferente a todo y ajeno de sí mismo.

Transcurrieron unos instantes de silencio absoluto y mística expectación.

Uno de los capellanes decidió acercarse para avisarle que todos aguardaban la radiante aurora de su palabra maravillosa.

Don Leonardo lo miró embobado y aturdido, como si despertara del sueño más profundo, sin darse cuenta de quién era ni del lugar en donde se encontraba.

Lentamente se restregó el rostro con las manos, tendió en derredor suyo su mirada opaca, y como logrando al fin ponerse en situación,

quiso levantarse; pero no bien lo intentó cayó al suelo, desvanecido, lívido.

Acudieron todos a socorrerle, y cuando a favor de los cuidados y de los remedios empíricos perentorios comenzó a recobrase, lo trasladaron a un coche, para que, acompañado del padre Cañas, volviese a su domicilio.

—¡Pobrecito!—exclamaban las devotas—. Los ayunos de estos días; es tan piadoso y tan bueno.

Elena, que también habíase acercado, tan pronto como vió luz en sus ojos, le preguntó amorosa:

—¿El qué le pasa, don Leonardo? No será nada, ¿verdad? Acuéstese, acuéstese en seguida. Voy a rezar pidiendo que mañana esté ya bien...

Don Leonardo la envolvió en una mirada en la que un buen observador hubiera descubierto pedazos de corazón y destellos de alma.

XXVIII

Don Leonardo, agotado, extenuado, inconsciente, fué conducido a su habitación por los brazos piadosos de doña Dorotea y por los brazos amicales del padre Cañas.

Vestido, como estaba, se dejó caer sobre su lecho, y cuando el ama, solícita, se acercó a preguntarle si llamaba un médico, repuso con voz apesurada:

—No, señora, no; sólo necesito descanso, reposo, un reposo muy largo, muy largo, que nadie lo turbe, que nadie lo interrumpa...

El padre Cañas creyó ver en aquellas palabras un claro reflejo del delirio febril. Se acercó alarmado, le tocó la frente, le tomó el pulso, y como lo encontrara sereno y tranquilo, determinó retirarse discretamente, para no turbar el reposo que con tanta insistencia pedía.

—Váyase también, doña Dorotea—dijo a la mujer, que con ojos llorosos le contemplaba—. Quiero dormir mucho, mucho... No venga hasta que yo llame.

—Pero ¿no va usted a comer?

—¡Nada! Lo que yo necesito es una gran quietud, un sueño, un gran sueño muy largo muy tranquilo, muy profundo, que nadie lo turbe, que nadie lo interrumpa... He tenido en estos días un ensueño muy dulce, muy feliz, y de él me han despertado con una crueldad perversa. Cuide usted de que ahora me dejen dormir mucho, mucho... Es lo que verdaderamente necesito...

—Le traeré al menos un vaso de leche...

—Bien, sí, tráigalo; pero luego me deja reposar hasta que yo llame; no importa la hora.

Retiróse contristada la mujer después de haberle puesto agua, leche y azúcar sobre la mesilla de noche.

Transcurrieron unos minutos, durante los que don Leonardo, con la mirada imprecisa y errante, hundido su cuerpo en una inmovilidad casi absoluta, no acertaba a poner en orden sus pensamientos, ni acaso a recogerlos de las fuentes tumultuosas de su cerebro.

Escuchó un momento; no se oían en derredor suyo los pasos diligentes de doña Dorothea.

Se levantó nervioso; encendió todas las luces de la habitación y cerró la puerta con la llave y con el pestillo.

El gran espejo de su armario dióle noticia de la palidez de su rostro, y al ver sus ojos vestidos

con la librea de la Muerte, sonrió con dulce melancolía.

—Lo primero —se dijo— es reconquistar al hombre.

Y se despojó de su sotana, que colgó en su alcoba cuidadosamente.

Luego, resuelto, buscó su traje de frac, el que otras veces le acompañara en sus mundanas aventuras, y se lo vistió prenda a prenda, corrigiendo las arrugas y adaptándolo a su cuerpo con atildamiento exquisito.

Volvió a mirarse al espejo, y al través de su luna, como en el fondo de una fuente encantada, el atormentado Werther y la diosa de los ojos verdes, cogidos de la mano, con las mejillas salpicadas de sangre, le llamaban, le atraían, y aun Carlota, con voz dulce y musical, parecía decirle:

—«¿Ves, tonto?... ¡Decídetel... ¡Ahora, ahora, es cuando yo le quiero con toda mi alma!...»

Y sonrió como contestando:

—¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Esperadme!...

Sentóse junto a su escritorio y volcó sobre la mesa el contenido de todos los cajones.

Había cartas con vanidosos membretes y presuntuosos escudos. En ellas se le felicitaba por el triunfo acabado de obtener; se le prometía oficiosamente dignidades y honores, o se le solicitaba para menesteres de su carrera.

Una a una, después de identificarlas por las firmas, fué tirándolas al suelo sin sentimiento y

sin rabia, como se deja caer el ramillete de flores marchitas que durante unas horas lució en el búcaro de cristal y plata.

En otro legajo estaban sus títulos, sus diplomas, y los traslados de sus condecoraciones y preeminencias: «Nos el Sumo Pontífice»... «Yo el Rey»... «El ministro de...» «Nos el Primado»... «Por cuanto vos, don Leonardo»... «Premio»... «Sobresaliente»... «Mención honorífica»... *Meritissimus*...

En un instante deshizo y descuajó la floresta de sus vanidades; pero no dejó caer al suelo sus trasuntos con la misma placidez con que había dejado caer las cartas, sino que, sonriendo a la vez diabólicamente, los tiraba al alto, y se hacía la ilusión de ver volar atormentados en torno suyo al Rey, al Papa y al ministro, y gozaba al contemplarlos abatidos sobre las duras baldosas del pavimento, en abigarrada confusión con aquellos sabios catedráticos que lo saturaron de su ciencia y no le enseñaron el arte elemental de vivir la vida.

Tocó luego el turno a los recortes de los periódicos, a las noticias ditirámicas de sus pláticas, de sus conferencias, de sus discursos y de sus sermones.

—Apaguemos el ruido del viento—se dijo.

Y los rompió en pequeñísimos fragmentos, en vez de tirarlos íntegros, como había hecho con las cartas y con los diplomas.

Abrió después el cajoncito de doble y misteriosa cerradura en donde guardaba su dinero, y, tomando a puñados los billetes, los esparció a voleo y los empujó con los pies hasta confundirlos con los demás papeles.

Y en aquel cajoncito secreto puso las cartas de su madre, confundidas con dos brevísimas de Ella, que antes leyó al través de lágrimas.

¡Ella! ¡Ya no le miraba con la luz azul de sus ojos azules!

Ahora tenía los ojos verdes como Carlota y le pedía el caudal de su sangre, todo el caudal de su sangre, para borrar las vigorosas tonalidades de un recuerdo. Y se la disputaban otros, los demás, los que pretendían ahogar con ella los ecos de una infamia...

Se rehizo y paseó un momento, arrogante y triunfador, sobre aquel *spoliarium*.

Se contempló en el espejo como buscando una postura gallarda.

Y de pronto recordó algo que lo devolvió a su asiento de junto al escritorio.

Tomó una hoja de papel, y, con el pulso sereno, como si hiciera un apunte o el guión de un discurso, escribió:

«Sr. D. Tadeo Avieso.

»Fué Shakespeare quien dijo:

»*El mendigo a caballo le hace galopar hasta la muerte.*

»Yo quiero que el caballo de usted avance más, que pisotee mi cadáver y que lo arrastre al muladar que usted elija.

»Me hizo usted vivir fuera de mí, morir fuera de mi momento y salirme fuera de la Iglesia y de sus santos Dogmas para buscar mi tumba.

»Yo responderé ante Dios de la vida que me dió en depósito y dispuse de ella como de una propiedad.

»Usted, sin duda, responderá del delito, de la infamia, de la abominación de haber torcido el camino que Él me trazara.»

.....

.....

Y al otro Obispo, al Obispo bueno, a don Ildefonso de Alburquerque:

»¡Padre mío, perdón!

»Quiero que sepa toda la verdad, puesto que así estoy seguro de que me perdonará el crimen que contra los santos principios de nuestra santa Religión voy a cometer dentro de un momento.

»Dios puso en mi camino una mujer que, con la soberanía de su belleza, se adueñó de mi corazón, de mi conciencia, de todos mis sentidos, de mi vida entera.

»De su soberanía excelsa son atributos la bondad, intenso perfume de su alma, y el amor, que lo tuvo para mí purísimo, cordial y generoso.

»Quiso ponerme a su lado, y yo me sentí feliz al considerar que podría mirarme a todas horas en el espejo plácido de sus ojos bienhechores.

»Pero a punto ya de entrar en el cielo de esa dicha inefable, mis enemigos, mis eternos e implacables enemigos, han vestido de grave abominación y de mortal pecado, uno de mi juventud, casi de mi adolescencia, que apenas si lo fué leve y venial.

»Han ordenado pruebas falsas, pero de una exterioridad convincente...

»¡Y va a saberlo Ella!

»¡Es preciso que Ella no lo sepa!

»Si muero, lo callarán, puesto que ya deja de ser arma contra mí, y así tendrá Ella íntegro el tributo de mi vida sin tacha.

»Y si no respetan mi tumba, usted que sabe ahora toda la verdad—¡se lo juro!—defenderá mi memoria y reivindicará la ofrenda que quiero rendir en los altares de Ella...»

.....
.....
Guardó las cartas en sendos sobres, que cerró cuidadosamente, y las colocó sobre su mesa muy a la vista.

Tomó a continuación otro pliego y se dispuso a escribir a Ella.

Pero, ¿el qué decirle? ¿Qué palabras encontrar sahumadas de grandeza, de misterio, de Arte, que pudieran llevar hasta Ella la noticia

de la vibrante realidad, sin restarle excelsitud?

Al cabo de una gran lucha interior, se dió por vencido y rompió el albo papel, en el que sólo había llegado a dibujar algunos trazos incoherentes.

—Yo corazón se lo dirá, puesto que me ama...

Y en pie nuevamente, volvió a contemplar, con la sonrisa en los labios, aquel montón de vanidades desplazadas, en el que se confundían las lisonjas oficiosas, las adulaciones absurdas, los honores fácilmente alcanzados y el dinero que no había perseguido ni buscado, y que al llegar hasta él espontáneamente, no había sabido rendirle servicios útiles.

—*¡Cinis, pulvis, nihil!*—exclamó—. Y sobre este montón de cenizas va a desplomarse la fortaleza de mi vida... Así mueren los cartujos, sobre un montón de cenizas, al que los trasladan sus conmlitones cuando los ven entrar en la agonía. ¡Sarcasmos de la muerte! ¡Yo, el sacerdote mundano y enamorado, voy a recibir su abrazo letal, con el mismo gesto y aparato que los austeros hijos de San Brunol...

Erguido frente al espejo, alisó las arrugas de su frac, rectificó el lazo de su corbata, pasó serenamente por la correa empastada la hoja de acero fina y rutilante de su navaja de afeitar, y con el pulso quieto y el semblante plácido, seccionó vigoroso los fuertes paquetes musculares de su cuello robusto, desde el cutáneo y el ri-

sorio hasta el esplenio, como dijo luego la rituarial descripción del papel cancelleresco...

Y los labios sin vida de aquella cabeza saturada de muerte, que se doblaba sobre el hombro izquierdo, apenas sostenida por un hacecillo de piadosos nervios, vibraron por última vez para pronunciar como una plégaria al Cielo, dirigida en nombre de su amor infinito, el nombre dulcísimo de Ella.



FIN

Mayo-Junio-1923.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Pesetas.

- El hombre desciende del caballo.**—Novela satírica de gran éxito. Se ha puesto a la venta la cuarta edición..... 3,50
- Matapán el probo funcionario.**—Voluminosa colección de relatos interesantísimos..... 3,50
- Chatarramendi el Optimista y Botaratoff el Prefecto.**—Novela satírica, construída con sucesos de actualidad y con personajes de carne y hueso, 200 páginas..... 2
- De Cánovas a Romanones. La Bancarrota nacional.**—Estudio de nuestros problemas económicos, sociales y políticos, que cada día resulta más interesante; 2.^a edición..... 3

OBRAS AGOTADAS

Guerrero y algunos episodios de su vida milagrosa.—(Novela.)

Vocación.—(Novela.)

Syncerasto el Parásito.—(Novela.)

Misterios del mundo.—(Poema en prosa.)

Cervantes de levita.—(Crítica.)

Cómo está Europa.—(Viajes.)

Muy pronto se pondrá a la venta la traducción de las **OBRAS COMPLETAS DE RABELAIS**, el clásico preeminente de la Literatura francesa, al que sus crudezas de lenguaje y las audacias del pensamiento tuvieron hasta hoy inédito para España.

Traducción, prólogo, notas, glosario y diccionario rabelesiano por E. Barriobero y Herrán.

Esta obra está editada lujosamente, con dibujos del genial artista sir Benet, inspirados en los archivos y museos rabelesianos de Francia.

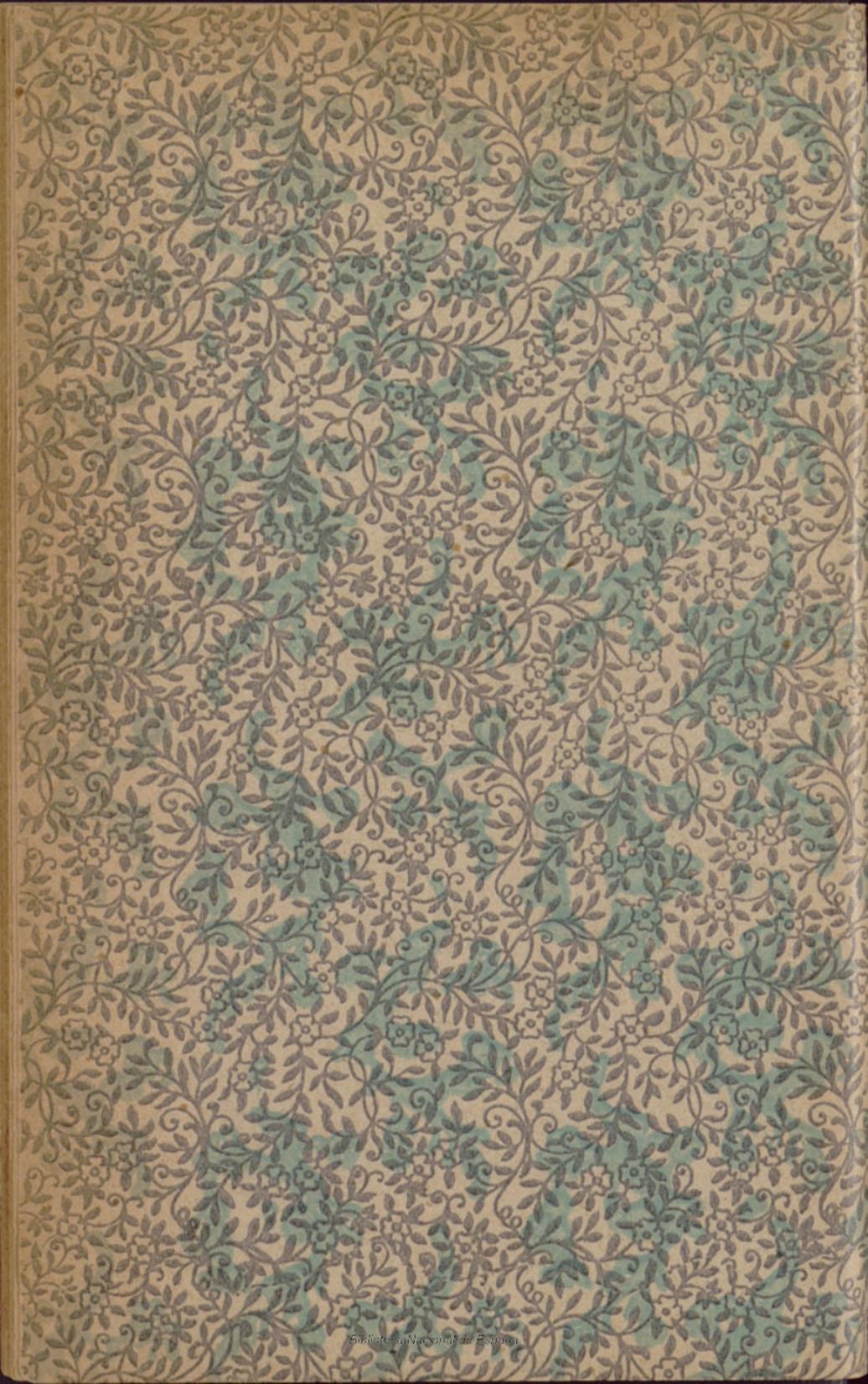
EDITOR

D. Manuel Aguilar.

Marqués de Urquijo, 39.

Las obras de Barriobero se venden en Madrid en la administración de las mismas, Príncipe, 22.

A los señores librereros se les hace los habituales descuentos.



BIBLIOTECA
NACIONAL
BN



1001759143



608680538560